



Un laboratorio de Ideas

PUBLICACIÓN
Mayo 2018 **67**

**COMPRESIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN:
UN COMBATE POR LA DECENCIA PÚBLICA.
TEXTOS DE ARIEL DACAL DÍAZ.**

**COMPRESIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN:
UN COMBATE POR LA DECENCIA PÚBLICA.
TEXTOS DE ARIEL DACAL DÍAZ.**

www.cubaposible.com

JUNTA DIRECTIVA:

Roberto Veiga González, Director General y Miembro del Diálogo Interamericano.

Lenier González Mederos, Subdirector General y Director de Comunicación y Extensión.

Pedro Monreal González, Director Académico.

Pavel Vidal Alejandro, Director del Consejo Asesor Internacional.

Julio Antonio Fernández Estrada, Director de Análisis.



Un laboratorio de Ideas

01 NOTAS PARA INVITAR

03 DEL PASADO: REVOLUCIÓN RUSA. LA OSADÍA
SILENCIADA (1917-1938)

19 DEL PASADO: ¿POR QUÉ FRACASÓ EL
SOCIALISMO SOVIÉTICO?

31 DEL PASADO: PERESTROIKA: DE REFORMA A
DESTRUCCIÓN

46

SOBRE TODO DEL PRESENTE: REVOLUCIÓN Y
DEMOCRACIA: EXPERIENCIAS, ACUMULADOS Y
OLVIDOS

59

SOBRE TODO DEL PRESENTE: ECONOMÍA, SO-
BERANÍA Y DERECHOS ¿DE QUIÉN Y PARA QUÉ?

71

QUIZÁS DEL FUTURO: ¿QUÉ SOCIALISMOS
PARA EL PRESENTE?

75

AUTOR

El grupo de textos que acá comparto no son una antología ni una monografía. Tampoco una ilustrada “consecutividad” de categorías y conceptos. Son una ruta de comprensiones sobre asuntos como la revolución, el socialismo, la historia, la economía, la democracia y las luchas populares.

No me considero un cientista social, en el entendido de investigador de hechos e ideas, de sus canales y aperturas, ni un ensayista de copiosa reflexión en prosa; tampoco un intelectual que “produce” cosas nuevas. Más bien me considero un propagandista de ideas que considero justas y un militante comprometido con proyectos que son, desde ellas, mis sentidos de vida.

Esas razones me llevan a compartir comprensiones sobre la realidad, la historia y los desafíos humanos liberadores. Comprender, así lo entiendo, es involucrarse, ser parte de una idea y su condición de posibilidad histórica, es no aferrarse a dogmas sino armarse de principios básicos, de certezas mínimas que inviten a una reflexión llena de matices, de contradicción y, por qué no, hasta de errores, todo lo que debe verificarse en la vida cotidiana.

Cuando preparaba este grupo de trabajos estuve tentado a corregir visiones, a matizar datos, a no reiterar ideas y a salvar algunas contradicciones latentes entre uno y otro. Haberlo hecho sería incoherente con el entendido de que el pensamiento evoluciona, se enriquece, se desdice. Negaría la certeza de que debemos asumir la realidad en la superación permanente de nuestra comprensión y relación con ella.

Todas mis apuestas esenciales son para Cuba. Pensar y sentir lo que en ella acontece es un hecho permanente. Comprendo y me comprometo. Una condición lleva a la otra. Las rutas para llegar a ese vínculo han sido varias, entre ellas las hechuras socialistas soviéticas en su condición de acumulados y alertas. Mirar las raíces de ese proceso, sus alcances y similitudes, ha sido un recurso interpretativo importantísimo para mí. Tres de los textos que acá aparecen dan cuenta de ello.

Los procesos liberadores en general, y socialistas en particular, contienen muchas partes que hacen un todo. Asuntos como la economía, la subjetividad, y el vínculo entre valores y relación social, han motivado mi búsqueda y toma de partido de cara a las perspectivas cubanas. De ello dan cuenta un par de textos de los que aquí comparto.

No es por casualidad que este compendio cierra con un abordaje directo sobre Cuba. En realidad no es un cierre, más bien es la apertura para reflexiones específicas respecto a mi país presente, el de las disputas de sentido, el de las muchas interpretaciones y supuestos.

El orden en tres partes que sugiero para estos textos surge de asumir que mi lugar político es aquí y ahora: el presente. Desde él salen todas las preguntas al *pasado* y todos los *quizás* a futuro. Desde él se recrean las respuestas y se acumulan las posibilidades de concretar utopías. La historia es útil *sobre todo para el presente* y este, a su vez, es el único garante para el *quizás del futuro*.

Termino estas notas que invitan a la lectura declarando que todo acto de escribir es una opción ética y política. Cuando se narra la realidad siempre se asume una posición ante ella, siempre se parte de un lugar so-

cial, cultural y doctrinal, por más que se pretenda desdibujarlo, o encerrarlo en neutralidades nunca ciertas. Asumo lo que escribo en compromiso *con la decencia en la vida pública*.

Combatir las tergiversaciones y los mitos sobre la Revolución Rusa es indispensable no solo desde el punto de vista científico y político sino que esa lucha por la verdad también es un combate por un mínimo de decencia en la vida pública.

Ernest Mandel

La Revolución rusa, cuyos méritos, complejidades y rupturas son ignorados frecuentemente en nombre de certezas inamovibles, no es un monolito histórico, tampoco una sucesión lógica de etapas por acumulación, sin rupturas violentas. Pensar así la Revolución, cuando menos, es una cómoda lectura ideológica (asumida o no) que alimenta el criterio de que la misma carece de utilidad política para las luchas revolucionarias actuales y futuras.

La intención de este artículo es narrar, desde la reconstrucción del contexto y sus actores sociales y políticos, algunos de los procesos que se entrecruzaron dentro del hecho revolucionario, los que dan cuenta de la encrucijada que enfrentó el poder revolucionario: condiciones materiales y culturales de atraso, debates en todos los ámbitos sociales, contradicciones dentro de las filas revolucionarias, complejidades y tensiones.

Varios pudieran ser los subprocesos que se añadan al análisis, pero se destacan aquellos que permiten rescatar zonas de la utopía soviética y su proyecto revolucionario por su valor como aprendizaje histórico en la lucha por la emancipación del trabajo y por la certeza de que la defensa de la Revolución rusa, además de “un mínimo de decencia en la vida pública”, es una fuente vital para los desafíos anticapitalistas del presente.

Se escogió el período 1917-1938 porque el mismo mostró, de un parte, la convivencia y conflicto de diferentes concepciones y prácticas respecto a cómo fundar una nueva sociedad desde el poder revolucionario; de otra, el ascenso al poder de las visiones y prácticas conservadoras que sepultaron al proyecto de la Revolución en la encrucijada de su propia circunstancia. En este período Rusia transitó de la revolución a la post revolución, problema central en este análisis.

La revolución en osadía

En 1917 el pueblo ruso realizó un movimiento espectacular al concretar su decisión de demoler la opresión zarista. La inserción del Partido Bolchevique en ese movimiento, como parte del conjunto de fuerzas, tendencias y propuestas políticas de izquierda, se produjo a partir de una nueva comprensión política de la función del partido dentro del estallido de masas. Los bolcheviques fueron parte de la comunidad política de las masas, propusieron iniciativas en los más mínimos detalles y, en otros casos, apoyaron resueltamente las propuestas más radicales surgidas de la discusión de esta.

Las fuerzas políticas rusas se colocaron frente a una decisión capital. La reforma drástica que ninguna había sido capaz de afrontar fue aplicada por los bolcheviques por la vía revolucionaria (decreto de la paz, nacio-

nalización de la tierra, expropiación de la banca y la industria). Su influencia, compleja y confusa, tuvo la capacidad de inducir a masas muy vastas a combatir hasta sus últimas energías por tal de defenderla.¹ En esa circunstancia Lenin, Trotsky y sus compañeros podían exclamar: “yo he osado”. El mérito de tal osadía fue “haber formulado, en la práctica, el problema de la realización del socialismo, contribuyendo poderosamente al ajuste de cuenta entre el capital y el trabajo”.²

La incompatibilidad que separó a la revolución de Febrero y la revolución de Octubre fue que la primera careció de la “forma en sí misma”, como subraya Slavoj Zizek, porque quedó apegada a las viejas formas, al suponer que con sólo poner a funcionar el aparato del Estado y sus mecanismos democráticos se lograrían la justicia y la libertad. No comprendió que esa lucha de clases radical imponía a una de las partes desmantelar el aparato del Estado y reemplazarlo con nuevas formas de organización y gestión social.

Lenin comprendió la necesidad de explicar a las masas que los soviets (consejos) eran la **única** forma posible de gobierno revolucionario.³ Dicha propuesta da cuenta de la conjunción entre lo que Zizek explica como “la micro-política revolucionaria: la increíble explosión de la democracia de base, los comités locales que florecieron por todas las grandes ciudades rusas y que (...) tomaron los asuntos en sus manos”⁴ y la visión profética de Lenin quien, sorteando la resistencia de muchos miembros del partido, comprendió con claridad este hecho y lanzó la consigna “todo el poder a los soviets”.

En 1917 los oprimidos rusos pusieron nuevamente sobre el tablero de la historia la destrucción del Estado burgués y la creación de un Estado transicional que permitiera a los trabajadores, a su vez, contener la arremetida reaccionaria del capital y erigir un sistema sociopolítico que diera al traste con la realización de sus intereses. Los soviets fueron órganos espontáneos de lucha de los oprimidos convertidos en órganos de poder estatal. En el primer período de la Revolución, estos se constituyeron en los órganos de destrucción de la vieja maquinaria zarista y del reparto de las propiedades arrancadas a los explotadores.

Preobrazhenki apuntó que cada nueva legislación era “saludada por las masas como la realización de su dictadura, daba salida a la indignación acumulada por los oprimidos contra sus seculares opresores, constituía una venganza del trabajo emancipado contra los forjadores de sus cadenas”.⁵ Los soviets fueron la instancia donde los trabajadores encontraban la realización de su auto-emancipación.

La ética revolucionaria presente en este proceso partía de una comprensión de las capacidades autotransformadoras de las masas; implicaba acompañar el proceso de emancipación de los trabajadores y no la pretensión de servirse de ellos en beneficio de una reducida élite.

En cierta ocasión una delegación campesina le preguntó a Lenin sobre la solución de un problema determinado. Su respuesta a este fue que ellos (la dirección del gobierno) no habían pensado en tal problema, por lo que apoyarían la solución que encontraran esos campesinos. El derecho de los trabajadores no era solo recibir atención a sus demandas sino pensar ellos mismos el problema y su solución.

1 Giuseppe Boffa. *La revolución rusa* 2, Ediciones Era, Italia, 1966, p.- 271

2 Rosa Luxemburgo. “La Revolución rusa”. En: Revista *Paradigmas y utopía*, No. 6, diciembre 2002/febrero 2003, México, 2003, p.108.

3 Vladimir Ilich Lenin. *Las Tesis de Abril*. Tomado de www.cuba-urss.cult.cu

4 Slavoj Zizek Material fotocopiado sin datos adicionales.

5 Evgueni Preobrazhenski. *Anarquismo y Comunismo*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2005, p.134.

En el Decreto sobre la Educación Popular, emitido el 11 de noviembre de 1917, había una clara apuesta programática por la auto-emancipación popular: “las masas populares trabajadoras -obreros, soldados, campesinos- aspiran igualmente a la educación, que no les puede ser dada ni por el Estado, ni por los intelectuales, por nadie ni con nadie más que por ellos mismos (...) Será éste el fenómeno más grandioso y más bello que tendrá por testigos y por actores las generaciones venideras: el de la edificación, por las colectividades de trabajadores, de su alma colectiva, rica y libre”.⁶

Como parte del golpe revolucionario, se extendió el derecho de los pueblos colonizados por Rusia a disponer de sí mismos, no sólo en la resolución de problemas concretos sino sobre su independencia, al tiempo que la constitución de 1918 (República Socialista Federativa de Rusia) concedió “todos los derechos políticos de los ciudadanos rusos a los extranjeros que trabajen en el territorio de la República Rusa y que pertenezcan a la clase obrera o campesina”.⁷ Esta visión se vinculaba al principio del carácter internacionalista de clase de la revolución socialista.

En su impacto integrador, la Revolución desplegó, por primera vez en la historia, una consecuente práctica política a favor de la igualdad y está basada en un empeño cultural liberador. Impulsó una formidable obra de participación de las masas en la vida cultural. Se sucedió una combinación de experimentación en materia de arte y de intensos debates intelectuales sobre cuestiones culturales, lo que dio origen a un período de vigor artístico (aun durante la guerra civil). El desarrollo del teatro, el cine, el diseño, el urbanismo, la pintura y la escultura, la psicología, la psiquiatría, la pedagogía, el análisis de las coyunturas económicas y la historiografía no tenía precedente.

La Revolución abarcó todas las zonas de la vida social, política y cultural de Rusia, se cuestionó el ordenamiento feudal/capitalista en su totalidad y osó intentar la subversión de toda su estructura, desde la institucionalidad normativa, hasta la subjetividad y sus reflejos. El gobierno revolucionario combinó medidas de aplicación concretas e inmediatas con otras vinculadas a la ideología emancipatoria marxista que demandaría, dada la circunstancia del proceso y su exigencia, tiempo para su cumplimiento.

La revolución en la encrucijada

La ofensiva imperialista impuesta al poder soviético, complementada por la guerra civil (1918 -1921) frente a los capitalistas y terratenientes rusos, fue determinante en el decurso del proyecto revolucionario. El fin de la contienda civil demandó a los bolcheviques enmendar, además del caos económico y el hambre relacionada, las severas deformaciones surgidas en el Estado soviético, donde los soviets pasaron de órganos de destrucción del régimen burgués a cumplir funciones de órganos de disciplina de los trabajadores.⁸

A partir de 1921 Rusia entró en una encrucijada definitoria para su decurso, no limitada a la reformulación del aparato político, sino que implicaba el todo de la Revolución. Esta se enfrentaba, al menos, a tres obstáculos generales: a) la necesaria coexistencia con un mundo capitalista hostil, acrecentado por el reflujo de la revolución internacional; b) una economía devastada, agravada con una población hambrienta y agotada; c) un severo atraso material y cultural, distante de la existencia de un proletariado preparado y educado crecido dentro de una sociedad capitalista desarrollada. Estos obstáculos convergían en un problema: la defensa y reproducción del poder revolucionario.

6 Decreto Sobre la Educación Popular. Tomado de www.cuba-urss.cult.cu

7 Constitución del estado federado ruso (R.S.F.S.R.), 10 de junio de 1918. En: Martin Ludwig Schelesinger. *El Estado de los soviets*, Editorial Labor, S.A., Barcelona, 1928, p. 116.

8 Evgueni Preobrazhenki, *ob., cit.*

Dentro del bolchevismo coexistían “dos universos políticos y culturales diametralmente opuestos”,⁹ visibles como práctica política y no como ideología claramente identificables en una oposición programática. Eran dos puntos de vista que, aun cuando no hubiera conciencia de su contrapunteo como totalidad, respondían de modo diferente a qué hacer y cómo continuar el poder revolucionario, cómo regir el gobierno de los trabajadores. Una tendía a dotar a Rusia de un Estado que defendiera el interés de los trabajadores, bajo el control de estos. La otra tendía a un Estado como fin en sí mismo, independiente del control directo de la clase trabajadora.

¿Cómo y en qué condiciones se manifestaron estas diferencias? Lo primero es recordar el rol de sujeto histórico que se le asignó al proletariado en la creación del socialismo. ¿Cuál eran las condiciones de este después de la guerra? El proletariado es la clase que participa en la producción de bienes materiales en la industria capitalista a gran escala. En la medida que la industria a gran escala fue destruida y que las fábricas pararon, el proletariado no existía. Aparecía en las estadísticas, pero no se mantenía unido económicamente, no producía la subjetividad generada en el proceso productivo. La cifra global de los obreros industriales cayó a menos de la mitad, de 3 millones en 1917 a 240 mil en 1920. En total, la pequeña clase obrera se redujo al 43 por ciento de su tamaño.

Lenin aclaró que los obreros construían una nueva sociedad sin haberse convertido ellos mismos en gente nueva, ni haberse limpiado de la basura del viejo mundo. “Solo podemos soñar, decía Lenin, con limpiar la basura”. Esta condición ponía serios límites a las potencialidades políticas y culturales de la clase oprimida.

Tal situación trajo consecuencias graves para las posibilidades de establecer un régimen de democracia obrera. Muchos obreros se vieron obligados a vagar por el campo en busca de comida, lo que provocó un problema político crónico. Las estructuras soviéticas simplemente dejaron de funcionar. Los soviets, como órgano de poder obrero, cayeron en desuso. El Congreso de los Soviets de toda Rusia, la máxima autoridad de la República, solo se reunió una vez al año entre noviembre de 1918 y diciembre de 1922. El Comité Ejecutivo de los Soviets también tuvo una regularidad menor y su poder pasó a un pequeño *presidium*. El control obrero desapareció cuando las fábricas dejaron de funcionar.

La cuestión campesina agudizaba la encrucijada revolucionaria. Terminada la contienda civil y tras severas críticas a la política del “Comunismo de Guerra”, se da paso a la Nueva Política Económica (NEP). Lograr el saneamiento de la economía en el campo se convirtió en una de las tareas más espinosas del momento. El juego de la oferta y la demanda sería la base material indispensable para salvar la situación. El proceso se daba en un mar de pequeñas parcelas aisladas de campesinos acostumbrados a definir por el comercio sus relaciones con el mundo circundante.

A medida que la agricultura se recuperaba, aumentaban las diferencias entre las masas campesinas. El kulak se enriquecía más rápidamente de lo que progresaba la agricultura y estaba en mejores condiciones para aprovechar los préstamos del Estado, contrario a lo que sucedía con el pequeño campesino.

Los kulaks lograron apoderarse de numerosos soviets locales teniendo responsabilidad en el deterioro de las prácticas democráticas y el aumento de los mecanismos afines a la burocracia. Las células del partido estuvieron frecuentemente dirigidas por los mismos que asalariaban a los campesinos pobres y que boicoteaban la entrega de trigo.

9 Moshe Lewin. *El Siglo Soviético ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Crítica, Barcelona, 2005, p. 27.

Entre los datos determinantes del período estuvo el aumento progresivo de la burocracia como sujeto parasitario de la revolución. En la medida que disminuía dramáticamente la clase obrera, el número de funcionarios del Estado aumentaba. A finales de 1920, la cifra había crecido de poco más de 10 mil a 5 millones 800 mil.

El gobierno soviético se vio necesitado de recurrir a los especialistas del viejo aparato zarista para que realizaran funciones técnicas. Al mismo tiempo, el Ejército Rojo necesitó sumar a sus filas a antiguos oficiales (cerca de 50 mil en 1918).

Las reglas, la jerarquía, la especialización, hacen del grupo burocrático un estamento carente casi en lo absoluto de creatividad. La costumbre de consultar a una instancia superior, convertida casi en norma, destruye toda posibilidad de iniciativa de los funcionarios que sólo cumplen misiones técnicas.

Los cuadros políticos bolcheviques no eran numerosos al estallido de la Revolución. A pesar del crecimiento numérico de la membresía del partido, la calidad de sus cuadros no tenía similar correspondencia. Progresivamente ascendieron a los principales cargos administrativos figuras de relieve secundario dentro de la revolución.

Muchos de estos individuos fueron elegidos a dedo por Stalin quien, desde 1919, encabezó el Comisariado del Pueblo para la Inspección Obrera y Campesina, cuya misión original fue controlar la desviación burocrática en el aparato estatal a favor del control obrero y campesino. Desde este comisariado, Stalin tuvo en sus manos el movimiento de cuadros durante varios años, lo que le permitió manejar puestos y figuras claves.

Durante esta etapa irrumpieron varios procesos dentro del partido, entre ellos el incremento de los hombres de comité. Eran los prácticos que se encargaban de las tareas organizativas. Stalin fue uno de los más destacados, por lo que no resultó casual que Lenin lo propusiera para encargarse de la secretaría del partido cuando este comenzó a crecer. Los hombres de comité tendían a resolver los problemas de un modo administrativo, tendían a discutir los problemas en las oficinas y no en las fábricas.

Frente a ellos estaban los teóricos que, más que la organización, velaban por los aspectos ideológicos. Para Lenin el partido era idea, programa, método y tradiciones. Comprendía los peligros que corría el partido si escapaba al control político, a diferencia de los hombres de comité que tendían a verlo como fin en sí mismo y no como instrumento para ejecutar el programa revolucionario. Se acercaban en positivo a la polémica idea de Bertain “el movimiento lo es todo, el fin no es nada”.

De esa tendencia derivó una estrecha conexión entre el partido y el Estado. En algunos casos, la fusión de estas funciones provocó desde los primeros años perjuicio a la libertad y la elasticidad del régimen interior del partido.

Esta fusión no se limitó solo al partido. Se puede ubicar en esta lógica la discusión sobre la relación de los sindicatos y el Estado, que dentro de las tantas polémicas definitorias de la época fue una de las más significativas por el peso que tendría su definición posterior en el sistema político soviético.

Previo al Comunismo de Guerra, el asunto tenía dos lecturas: a) otorgar a los sindicatos una posición independiente, como instrumento contractual de los trabajadores, para negociar colectivamente con la administración de la industria socializada; b) por otro lado, los sindicatos insertados en la maquinaria estatal debido al carácter de defensor de los derechos de los trabajadores que adquiriría el Estado. Al terminar la contienda civil el tema resurge. Se desarrolló una “oposición de los trabajadores” que demandó, fundamentalmente,

una disminución de los burgueses (gerentes) y los intelectuales del partido y el aumento de la autonomía y democracia interna en los sindicatos.¹⁰

La oposición tomó cuerpo en respuesta a la política asumida por Trotski como Comisario para las Comunicaciones de colocar a los sindicatos bajo control estatal y utilizarlos, mediante la función de dirigentes designados por el Estado, como promotores de la reconstrucción económica. Esta posición fue rechazada por un Comité Especial del Partido que propuso dejar a los sindicatos como órganos independientes y tomar medidas para asegurar su cooperación con el Estado, con el aumento de la productividad, el combate al descuido y, en general, su desempeño bajo la dirección del partido para los asuntos de proyectos económicos estatales.

Lenin era muy consciente de los peligros de la burocratización y de la tendencia del Estado a alejarse de la sociedad. Comprendió el peligro de degeneración burocrática que asechaba al imperfecto Estado de los soviets. Para armar a los trabajadores frente al desafío de opresión, arbitrariedad y corrupción burocráticas, propugnó cuatro medidas: a) elecciones libres con revocabilidad de todos los funcionarios; b) ningún funcionario puede recibir un salario más alto que un obrero cualificado; c) ningún ejército será permanente, sino el pueblo armado; d) gradualmente, todas las tareas de administración del Estado se harán por todo el mundo de manera rotativa, para que todos sean burócratas por un tiempo y nadie sea un burócrata.

Estas propuestas de Lenin no eran el fin a alcanzar sino las condiciones básicas para encaminar el poder de los trabajadores, para que progresivamente el Estado se “adormeciera” en el cuerpo social. Para que la sociedad de trabajadores y trabajadoras aprendiera, desde sus propios errores, a darse gobierno.

En vínculo directo con lo anterior, se debatía sobre el sistema de nombramientos, atinente a la democracia partidista. A pesar de la resolución del X congreso del Partido que marcaba la primacía de la elección en todos los órganos de dirección, en lugar de los nombramientos desde arriba, este último se extendió como una plaga. Stalin lo practicó sistemáticamente para hacerse rodear de fieles agradecidos por la promoción.

Los límites del poder de las instituciones represivas estuvieron igualmente en discusión. La autonomía de la Cheka. (La Comisión Extraordinaria para la Represión de la Contrarrevolución, Especulación y Deserción), puesta en práctica en medio de una guerra civil cruenta y hecho legítimo de defensa del Estado soviético, generó dos problemas esenciales: 1) el devenir de la Cheka en una policía secreta sin límites en su acción; 2) escapar del control público y los órganos de poder.

En sus inicios, la autonomía de la Cheka era coyuntural. Hubo un conflicto constante entre la tendiente arbitrariedad del órgano represivo y el sistema de legalidad soviética, Comisariado del Pueblo para la Justicia. En esencia se contraponían como nociones un estado policial y la creación de un Estado de derechos en el que ningún instrumento social quedara sin control. En 1921 frente a esta polémica se resolvió limitar la competencia de la *Cheka* a los problemas de espionaje, a los atentados políticos, y a la protección de los ferrocarriles y los almacenes de víveres. Cualquier otra actividad represiva debía ser de la incumbencia del Comisariado del Pueblo para la justicia.

Entre los asuntos más polémicos dentro del proceso de reconstrucción del poder revolución estuvo suprimir los partidos soviéticos (1921). El argumento central era la reducción significativa de la clase obrera y la necesidad de evitar que otras clases entraran al seno del partido y provocaran su escisión. La medida tenía carácter coyuntural. Luego se generó la supresión de las fracciones dentro del partido, lo que atentó contra

10 Ver G. D. H. Cole. *Historia del pensamiento socialista*, Tomo VI, Comunismo y socialdemocracia, 1914-1931, segunda parte, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

el espíritu de discusión política que caracterizó a los bolcheviques, aun en los momentos de mayor peligro. Si bien esta prohibición no supuso la persecución ni el crimen contra la opinión adversa, se convirtió en el *ergo* de futuras derivaciones totalitarias.

En ese entramado de posiciones y encrucijada irrumpió el “sustitucionismo”, idea según la cual la mayor parte del proletariado sería muy poco consciente para gobernar (algunos apuntaban que ni dirigir un sindicato). La idea se vinculó al argumento del desclasamiento y la corrupción. Algunos llegaron a la conclusión de que en lugar de la clase obrera, quien debía gobernar era el partido. El aparato partidario, incluso su “jefe infalible”, derivaron en los instrumentos decisivos para regentar la sociedad. El “sustitucionismo” alimentó una concepción del poder estatista, vertical, paternalista y autoritaria. Desde esta lógica, se vació a los soviets del ejercicio directo del poder por parte de los trabajadores, campesinos y soldados. Para Mandel, “la existencia de la burocracia obrera produjo la ideología “sustitucionista”. Pero una vez surgida, esta ideología favoreció (...) el proceso objetivo de burocratización”.¹¹

La Revolución tuvo en el criterio “sustitucionista” la antítesis de una de las principales contribuciones de Marx a la teoría socialista: la idea de la auto-emancipación de los trabajadores y su auto-organización. La emancipación de los trabajadores debía ser obra de los trabajadores mismos, no de los sindicatos, los partidos, los gobiernos o los estados. Estos últimos serían instrumentos indispensables para ese proceso, pero nunca podrían sustituir la actividad emancipadora propia de los explotados y oprimidos.

En esta amalgama de asuntos en que se debatía la integralidad de las formas políticas del poder soviético, la cuestión nacional era vital para que cualquiera de las nociones de ordenamiento tomara cuerpo. El año 1922 se desarrolló un proceso de análisis y propuestas para ordenar las relaciones entre las repúblicas y la Federación. Se debatían dos puntos de vistas: 1) se postulaba la creación de una federación de repúblicas con prerrogativas de sus comités ejecutivos y de sus consejos de comisarios y solo quedaría en manos de la Federación el orden militar y las relaciones exteriores; 2) se basaba en el esquema imperial, donde las repúblicas perdían *de facto* sus prerrogativas al subordinarse a Moscú.

Al terminar la guerra, en el terreno de las relaciones exteriores era clara la ambivalencia entre la diplomacia estatal y el apoyo a la revolución mundial. A la par que se intentaba extender la revolución al interior de las fronteras polacas y se apoyaba el estallido subversivo en Alemania, se encaminaban negociaciones comerciales con los países occidentales. La necesaria cautela evocada por Lenin en el relacionamiento externo implicaba conciliar la necesidad comercial y el interés revolucionario. En la práctica, comenzaron a surgir incompatibilidades y tensiones entre las políticas del Comisariado del Pueblo para los Asuntos Exteriores y las del Comintern. A mediados de los años veinte los países occidentales vivían una oleada de prosperidad y los procesos revolucionarios estaban en un nuevo reflujo.

El proceso de burocratización del Estado y el partido conjugado con la gradual victoria de una noción sobre el socialismo distante al pretendido revolucionario inicial fue consecuencia de las adversas condiciones (miseria material, atraso cultural, hostilidad capitalista) en que se intentó instituir el poder revolucionario, a la postre una de las causas del silenciamiento de la revolución. El complejo entramado de contradicciones de principio de los años veinte se agudizó con la enfermedad y muerte de Lenin. Emergió como problema práctico: la sustitución de un líder capaz y legítimo que contaba con un sólido consenso moral y político. Este asunto desvió fuerzas y emociones y fermentó la encrucijada de la revolución.

11 Ernest Mandel. En: “Octubre 1917 ¿golpe de estado o revolución socialista?” En: *Escritos de Ernest Mandel. El lugar del marxismo en la historia y otros textos*. Catarata, Madrid, 2005.

La revolución silenciada

Cuando una clase toma el poder, sus representantes ocupan la maquinaria del Estado. En el caso soviético, la debilidad de la clase trabajadora y las circunstancias extremas de la guerra propiciaron que el funcionariado tendiera a servir a sus propios intereses. Así surgió la burocracia soviética, la que devino “clase imprevista” con la desconexión del control de los trabajadores. La burocracia fue reactiva a los acontecimientos. No tenían un plan previo y no se basaba en un programa, de ahí los zigzag de sus políticas iniciales. Pero es evidente el mecanismo sutil, paciente e integral de reformulación conservadora empleada en el desmonte pormenorizado de los basamentos legales, normativos y morales de la Revolución. De cómo esto sucedió daremos cuenta en lo adelante.

El proceso se puede dividir en dos etapas: 1) abarca los años de 1923 a 1928. Comienza con la salida de la escena política de Lenin hasta el arresto de los miembros de la “oposición de izquierda”. Es el momento en que se declara la doctrina del socialismo en un solo país; 2) abarca los años de 1928 a 1938, con la eliminación de los kulaks “como clase”; la industrialización acelerada y la colectivización forzosa, se aprueba la nueva Constitución, se publica la primera historia oficial y se completa la aniquilación de las prácticas y normas que permitían realizar los tres principios fundamentales del proyecto bolchevique: el poder político de los trabajadores, su auto-emancipación y el vínculo con la revolución mundial.

El 26 de enero de 1924, a pocos días de la muerte de Lenin, Stalin pronunció un discurso póstumo en la sesión inaugural del II Congreso de los Soviets de la URSS. Las palabras, con tono de obituario religioso, fueron leídas como un “juramento” al líder bolchevique:

Al dejarnos, el Camarada Lenin nos ordenó enaltecer y mantener la pureza del gran título de Miembro del Partido. Te juramos, Camarada Lenin, que cumpliremos honorablemente tu mandato (...) Al dejarnos (...) nos ordenó resguardar la unidad del Partido como a la niña de nuestros ojos. Te juramos (...) que también cumpliremos honorablemente este mandato tuyo. (...) Lenin nos ordenó que guardáramos y fortaleciésemos la dictadura del proletariado (...) con todas nuestras fuerzas también cumpliremos honorablemente este mandato tuyo.¹²

Comenzaba así la creación del dogma leninista que sirvió a la burocracia como referente ideológico de su dominación. La elaboración de los *Fundamentos del leninismo* por Stalin se constituyó en codificación rígida, esquemática y vulgar del pensamiento de Lenin. Fue el prelude de los de textos “marxistas” y comentarios académicos avalados por el PCUS. Esta producción sepultó el espíritu del Instituto Marx-Engels, creado en 1921 para estudiar el origen, desarrollo y maduración teórica y práctica del socialismo y para difundir el marxismo.

Se configuraba así el marxismo soviético, caricatura estéril del ideario revolucionario de Marx y Lenin. Se abría la escena para el divorcio de ese marxismo y la práctica política de los trabajadores. La función de este no era cambiar la realidad, sino disfrazarla. Se gestó progresivamente una andamiaje ideológico que solapaba los intereses de la “clase imprevista”.

La fracción de Stalin no previó los resultados de sus actos; reaccionó con reflejos administrativos y creó, posterior a los hechos, una teoría que los refrendara. La táctica se elevó al rango de teoría general. Quedó

12 José Stalin. *Con motivo de la muerte de Lenin*. J. V. Stalin. Obras, Tomo 6, Ediciones en lengua Extranjera, Moscú, 1953. En esa misma sección del Congreso se aprobó la publicación de las obras completas de Lenin, erigir un mausoleo en su honor, dar a Petrogrado el nombre de Leningrado y crear monumentos en las capitales de las repúblicas en su homenaje.

relegado el soporte teórico y la estrategia política de compromiso con los trabajadores trazado por el bolchevismo.

Poco a poco, se construyó un falso paralelismo entre Lenin y Stalin. Este último poseía una vanidad que exigía obediencia total y la permanente adulación al gran líder. En esencia, y a diferencia de Lenin, Stalin no representaba los intereses de los trabajadores sino los de la burocracia. Su actitud hacia las masas era de desprecio e indiferencia. Criminalizó a la disidencia revolucionaria y su compromiso con el marxismo y el socialismo era epidérmico.

Una de las rupturas más sensibles con los principios bolcheviques fue el “máximo del partido”, regla que impedía que los funcionarios partidistas recibieran un salario mayor que el de los obreros calificados. El “máximo” fue abolido el 8 de febrero de 1938. Bajo el período de Lenin, el diferencial máximo de salario se mantuvo en una relación de 1 a 4. Rango que el propio Lenin calificó de “diferencial capitalista”. Antes de la II Guerra Mundial, el diferencial era de 1 a 15.

No por casualidad la palabra “sovbur” -burgués soviético- entró en el vocabulario popular. La austeridad y la ética emanadas del compromiso con las masas que caracterizó a los bolcheviques quedaron progresivamente inutilizadas por la burocracia. Los dirigentes bolcheviques permanecían cerca de los obreros y los campesinos, caminaban por las calles sin escoltas y hacían caso omiso a las jerarquías. Cuando se consideran las condiciones de lujo y privilegios que las huestes estalinista creó para sí, aislado de la población, protegidos detrás de muros de seguridad o custodiados por numerosos guardaespaldas, se entiende el abismo entre la ética bolchevique y la decadencia moral burocrática.

El proceso de ruptura alcanzó a las instituciones detentadoras de violencia, las que se hicieron funcionales a los nuevos intereses. En sus orígenes, el Comité de Seguridad del Estado tuvo como objetivo combatir la contrarrevolución, los sabotajes y la especulación. Motivaciones que se modificaron hasta convertir a los servicios de seguridad en el órgano preservador de los intereses del Estado burocrático, cuyo objetivo fue, además, eliminar la oposición revolucionaria.

El Estado obrero necesitó su propia institución armada para defenderse. Con tal fin se creó el Ejército Rojo en enero de 1918, basado en la concepción de un ejército no profesional. Esta institución no escapó a la recomposición burocrática, la que le arrancó progresivamente su esencia popular. La medida más severa fue el decreto que restableció el cuerpo de oficiales. Se creó y privilegió a una casta de oficiales que velaría por la “pureza” y fidelidad de los uniformados al “partido” y al “Estado socialista”, que respondía directamente a la jerarquía partidista y se distanció jerárquicamente de los miembros de sus tropas. Se apagó con ello el espíritu de libertad y el debate que tuvo lugar en las filas del Ejército Rojo.

Pero la oficialidad no fue intocable. El golpe más certero contra cualquier vestigio de oposición dentro del ejército fue el fusilamiento (1937 y 1938) de tres mariscales, 13 comandantes, 57 comandantes de cuerpo, 111 comandantes de división, 220 comandantes de brigada y todos los comandantes de los distritos militares, el 90 por ciento de los generales y el 80 por ciento de los coroneles.¹³

En su impacto conservador, la burocracia trastocó todas las zonas de la sociedad soviética. En virtud del decreto del Comisario del Pueblo del 18 de diciembre de 1917, el divorcio dejó de ser un lujo para los ricos. La mujer trabajadora no tendría que esperar meses o años para que fuera fallada su petición de separación matrimonial. Por la Ley nueva, en una a dos semanas podría “independizarse de un marido borracho o bru-

13 Ted Grant. *Rusia, de la revolución a la contrarrevolución. Un análisis marxista*. Fundación Federico Engels, 1997.

tal, acostumbrado a golpearla”.¹⁴ La Revolución trató de destruir el “hogar familiar” que condena a la mujer de las clases trabajadoras a labores forzadas desde la infancia hasta la muerte.

Pero en 1926 se reinstuyó el matrimonio civil como única unión legal y el divorcio se convirtió en un trámite costoso y pleno de dificultades.¹⁵ Más tarde se abolió el derecho al aborto. Se suprimió la sección femenina del Comité Central y sus equivalentes en los diversos niveles de organización partidaria. En 1934 se prohibió la homosexualidad, y la prostitución se convirtió en delito. No respetar a la familia se convirtió en una conducta “burguesa” o “izquierdista”. Los hijos ilegítimos volvieron a esta condición, que había sido abolida en 1917. La medida prohibitiva del trabajo nocturno de las mujeres, tomada en los primeros años, se eliminó de *facto* al crearse, durante la industrialización forzada, tres turnos de labor para las fábricas textiles, donde prácticamente solo se empleaban mujeres, que además eran las peor pagadas.¹⁶

Como el resto de actividades sociales, la cultura pasó a ser controlada centralmente. En diciembre de 1928 y tras prolongadas resistencias, el comité central promulgó un decreto que ponía todas las publicaciones bajo control del partido y el Estado. La medida tuvo que ver con el deseo de subordinar la producción artística a la estrechez ideológica que el régimen elevaba como razón de Estado. Los gobernantes estaban convencidos de que el disenso con el orden establecido podía expresarse de variadas formas, y el arte cuenta con muchos subterfugios. El ilusionado experimentalismo artístico de los primeros años se vio abandonado por el retorno a los modelos rusos tradicionales, reforzado por una censura estricta.

El tema de la cultura proletaria fue otro punto de discusión en la post guerra civil. En uno de sus últimos textos, Lenin preveía que “involuntariamente estamos predispuestos a interiorizar esa cualidad (la modernidad) con los que frecuentemente y de manera ligera hablan, por ejemplo, sobre la “cultura proletaria”: para empezar nos sería suficiente una verdadera cultura burguesa; para empezar podríamos prescindir de los tipos más tradicionales de la cultura pre-burguesa, es decir, de la cultura burocrática o feudal, etcétera. En los problemas de cultura lo más perjudicial es apresurarse y querer abarcar demasiado. Muchos de nuestros jóvenes escritores y comunistas deberían meterse eso en la cabeza”.¹⁷

La ciencia también tuvo sus quiebres. Por disposición del CC PC (b) del 4 de julio de 1936, “Sobre las deformaciones psicológicas en el sistema de los Comisarios del Pueblo de Instrucción Pública”, se abolía la práctica de la paidología. Ese acto se sustentó en la calificación de pseudocientíficos a la inmensa mayoría de los psicólogos soviéticos. La paidología era una escuela psicológica que se había difundido en Rusia antes de la Revolución de Octubre y que después de 1917 intensificó su trabajo en el estudio, desarrollo y diagnóstico de las capacidades y el talento en los individuos, de manera especial, en el desarrollo psicológico del niño. Por supuestas deformaciones paidológicas fue prohibida la difusión de la concepción histórico-cultural de la psiquis de L. S. Vigotski. Las acusaciones a los paidólogos conllevaron a negar todo lo que habían realizado. De un plumazo se desarticuló la producción científica en psicología infantil, pedagogía, defectología, e higiene escolar, declarándolas reaccionarias y antimarxistas. Similar destino corrieron la psicotécnica, la orientación profesional y la psicología del trabajo e ingenieril. Desde 1936 se cierran todos

14 Alexandra Kollontai. *El comunismo y la familia*. Tomado de www.cuba-urss.cult.cu

15 Adriana D'Atri. Un análisis del rol destacado de las mujeres socialistas en la lucha contra la opresión y de las mujeres obreras en el inicio de la Revolución Rusa. Tomado de www.rebelión.org, 20 de octubre de 2003. En el artículo Una gran iniciativa, Lenin da cuenta del sentido revolucionario de estas medidas como uno de los avances más importantes de la Revolución en su rumbo comunista.

16 Edward Hallett Carr. *La Revolución Rusa: de Lenin a Stalin, 1917-1929*, Alianza Editorial, México, 1986, p. 175.

17 Vladimir I. Lenin “Es preferible menos, pero mejor”. En: *La última lucha de Lenin*. Pathfinder, Nueva York, 1997.

los laboratorios de psicotécnica industrial y psico-fisiología del trabajo.¹⁸

El campo fue otra de las escenas del proceso. La política establecida con la NEP generó que la pequeña burguesía de la ciudad y del campo adquiriera fuerza y establecieran mecanismos de comercio con el resurgimiento de intermediarios y pequeños comerciantes. Para 1927, el sector privado controlaba el 50 por ciento de la renta nacional.

El gobierno retrocedía paso a paso frente a tal empuje. El empleo de la mano de obra asalariada y el arriendo de tierras fueron permitidos en 1925. El campo se polarizaba entre pequeños capitalistas y jornaleros. La consigna lanzada a los campesinos era ¡enriqueceos! En 1926 Stalin preparó un decreto para la desnacionalización de la tierra, lo que hubiera representado un tiro de gracia a la Reforma Agraria de Octubre. Las contradicciones al interior del partido sobre la cuestión agraria eran agudas, pero la correlación de fuerzas en ese año no permitió que esa idea se realizara.

Los positivos resultados en el sector agrario que llegaron con la NEP diferían con los de la industria, que veía caer los precios de sus productos frente al alza de los productos del agro. Este hecho desató en 1922 la crisis de las tijeras y un fuerte debate (el último publicado en *Pravda*) que condujo al control de precios por el Estado. Los resultados positivos en el campo y en la industria artesanal fueron gracias a la NEP. Sin embargo, el control estatal de precio que generó la crisis permitió un equilibrio financiero que, a la postre, contravenía los principios de mercado. Surgía así la disputa práctica entre mercado y planificación.

En ese escenario la idea de invertir fuertemente en la industrialización ganó terreno. Tales discusiones llevaron a la elaboración y aplicación del primer plan quinquenal. Los cálculos continuos antes de aprobar el primer plan (marzo de 1929) se alejaron progresivamente y este se convirtió cada vez más en expresión de la voluntad y determinación de avanzar. Las tradicionales medidas de control financiero se abandonaron. En el debate se entrelazaban la política y la economía y las decisiones finales fueron más políticas que económicas,¹⁹ distante de las condiciones reales y tomadas al más alto nivel.

La desproporción entre el agro y la industria se agravó. Para 1928, los campesinos recrudecieron las huelgas de entrega de trigos en el momento que se acercaba otra etapa de hambre profunda para los obreros. Esta y otras cuestiones condujeron a que la fracción gobernante decidiera la cooperativización forzosa paralelo a la industrialización acelerada.

Al inicio, incluso las más entusiastas promotores de la colectivización aceptaban que la colectivización sería voluntaria, y que tardaría algunos años en completarse. Para finales de 1929, los dirigentes habían prescindido de ambas premisas y estaban decididos a la colectivización forzada e inmediata de la agricultura. La resolución clave para el proceso fue tomada el 5 de enero de 1930, y proclamaba la “sustitución de la gran producción de los kulaks por la producción del gran koljoz” y “la liquidación de los kulaks en cuanto clase”.

El problema no fue la colectivización sino al método aplicado. Años antes, Lenin había comprendido que la cooperativización, si se quería la efectividad de esta alternativa, no era un proceso administrativo, sino una larga lucha cultural. “Para inducir a todos sin excepción a que participen, y participen no pasivamente sino activamente en las operaciones cooperativa (...) nos queda hacer una cosa y es lograr que nuestra población sea tan civilizada como para que entienda todas las ventajas de la participación total en la cooperación y organice esa participación”.²⁰

18 Ver. Shuare, Marta. La psicología soviética tal como yo la veo. Editorial Progreso, Moscú, 1990, pp. 86-104.

19 Edgar Hallette Carr, ob., cit., p. 187.

20 Vladimir I Lenin. “Sobre la cooperación” En: *La última lucha de Lenin*. Pathfinder, Nueva York, 1997, p. 224.

La cuestión nacional también se definió en esta etapa hacia un fuerte control central. La Constitución de 1923 adoptó la igualdad y libertad para todos los pueblos federados de la URSS, incluido el derecho a la secesión. Para 1936 se promulga la segunda Constitución con similares derechos. En la práctica se tendía, y no con poca resistencia, a que las repúblicas se subordinaran directamente a Moscú. Las decisiones federalistas tuvieron escasa eficacia. Stalin nombraba desde arriba a los responsables políticos de las repúblicas. Las élites autóctonas, aunque arribaran a posiciones de determinada importancia a nivel de las repúblicas, escasamente podían obtener puestos relevantes a nivel de Unión, donde el predominio ruso llevaba el peso fundamental. Se aplicaron medidas de deportación de pueblos enteros y la colonización rusa y ucraniana a los confines territoriales, con importantes dosis de violencia y coerción.

Lenin llevó razón al prever el peligro de que el espíritu “gran ruso” permaneciera en la política del nuevo Estado. “En tales condiciones es natural que la libertad de separarse de la unión (...) sea un simple pedacito de papel incapaz de defender a los no rusos de la embestida de ese hombre realmente ruso (...) el típico opresor ruso. No hay duda de que los obreros soviéticos y sovietizados, que constituyen un porcentaje ínfimo, se ahogarán en ese océano de la canalla gran rusa chovinista como una mosca en la leche”.²¹

La tendencia centralizadora de la autoridad fue especialmente notable en el campo del derecho. La administración de la ley se había reservado originalmente a las repúblicas constitutivas de la URSS, cada una de las cuales poseía sus propios tribunales y su propio comisariado del pueblo par la justicia. Pero la constitución de 1923 introdujo un Tribunal Supremo de la URSS que subordinaba al de las repúblicas. La centralización de la autoridad vino acompañada por una gradual modificación de las actitudes vigentes hacia el derecho. La concepción marxista del derecho como instrumento de la dominación de clase, destinado finalmente a extinguirse junto con el Estado, y mientras tanto a ser administrado con indulgencia hacia los obreros y campesinos, fue abandonado.²²

Quizá la URSS no tenía otra forma posible de sobrevivir que no fuera con un Estado federado centralizado. Otra cosa distinta es que el único modo posible para su conformación fuera la violencia y la total subordinación a Moscú.

En el proceso de conformación de los marcos burocráticos del Estado soviético, la recomposición del partido era vital. El primer paso en ese sentido fue la organización de la “promoción Lenin” (1923), la cual abrió las puertas del partido. Este hecho fue violatorio de los estatutos que preveían un período de premilitancia. A propuesta de Lenin, solo podían entrar directamente los obreros que hubieran estado vinculados a sus fábricas al menos por diez años.

El significado político de esa “promoción” era la disolución de las filas revolucionarias que fueron sustituidas por materia prima humana no curtida por la batalla, sin experiencia y sin una mente independiente, más bien tenían la vieja costumbre de temer a las autoridades y obedecer ciegamente²³, nada que ver con la disciplina consciente de los bolcheviques. Del 75 al 80 por ciento de los miembros del partido se había afiliado después de 1923, y solo el 1 por ciento tenía su afiliación antes de la Revolución.²⁴

En 1930 los obreros representaban el 49 por ciento de la militancia; en 1934 esta proporción había caído al 9,3 por ciento. Paralelamente se dio el control casi total del partido por la “clase de los directores”. En 1923,

21 Vladimir I. Lenin. En: *La última lucha de Lenin*, ob., cit., p.204.

22 Edward Hallett Carr, ob., cit., p.160.

23 Maria Joffe. “One long night”. Citado por Alan Wood En: *Stalin: 50 años después de la muerte del tirano*, Fundación Federico Engels, Mayo, 2003.

24 Ted Grant, ob., cit., p. 118.

solo el 23 por ciento de todos los directores de fábricas de la URSS eran miembros del partido. En 1936 la cifra se acercaba al 100 por ciento.²⁵ De ahí que entre 1930 y 1934 el PCUS dejó de ser una organización obrera y pasó a ser, *de facto*, el partido de la burocracia.

En varias ocasiones los miembros del Partido recibieron órdenes como si fueran instrucciones militares. La primera de estas misiones fue a partir del año 1928, cuando 25 mil militantes ejecutaron la colectivización forzosa. La mayoría permaneció frente a las administraciones de los kolkhozes para cumplir las orientaciones del partido.

En 1921, debido al arribo incontrolado de nuevos miembros al partido, Lenin desarrolló una “purga” interna que implicó la expulsión de 200 mil miembros (una tercera parte de la militancia). El objetivo era difundir las tradiciones e ideales de Octubre, fuertemente amenazado por al entrada de individuos que se montaron en el carro de la revolución con poco desarrollo político. Esta “purga” no tuvo nada en común con los crímenes de Stalin, ni con la paranoia colectiva que éste impuso en la URSS. No hubo policía secreta, juicios políticos, ni campos de concentración. Era una batalla por defender el sentido de clase y el desarrollo político de la militancia.

Christian Rakovski explicó en 1928 que la mayoría de los militantes que ingresaron después de 1923 estaban desprovistos de la educación revolucionaria de clase, vivida durante la lucha, en la vida, en la práctica consciente. En el pasado, esta conciencia de clase se adquiriría en la lucha contra el capitalismo. Para este momento, ella debía formarse por la participación en la construcción del socialismo. Pero la burocracia redujo dicha participación a una frase hueca, y los obreros no podían adquirir en ninguna parte esta educación.²⁶

De esta manera, la fracción burocrática desvirtuó progresivamente el sentido de la dirección partidista hacia el totalitarismo. En una ocasión, Lenin advirtió a Bujarin: “si quieres obediencia, obtendrás tontos obedientes”. Los bolcheviques preferían educar a la militancia a través de la explicación paciente, la discusión y la crítica con base en un proyecto revolucionario.

Rakovski destacó que “el militante de 1917 habría tenido dificultad para reconocerse en la persona del militante de 1928. Un cambio profundo ha tenido lugar en la anatomía y en la fisiología de la clase obrera (...) La función ha modificado el órgano mismo, es decir, la psicología de aquellos que se han encargado de diversas tareas de dirección en la administración y la economía del Estado ha cambiado hasta tal punto que no sólo objetiva, sino también moralmente, han cesado de formar parte de esta misma clase obrera”.²⁷

En los primeros tiempos del régimen soviético la burocracia administraba al Estado mientras que el partido servía de contrapeso y control de esta para que la desigualdad no sobrepasara los límites permisibles. El papel histórico de la fracción estalinista fue el de suprimir esta dualidad, subordinando el Estado a las propias oficinas del partido, el que se erigía, de esta manera, en juez y parte de su propia política. El partido único, una necesidad coyuntural en 1921, se convirtió en un principio infalible para la dominación burocrática.

Los esfuerzos de Stalin tendieron a liberar el aparato del partido del control de sus miembros, a la vez que este controló a toda la sociedad. En 1929, miembros del secretario general de los sindicatos soviéticos fueron destituidos por una resolución de la Oficina Política del Partido Comunista, que a su vez nombró a otros dirigentes. El papel de los sindicatos como defensores de los intereses de los trabajadores frente al Estado deformado quedó inutilizado.

25 *Ibíd.*, p. 398.

26 Christian Rakovski. *Los peligros profesionales del poder*. Tomado de www.cuba-urss.cult.cu

27 *Ibíd.*

En el XVIII Congreso del Partido se creó dentro del Secretariado una Dirección de Cuadros encargada de coordinar todos los nombramientos de los funcionarios responsables, ya se trate de tareas del Partido, el Estado o la producción. La medida consistía “en concentrar completamente la elección de los cuadros, de arriba abajo, en manos de un solo organismo (...) Para esto hay que terminar con la dispersión del estudio, la promoción y de la elección de los cuadros en múltiples secciones y sectores, y concentrar este trabajo en un solo punto”.²⁸ De esta lógica nació la consigna “el cuadro lo decide todo” a la que se subordinaron las instancias organizativas en todos los niveles y sectores de la sociedad.

Desde entonces, ningún nombramiento importante se ejecutó sin antes haber recibido la aprobación de esa Dirección. Quedó enterrado para siempre el principio de electividad aprobado en 1921. El cuadro decide y la Dirección de Cuadros decidía quiénes eran los cuadros *ergo* en esta Dirección residía parte importante del poder. Una instancia diametralmente opuesta a los espacios de creación política que se dio el pueblo ruso para su auto-emancipación y que el Estado, encabezado por Lenin, pretendió defender y potenciar.

La expulsión de la oposición de izquierda en el Congreso del partido (diciembre 1927) despejó el terreno al silenciar todas las críticas. La disidencia sería descrita como desviación: “el lenguaje no de las diferencias políticas, sino de la herejía doctrinal”.²⁹

Trotsky definió las purgas desatadas por Stalin como una guerra civil de la burocracia contra la vanguardia revolucionaria bolchevique. En marzo de 1928 se abrió el camino para la extensión de la red de “campos de concentración”, bajo administración de la antigua Cheka, para delincuentes políticos. En 1935 la Sociedad de Viejos Bolcheviques se disolvió, un mes después lo hizo la Sociedad de Antiguos Prisioneros Políticos y de Exiliados Políticos.

Otro golpe mortal sobre el proyecto revolucionario bolchevique fue la *doctrina del socialismo en un solo país* (1925). Si bien intentar construir una sociedad no capitalista, a pesar de las condiciones internacionales adversas, es una decisión revolucionaria y trascendente, además de inspirada en el propio Lenin, la doctrina se adecuaba a las necesidades y aspiraciones de la burocracia que quería una vuelta a la normalidad, contrario a las ideas de la revolución mundial enarboladas por la “oposición”: “¡basta de trastornos!” Hemos ganado un descanso. Construiremos en nuestro país la sociedad socialista. Creían profundamente que la construcción del socialismo era de orden nacional y administrativo. Todo cambiaba de sentido.

Una consecuencia práctica de esta política fue la reducción del papel de los partidos comunistas en el resto del mundo al de “patrullas fronterizas” del Estado soviético. Su deber era evitar cualquier posibilidad de intervención contra la URSS. En la práctica estos partidos limitaron su rol al de reformistas que actuaban como grupo de presión, minimizando su actividad revolucionaria. La dependencia de las perspectivas del socialismo en Rusia respecto a la revolución en otros países había ocupado un lugar central en la doctrina del partido, ahora se invertía el orden de prioridades: Rusia era el “comienzo y la premisa de la revolución mundial”.³⁰

Dos hechos cerraron el ciclo de silenciamiento de la revolución: la aprobación de la Constitución de 1936 y la presentación de la primera historia oficial del Partido en 1938.

El primero fue el tiro de gracia a la moribunda institución de los soviets. Se substituyó el sistema electoral soviético, fundado en los grupos de clase y de producción, por el sistema de democracia burguesa, basado

28 Suzanne Labin. *Stalin el terrible*, Haurpes, Argentina, 1947, p. 40.

29 Edward Hallett Carr, ob., cit., p. 171.

30 *Ibíd.*

en el llamado “sufragio universal igual y directo” de la población atomizada. Se liquidó jurídicamente la dictadura del proletariado. Los soviets surgieron esencialmente como los órganos de estado de clase, y no otra cosa. Se desarmó a los trabajadores del principal recurso para la lucha política contra el régimen burocrático.

Los postulados de la Constitución de 1936 eran modificados con decretos emitidos en instancias de menor rango jerárquico que el Congreso de los Soviets. Por ejemplo, la Carta Magna previó el derecho al trabajo, a la jubilación, al descanso, a la instrucción, la asociación libre, etc. Solo un año después de que esta fuera aprobada mediante el voto popular, Stalin y Molotov firmaron una legislación sobre el trabajo que anulaba casi todas ellas.³¹

El Estado de “todo el pueblo” consagrado en 1936 es una noción burguesa, atacada por Marx en su *Crítica al programa de Gotha*, y por Lenin en *El Estado y la revolución*. La burocracia estalinista tuvo una razón similar a la burguesía para adoptar esta definición ideológica de Estado: no reconocer su propia existencia como “clase” dominante, en cuyo beneficio operaba el Estado.

El segundo de estos hechos, la salida a la luz de la *Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS, 1938*, desvirtuó la comprensión sobre la revolución. Varias generaciones de soviéticos y de revolucionarios de otras latitudes asumieron esta y otras sucesivas narraciones como la fuente de la verdad sobre la URSS.

La historia de la revolución resultaba un peligro para la dominación burocrática. Era necesario reescribir la historia. Para tal fin se prohibió, además, toda la literatura que contradijera la historia oficial. Textos como “Los diez días que estremecieron al mundo”, de John Reed, catalogado por Lenin como la narración más fiel de la Revolución, fueron prohibidos, a la par de las últimas reflexiones de Lenin. El programa del partido de 1919 fue sacado de las librerías y prohibida su circulación. Las obras de Lenin que se publicaron fueron cuidadosamente escogidas y en muchos casos solo se presentaban resúmenes descontextualizados. Los mismos trabajos y discursos de Stalin que contradecía sus planeamientos recientes eran sacados de circulación.

En el proceso de control absoluto de la sociedad, era necesario dominar los medios de divulgación de las ideas. Se impuso el *monopolio sobre la verdad*, generado en un discurso oficial sobre la realidad cada vez más distante de esta. Se eliminó la posibilidad de debate públicos sobre los problemas del socialismo, se limitó el acceso y control social de la información, se disciplinó a comunicadores, artistas, literatos, académicos y científicos sociales. La revolución quedó silenciada.

Para poder triunfar, el régimen burocrático se vio obligado a aniquilar al Partido Bolchevique, arrancar de raíz cualquier vestigio de leninismo genuino, reescribir la historia y enterrar las viejas tradiciones de la democracia obrera y del internacionalismo bajo una montaña de cadáveres.³²

La revolución extraviada

La Revolución de octubre cambió radicalmente la historia rusa. Su osadía mayor fue pretender que los oprimidos se gobernarán a sí mismos. En nombre de esta, la burocracia erigió un sistema anticapitalista, muy nacional y poco socialista,³³ cuyos rasgos fueron la no existencia de propiedad privada sobre los medios fundamentales de producción, la eliminación del libre mercado y la desconexión del mercado mundial;

31 Suzanne Labin., ob., cit., p. 30.

32 Ted Grand, ob., cit.

33 Suzanne Labin, ob., cit., p. 80.

ninguna clase se adueñó de la plusvalía de los trabajadores y la economía planificada se diseñó para el beneficio social.

Sus límites estuvieron en no propiciar el control democrático de la sociedad por los trabajadores, vinculado al desconocimiento y obstaculización de las capacidades de auto-emancipación de estos, y en la reducción nacionalista de la creación de un orden social que superara al capitalismo, al desestimar y oponerse al avance de la revolución socialista mundial.

Se trastocó el sentido de la creación socialista como proyecto cultural desde abajo por una construcción administrativa y desde arriba. Se substituyó la comprensión de que la creación del nuevo sistema en las condiciones rusas implicaba un proceso prolongado de acumulación material y cultural por una construcción estructural de inmediatez, desconectada de sus condiciones de posibilidad. Se tergiversó la dialéctica de la transición por la totalidad absolutista de las directrices. Se obvió que el fin *socialista*, aun asumiendo las actualizaciones culturales necesarias, no es alcanzar la modernidad sino desafiarla y superarla.

(fragmento)

El intento de transición a una sociedad socialista, en oposición a las estructuras productivas e ideológicas del capitalismo, tuvo en el proyecto soviético y en la posterior hechura en su nombre, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), el ensayo más extendido en correspondencia con el tiempo que abarcó, su alcance fronterizo, su estructuración productiva, política, ideológica, militar e internacional y, por qué no, dada su resonancia *post mortem*.

El tema de la transición, amplia y diversamente abordado, cuenta con varios estudios de casos que se enmarcan, de un lado, en las transformaciones al interior del sistema capitalista mismo, dando cuenta, fundamentalmente, de modificaciones de regímenes dictatoriales a democráticos. En otra parte se ubica la cuestión del llamado tránsito del capitalismo al socialismo, los que han sido igualmente estudiados con amplitud. En este segundo grupo se destaca el intento de crear un “socialismo soviético”.

Este último presenta características muy particulares por ser la experiencia de origen para la asunción política de este tipo de transición y haber sido un referente casi matricial para el resto de los intentos. De ahí su consabido interés para las ciencias sociales. Al mismo tiempo, dado que el ensayo soviético terminó, resulta más factible inquirir acerca de él dado su condición de proceso históricamente concluso.

Desde el estallido de octubre, los acontecimientos soviéticos han sido una recurrencia en los espacios de pensamiento y en los terrenos de la política. La incursión en las etapas y temas de esta historia ha estado impregnada de una evidente y polarización ideológica. Aun cuando el corolario final de dicho intento de tránsito a una sociedad no capitalista fue que se perdiera una preciosa oportunidad para socavar las bases del dominio burgués; repensar, comprender y asumir (sobre todo asumir) las características del proceso de transición soviético en su conjunto brindan elementos imprescindibles para la explicación de lo que ha acontecido en Rusia desde 1991, y para la configuración misma de las alternativas anticapitalistas que demanda el siglo XXI.

Cualquier pretendido emancipatorio que parta de los límites del capitalismo para su realización, debe re-visitarse, una y otra vez, las formas, circunstancias, aportaciones y desfalcos de dicha experiencia. Los ya noventa años que nos separan de octubre de 1917 son el camino más sólido andado por y para el socialismo. Desestimar esta premisa histórica y política en la lucha anticapitalista es un anuncio de futuros fracasos.

Esta significación es el punto de motivación principal para estas páginas, desde las que se desarrollan algunas ideas y se esbozan otras, no desde el sosegado e “imparcial” recuento histórico, sino desde el compromiso político que gana sustancias desde el abordaje científico del proceso en cuestión y que permite enmarcar los análisis, conclusiones y destacar legados del proceso de transición soviético al socialismo. Además, es la antesala histórica que permite conocer los orígenes, tendencias y potenciales resultados del proceso de restauración capitalista que se sucede en los países del espacio postsoviético.

34 Publicado en: *Revista Temas*, no. 50-51, abril-septiembre, 2007

Para ordenar las reflexiones aquí presentadas nos planteamos las problemáticas siguientes: ¿quiénes detentaron el poder en la Unión Soviética?, ¿se puede hablar de ruptura con el proyecto bolchevique?, ¿cuáles son las razones del fracaso histórico de la transición soviética al socialismo? En lo adelante recurriremos a estas y otras interrogante.

“La clase imprevista”³⁵

Como toda experiencia de la sociedad humana posterior a las comunidades gentilicias, el componente vital que explica la edificación de instituciones, las normas de conducta, los códigos ideológicos y las propias estrategias políticas, es la relación dominador *versus* dominado, que emana de la contradicción entre las clases que compiten o cohabitan en una época histórica determinada. Este criterio, como recurso metodológico, nos permite acercarnos con mayor certeza al proceso soviético, sin desestimar las tensiones que el mismo impuso a los marcos teóricos que analizan las relaciones de clases.

Recordemos que como parte de las clases contendientes dentro de Rusia antes de las revoluciones de 1917, la burguesía nacional se desarrolló muy tarde, con mucha lentitud y en estrecha subordinación con las potencias imperialistas del momento, principalmente Francia, Inglaterra y Alemania. En esa lógica, la revolución de febrero de 1917 propició a la burguesía la posibilidad de disfrutar de una revolución que había sido incapaz de hacer. En realidad, no había en Rusia base social burguesa capaz de asimilar, aprovechar y mantener esa oportunidad, máxime la existencia de la pujante clase trabajadora y sobre todo de su movimiento revolucionario,³⁶ lo que atribuyó un matiz muy relevante a los dos procesos revolucionarios de 1917.

Por su parte, la clase obrera rusa, minoritaria pero con una vanguardia bien organizada, no se encontraba suficientemente desarrollada, suficientemente madura para el ejercicio del poder y para la ejecución de las medidas que emanaban de este. Los hechos acontecidos durante varias décadas develaron, como veremos más adelante, que la dictadura del proletariado, explicada por Lenin en *El Estado y la Revolución* como dominación de clase, no pudo ser realizada como dictadura *por* el proletariado y se convirtió, andando por las intrínquilis de su propia historia, en una dictadura *del Partido* que conduce *para* el proletariado.

Dentro del cuadro socio-clasista ruso, los campesinos eran la clase más numerosa, lo que impuso una fisonomía contradictoria al Estado obrero surgido tras la Revolución e hizo entender a los dirigentes de la emancipación que tenían que contar con ella para mantener la Revolución en pie.

Dentro de este escenario la burocracia tuvo un rol definitorio. Partamos de que el estrato burocrático no es privativo del socialismo. En el caso ruso tuvo sus orígenes (consolidados y tipificados) en el período zarista, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Con la centralización absolutista creció numéricamente el sector de los funcionarios, así como su importancia, en vista de su utilidad para el ejercicio de la dominación. La copiosa burocracia que se arraigó en la estructura política devino una de las características del Estado zarista y en una herencia para el Estado soviético, el que estuvo forzado a incorporar a individuos del anterior aparato gubernamental para cumplir funciones técnicas y especializadas en las nuevas estructuras y con ellos se asumía la mentalidad zarista que, lógicamente, no se podía superar desde un decreto revolucionario.

35 El título de este epígrafe fue sugerido por el artículo de Alexei Goussev, *La clase imprevista: La burocracia soviética vista por León Trotsky*. Tomado de www.herramienta.com

36 Christopher Hill. *La Revolución Rusa*. Edición Revolucionaria. La Habana, 1990, p-18.

A finales de 1920, el número de funcionarios del Estado había pasado de poco más de 10,000 a la astronómica cifra de 5,800,000. Este número sobrepasaba en cinco veces el número de obreros industriales. En agosto del mismo año, 48. 400 antiguos oficiales zaristas se habían alineado como especialistas militares en el Ejército Rojo³⁷. Muchos de ellos al final de la guerra civil ocuparon diversas responsabilidades políticas y administrativas, trasladando a sus funciones la formación militar de ordeno y mando.

Dada esta realidad, Lenin insistía en calificar a Rusia como un *Estado obrero con fuertes deformaciones burocráticas*. Lenin explicó el fenómeno de la burocracia como una ex-crescencia parasitaria y capitalista en el organismo del Estado obrero, nacida del aislamiento de la Revolución en un país campesino, atrasado y analfabeto.³⁸

Desde esta lógica, Iosef Stalin fue el rostro visible y representante de la burocracia, y a su vez, el estalinismo como tipificación del socialismo soviético, fue el modo de la ruptura con el proyecto bolchevique. Ambos fueron, en principio, resultado y no causa de los desenlaces de la Revolución. Posteriormente el estalinismo se convirtió en causa estructural y sistémica del fracaso soviético.

El proceso de burocratización tuvo sus orígenes desde el inicio mismo de la Revolución, pero su consagración como sector dominante en la sociedad tuvo lugar en la década del 30. Las reglas, la jerarquía, la especialización, hacen del grupo burocrático un estamento carente casi en lo absoluto de creatividad. La costumbre de consultar a una instancia superior, convertida casi en norma, destruye toda posibilidad de iniciativa de los funcionarios que solo cumplen misiones técnicas. La dinámica mimética que genera esta tendencia respecto al jefe diseminó por toda la Unión Soviética pequeños dictadores intermedios que gradualmente eliminaron a sus rivales, mediante el halago y adulación a las autoridades superiores y la imitación de sus métodos.

Los cuadros políticos bolcheviques no eran numerosos al estallido de la Revolución. A pesar del crecimiento numérico de la membresía del partido, la calidad de sus cuadros no tenía similar correspondencia. Progresivamente fueron ascendiendo a los principales cargos administrativos figuras de relieve secundario dentro de la revolución debido, entre otros factores, a que muchos viejos combatientes de la vanguardia perecieron durante la contienda civil, o se separaron de las masas al ocupar cargos de menor relevancia y otros se acomodaron a las nuevas condiciones de poder. Este aspecto es parte del proceso de degeneración del proyecto bolchevique.

Tras la muerte de Lenin se abrieron las puertas del partido a una nueva promoción, conocida como “la promoción Lenin”. El resultado de la misma fue que se ahogó el núcleo revolucionario con individuos de los más diversos orígenes sociales y sin una preparación política acorde con las tradiciones de los bolcheviques. Estos individuos fueron moldeados por los hombres del aparato que habían sido elegidos a dedo por Stalin quien, desde 1919, encabezó el Comisariado del Pueblo para la Inspección Obrera y Campesina, desde donde controló el movimiento de cuadros durante varios años, lo que le permitió tener bajo control puestos y figuras claves. Baste con decir que del 75 al 80 por ciento de la militancia se había afiliado después de 1923, y solo el uno por ciento de los miembros del partido tenía su afiliación antes de la Revolución³⁹.

37 Ted Grant. *Rusia, de la revolución a la contrarrevolución*. Fundación Federico Engels, Madrid, 1997, p-108.

38 Ted Grant y Alan Word. *Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente*. Tomado del sitio www.engels.org, Fundación Federico Engels

39 Ted Grant. Ob., Cit., p- 118.

La burocracia soviética, que devino en “clase imprevista” respecto al papel antagónico entre el proletariado y la burguesía, se privilegió del poder estatal y administró la propiedad pública beneficiándose de ella.

Es cierto que los miembros de la burocracia no poseían capital privado; pero sin ningún control por el resto de los sectores sociales, y ahí radicó su poder, dirigieron la economía, extendieron o restringieron todas las ramas de la producción, fijaron los precios, articularon el reparto, controlaron el excedente, dominaron el conocimiento y su divulgación y controlaron los medios de producción de ideas. De este modo mantuvieron el partido, el ejército, la policía y la propaganda que los sustentaba, lo que permitió su reproducción por décadas⁴⁰.

¿Mediante qué códigos de cultura política dominó la burocracia soviética? Partamos de que las masas que ejecutaron la Revolución en 1917 portaban la mentalidad de la servidumbre, sin ninguna experiencia democrática, y el desarrollo de la conciencia del proletariado, clase llamada a encabezar la Revolución, era patrimonio de un pequeño número de hombres y estaba relacionado más con un “adelanto” del campo de las ideas que con las condiciones históricas/materiales que hiciera más abarcadora este tipo de conciencia. Las masas rurales, mayoría en ese momento, eran portadoras de los elementos más conservadores, afianzado en el alto nivel de analfabetismo existente, materia prima valiosísima para el adoctrinamiento.

Por su parte, la burocracia usurpadora fue otro ejemplo histórico de como los vencedores incorporan la mentalidad de los vencidos (previsto por Lenin). En este caso heredaron como códigos de la dominación el control absoluto, el elitismo político, la idea de que la “muchedumbre” no sabía ni era capaz de dirigirse, por lo que necesitaba una figura que sintetizara los destinos del país. Téngase en cuenta que uno de los rasgos más apreciados por el ciudadano promedio de Rusia respecto a sus dirigentes es la imagen de hombre fuerte, capaz de enfrentar con determinación las dificultades cruciales del país.

Como norma, dentro de la URSS se desvinculó la responsabilidad de la figura máxima respecto a los problemas, creando un ambiente místico a su alrededor. Aparejado a ello en el imaginario social se impuso el criterio de que eran las capas intermedias de los dominadores las responsables del estado de cosas existentes.

En el contexto ruso este hecho es de gran significación, como lo demuestra el estallido revolucionario de 1905 donde se quebró la legitimidad del Zar frente a las masas tras varios fracasos de sus reivindicaciones que partían del supuesto de que los funcionarios públicos cometían excesos que no eran conocidos por el Zar y que contravenían sus decisiones. Como una similitud histórica, a fines de los ochenta la arremetida contra la figura de Stalin tuvo una función similar en la deslegitimación del régimen soviético.

El ejercicio político de la burocracia durante el período soviético fue una negación del intento bolchevique, el que concebía nuevos códigos respecto a la política y la participación de las masas no sólo como fuerza motriz en la explosión subversiva, sino con el carácter revolucionario de los soviets como elaborador, ejecutor y controlador de las decisiones políticas, reflejado en que estos, de órgano espontáneo de lucha de las masas, adquirieron funciones de Estado. Con el advenimiento del estalinismo dichos principios fueron destronados y la oportunidad de lograr la participación política de las masas, incluyendo los mecanismos

40 El análisis respecto al tema de la burocracia tiene una de sus aristas más polémicas en sus vínculos o autonomía respecto a otras clases. Para algunos autores la burocracia no podía convertirse en elemento central de un sistema estable, pues solo era capaz de traducir los intereses de otra clase. En el caso soviético, se balanceaba, según este criterio, entre los intereses del proletariado y el de los propietarios. León Trotski fue uno de los mayores exponentes de esta visión. Por otro lado, algunos autores afirman que la burocracia no expresaba intereses ajenos, ni oscilaba entre dos polos, sino que se manifestaba como grupo social consciente según sus propios intereses. Milovan Djilas es un referente importante para esta segunda visión, específicamente en su obra *La nueva clase*.

de movilización, real y autónoma, fue cercenada. En ese proceso, las organizaciones políticas y de masas sufrieron una considerable atrofia.

Lo que aconteció en Rusia con posterioridad a la Revolución, y como el *contra* que resultó de sus propias circunstancias, fue el advenimiento de un nuevo sector dominante basado en el poder del Estado en vez de en el poder del dinero y de la propiedad, y que, por ello, se vieron a sí mismos como los nuevos hombres del poder en un sistema, no capitalista, pero marcadamente elitista y desconectados por completo del control de las masas que, dada las encrucijadas de esta historia no fueron el sujeto político de su propia emancipación. En lo adelante daremos razón a este aserto.

Sustituir no es superar

La lección capital del fracasado intento estalinista estuvo en no comprender que de lo que se trata no es de sustituir al capitalismo sino de superarlo. La institucionalidad económica y política del socialismo realmente existente difería en sus formas de la capitalista; los preceptos ideológicos rompían de tajo con los promulgados por la beligerante burguesía, los cánones artísticos fueron contestatarios en la forma, los asideros culturales se pretendieron diferentes; pero en la integración orgánica de estos espacios del entramado social no se fundó una subversión del capitalismo. Faltó la cualidad distinta (instrumento de la revolución eficiente y perdurable) la superación del régimen burgués y su sembrada hegemonía.

Por tanto, la idea de que la revolución es exterminio total de la vieja sociedad condujo a perder la necesaria referencia y conexión entre lo viejo y lo nuevo. El proyecto de cambio no puede erigirse sobre quimeras ni buenas intenciones; es importante sopesar el estado real de las circunstancias en el enfrentamiento con la sociedad capitalista, y hacer uso del apoyo científico en la conformación de pronósticos, lo que implica romper con la tendencia al acomodamiento insustancial del saber,⁴¹ o dicho de otro modo, a convertir la mediocridad en virtud.

En la esfera económica el desafío de la construcción del socialismo está en lograr una mayor productividad del trabajo, al imponer, con el desarrollo de la técnica, bajos precios de las mercancías como modo de erosionar al capitalismo. En esa dirección, la superación de la sociedad capitalista implica el pleno dominio de la ciencia burguesa, de su capacidad generadora de riquezas, y en ningún caso la negación dogmática de ella, ni desatiende en esa práctica la herencia científico-técnica de la sociedad humana.

Trotsky avizoró que la Unión Soviética estaba más amenazada por una intervención de productos capitalistas a bajos precios que por una intervención militar. Esta tesis tuvo su validación, por una parte, en el caso extremo de la Segunda Guerra Mundial, cuando la Unión Soviética puso en función su potencialidad de contingencias, y logró la victoria con épico esfuerzo del pueblo; sin embargo, en ningún caso soportó la avalancha de productos a bajos precios que a mediados de la década de los años setentas llegaron al país cuando comenzó a abrir su economía a Occidente.

En los debates respecto a la significación de la Unión Soviética como modelo de desarrollo socialista para los países atrasados, se argumentaba la capacidad para industrializar el país durante los años del régimen de Stalin. Este criterio desatiende que la posibilidad de construir en pocos años vastas fábricas del tipo más moderno estaba asegurada, por una parte, por la alta técnica de Occidente capitalista; pero por otra, por el régimen de plan económico. En este dominio se asistió a la asimilación de las conquistas ajenas y no a la creación de nuevas condiciones y potencialidades en tanto modelo de desarrollo viable para una economía periférica y anticapitalista.

41 Dolores Vilá Blanco. “Las reformas y su lugar en la transición al socialismo” En: *Teoría Sociopolítica. Selección de temas*, tomo I, Editorial Félix Varela, La Habana, 2000.

Desde finales de la década del veinte el modelo económico soviético frenó la especialización y la introducción de nuevas técnicas, lo que impidió un uso racional de los recursos. Debido a la estructura vertical y voluntarista que se impuso al proceso productivo, el desarrollo de un sector iba en detrimento del otro, sin la debida integración entre ellos. En este esquema, las unidades productivas, lejos de ser autónomas, eran presas de la desmedida primacía de los criterios políticos sobre las necesidades económicas (otro punto de ruptura con los preceptos iniciales).

Dos datos ayudan a comprender lo que significa la idea anterior. A la altura de 1987 el país contaba con 3,6 veces más ingenieros que los Estados Unidos, pero con una productividad del trabajo comparativamente desfavorable. En igual período, la Unión Soviética fabricó 801 millones de pares de zapatos de cuero y los Estados Unidos solo 290 millones. No obstante, en este país no había escasez de zapatos, las tiendas ofrecían variedad y calidad, acompañadas de precios accesibles. En la Unión Soviética, formalmente había también muchos zapatos, pero en realidad nada digno de comprarse.⁴²

Cada nueva sociedad nace de lo edificado por la anterior y la supera. Para Trotsky, esa era una de las dificultades fundamentales de la sociedad soviética, pues esta (tenía) *que resolver los problemas de la producción y de la técnica que el capitalismo avanzado (había) resuelto (hacia) largo tiempo*. Partiendo de esta premisa, no podía hablarse, como hacían los dirigentes del Kremlin, de una etapa socialista en el proceso soviético.

Como resultado de todo lo descrito, la Unión Soviética presentaba una estructura comercial propia de países subdesarrollados. Era exportadora de materias primas y combustible, e importadora de productos industriales y de alta tecnología, rasgos que sin duda la colocaban en una posición desfavorable según la correlación de fuerzas del mercado mundial, y la hacían dependiente de otras potencias. Se calcula que en 1986 la Unión Soviética había acumulado una deuda externa próxima a los 41 mil millones de dólares.

Aparejado a ello, la utilización en general del salario igualitario suprimió el estímulo individual hacia la producción de bienes y servicios, lo que representó un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas y a la postre influyó en la socialización de la pobreza. No comprendieron que el socialismo, lejos de suponer la pobreza, implica eliminarla.

Durante el período soviético, las estadísticas referentes a los salarios estuvieron embargadas por una densa bruma, lo que resultó contradictorio al tratarse de un “Estado obrero” y de estar este tema en la médula de los intereses vitales de los trabajadores. Los datos que permitieran un análisis objetivo de esa situación, por paradójico que fuera, eran más accesibles en cualquier país capitalista, amén de los intereses de clase que justificarían otra cosa.

En resumen, hubo un estancamiento de las relaciones de producción capitalistas, no su superación, en nombre de estructuras y relaciones productivas que supondrían la existencia del socialismo, incluso cuando se hubiera propiciado la coexistencia de estructuras mixtas. Dentro de este esquema los obreros continuaron disociados de los medios de generación de riquezas. No se convirtieron en dueños reales de estos, debido a que los elementos burocráticos-administrativos los mantuvieron distanciados de la propiedad efectiva. En esa dinámica, la nueva organización de la producción, pretendida como socialista, tuvo un carácter formal.

42 Abel Aganbeguian: “El ser humano y la economía”. En: Revista *Socialismo: Teoría y Práctica*. Moscú, no. 4, abril, 1988.

La adulteración del objetivo socialista estuvo en identificar la estatalización de la propiedad con la socialización, limitándose así la complejidad y profundidad de lo que Marx había entendido como superación del modo de producción capitalista.⁴³

Esas verdades fueron más poderosas que los logros, también muchos, en aspectos sociales concernientes al nivel educacional, de instrucción, los avances en salud y seguridad social, así como en los resultados en la actividad científica. Las producciones de alimentos, viviendas, vestidos y el tiempo libre fueron proporcionados a la población a menores niveles en comparación con los países occidentales, bajo la concepción de los mínimos que permitía el modelo; a pesar de lo cual los niveles de distribución social fueron superiores, y de que se alcanzaron resultados no vistos con anterioridad en la historia, gracias a los beneficios de la economía planificada.

Pero de lo que se trata es de distribuir riqueza, no pobreza. Por tanto, la bondad y novedad de un mecanismo de distribución social no sirve de mucho cuando está desconectado de la generación social de recursos que lo hagan operativo y lo validen. En esa contradicción funcional entre la pobre generación de riqueza y, por consiguiente, su deficiente distribución, estuvo la base del socialismo “de carencias” que tipificó al modelo soviético.

En materia política no se superó al capitalismo. No se dio paso a un mecanismo más eficiente de participación ciudadana en la toma de decisiones políticas en los distintos espacios de realización, ni tan siquiera en el debate respecto a la conformación de estas.

El modelo autoritario aplicado en la Unión Soviética y su expansión mimética a otras experiencias, obnubilaron el intento de un verdadero poder del pueblo, no ya como fuerza motriz en la toma del poder sino como sujeto activo en su reproducción. La monopolización del poder por el partido-Estado negó los avances que, mediante sus luchas, los oprimidos habían logrado dentro del capitalismo en diferentes niveles y períodos, incluida de modo imprescindible la propia experiencia de los soviets que pasaron de órgano espontáneo de lucha de las masas a adquirir funciones de Estado.

La lenta muerte de Octubre comenzó cuando los soviets pasaron a ser un espacio decorativo dentro del sistema político soviético. Con el advenimiento del estalinismo dichos principios fueron destronados y la oportunidad de lograr la participación política de las masas, incluyendo los mecanismos de movilización, real y autónoma, fue cercenada. En ese proceso, las organizaciones políticas y de masas sufrieron una considerable atrofia que generó un tipo específico de cultura política entre los ciudadanos soviéticos en general y entre los trabajadores en particular.

Como esencia del déficit democrático de esta práctica, el esquema de un solo partido capitalizó un concepto único de verdad que no tenía canales reales de interrogación con sujetos políticos ajenos al propio partido. En el proceso de tergiversación de la práctica política inicial de los bolcheviques, el PCUS, de interlocutor con mayor desarrollo ideológico real, legitimado y desarrollado, pasó a ser censor y árbitro.⁴⁴ La conversión de la necesidad en virtud, como temió Rosa Luxemburgo, explica el tránsito del partido único como medida coyuntural (1921) a rasgo esencial del sistema consagrado constitucionalmente.

Como elemento distintivo del modelo político soviético desde la etapa de Stalin y hasta los últimos años de existencia de la Unión Soviética, el sistema requirió de una extrema supremacía del Partido Comunista de

43 Jorge Luis Acanda. *Sociedad Civil y Hegemonía*. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana, Juan Marinillo, La Habana, 2002, p-264.

44 Fernando González Rey. “Acerca de lo social y lo subjetivo en el socialismo”. Revista *Temas*, no. 3, La Habana, 1995.

la Unión Soviética, mediante la supresión de todas las fuerzas sociales que no estaban controladas y subordinadas a él, o al menos de sus posibilidades de acción. El partido fundió en su actividad práctica al aparato administrativo y sus instituciones, se hizo del gobierno y cumplió las funciones de éste (razón por la cual se le conoce como el partido-Estado).

En la sociedad política y civil no hubo una instancia de carácter masivo que estuviera fuera del alcance del partido-Estado; todas eran reproductoras de los dictámenes políticos y seguían al pie de la letra las directrices de éste sin que hubiera el más mínimo asomo de presión o contraposición al régimen. Indiscutiblemente, fueron efectivos dispositivos de control político en lugar de funcionar como fuerzas autónomas de la sociedad civil. Se violentó de manera errática y costosa la función social del partido y el Estado dentro de la sociedad en edificación.

Esta práctica dio como resultado que, durante las décadas de poder estalinista, los órganos y las instituciones estatales se convirtieron en simples ejecutores de las directrices centrales sin ser responsables de lo que sucedía en el proceso productivo y político; de ese modelo afloró el autoritarismo de “los de arriba”.

El PCUS fue un instrumento de control social. En ese sentido, el tema de pertenecer a la organización política no solo era necesario a quien pretendiese hacer “carrera política”, sino a todo ciudadano que aspiraba, desde el más diverso puesto profesional, a ascender y tener éxito en la rama en la que laboraba. Puestos de trabajo, cargos, reconocimientos y otras valoraciones que debieran estar sujetas a la calidad profesional, al talento, al aporte social, eran cautivos de la pertenencia al partido, y a la tenencia del “carné”, lo que sin duda favoreció en muchos casos las ventajas de la mediocridad y el oportunismo frente a la virtud y el talento.

En resumen, los elementos esenciales del modelo político erigido por la burocracia soviética fueron: a) la centralización estatal extrema; b) la deformación de la función del partido en la sociedad; c) la capacidad de decisión sobre todos los aspectos de la sociedad quedó en manos de una reducida élite, d) la inmovilidad de los conceptos dada la atrofia del pensamiento social crítico, y e) la anulación de los criterios divergentes, incluso mediante la violencia. Por tanto, tampoco en materia política superó al capitalismo. No se dio paso a un mecanismo más eficiente de participación ciudadana en la toma de decisiones políticas en los distintos espacios de realización, ni tan siquiera en el debate respecto a la conformación de estas.

Una muestra de ese catastrófico desatino fue intentar diluir la individualidad en un colectivo cada vez más abstracto, con enmarcado irrespeto a lo distinto, esquematizar un modelo de ciudadano recio, inflexible, como si el hombre “nuevo” pudiera realizarse por decreto. Todo lo que tuvo de fondo una concepción demasiado simplista del hombre, que ignoraba completamente la psicología y sus modificaciones en atmósferas diversas.

Otra prueba aberrante de esta práctica fue el espíritu de autocritica —otra deformación del ideal inicial— a la que se sometían individuos e instituciones. Siempre y en todas partes, la autocritica acusaba a los organismos de ejecución de la escala inferior, a los que vituperaba como indignos de los organismos superiores de decisión. El método era efectivo pues distrajo durante décadas la atención a los problemas estructurales y de principio que presentaba el régimen, y ponía en manos de las masas la “solución” a problemas de baja escala, más bien a solucionar consecuencias mientras las causas permanecían intocables.

La unidad poder-verdad que tipificó al régimen soviético tuvo nefastos resultados. La falta de diálogo y de construcción conjunta, en lugar de la cual prevaleció la revelación de justezas en el discurso oficial y

la adecuación de los planteamientos que sustentaban dicho discurso, trajeron como resultado un profundo resentimiento hacia valores antes compartidos, desesperanza en la posibilidad de influir en el cambio y la apatía desmovilizadora.

Tampoco se trata de asumir el debate como vehículo de escape en espacios periféricos a las decisiones políticas, sino como revelación de las distintas aristas de la verdad, entendida como proceso permanente de penetración en el complejísimo mundo social contemporáneo y su transformación.

La cultura sin participación se atrofia y genera contradicciones contraproducentes a las posibilidades de cambio del sistema. La experiencia soviética tuvo como corolario en los años ochenta que la población supiera lo que no quería, pero no lo que quería. Se desató una fuerza destructiva que, lejos de cobijar la reflexión y el diálogo, se convirtió en lo que algunos sociólogos catalogaron como “histeria colectiva”.

Posterior a la muerte de Lenin no solo su cuerpo fue embalsamado (símbolo nefasto de lo que luego fue la Unión Soviética), sino su pensamiento, al que se enclaustró en manuales, en aras de adoctrinar a las masas analfabetas rusas. Consecuentemente, el marxismo se desnaturalizó y se esgrimió como una doctrina rígida, inmutable, justificadora más que aclaradora. El pensamiento social se metió en una camisa de fuerza, impidiendo la confrontación con otras corrientes (de modo científico) y el propio enriquecimiento de las teorías desarrolladas por Marx. Se cercenó el carácter científico de la teoría, valga decir su inmanencia, y se asesinó el espíritu de la Gran Revolución de Octubre.

El pensar de otra manera fue un peligro para los privilegiados del “socialismo soviético”. La dirigencia soviética no solo reveló su incapacidad de mantener con vida el espíritu revolucionario en el proceso de enfrentamiento a las circunstancias históricas en que interactuaron, sino que imposibilitó cualquier vestigio de pensamiento divergente, crítico, desafiante de la autoridad. Por esa razón, como ha señalado el filósofo cubano Jorge Luis Acanda, *la consigna de la libertad de pensar de otra manera le era indigerible*.

Mientras la lógica del capitalismo se manifiesta en la concentración de la propiedad en pocas manos, a la par que socializa los sueños de alcanzar la prosperidad, aun a quienes viven en las peores condiciones, es un hecho que, sin omitir su contra lógica, devela eficiencia en el ejercicio hegemónico de la clase que sustantiva el sistema. Sin embargo, en la experiencia soviética se socializaron los bienes materiales y se privatizaron los sueños,⁴⁵ de ese modo se redujo a un grupo de personas la capacidad de construir la alternativa social.

Una visión de conjunto de las razones expuestas hasta aquí conduce a concluir que no existió una sustitución cultural en el nuevo sistema, pues no superó los aspectos distintivos del capitalismo circundante, ni superó lo que, paralelamente durante varias décadas, iba aconteciendo en Occidente como reflejo del desarrollo integral de la sociedad. Más bien predominó un sentimiento de anhelo y mimetismo por aquello que, producido fuera de las fronteras del país, implicaba mayor nivel de elaboración y de desarrollo, tanto en el ámbito material como espiritual.

La imposibilidad de las autoridades soviéticas de detener el bombardeo cultural dirigido de Occidente fue un elemento que caló en los intereses del ciudadano corriente, en esa necesidad limitada por años de consumo que se convertía en una alternativa no solo material sino ética. Por otro lado, la propia dirigencia sentía esa tentación y sus niveles de consumo diferían de lo que el discurso oficial apuntaba. Este tema se presenta desde los orígenes mismos del poder burocrático, cuya elite hizo un cambio de ropaje formal, pero en esencia mantuvo el espíritu ostentoso, acaparador y excluyente de la burguesía, y aspiraba con recelo campesino los modos de vida del ciudadano occidental.

45 Frei Betto. “Mística y socialismo”. En: Revista *Casa de las Américas*. no. 185, La Habana, 1991.

Otra de las lecciones fundamentales del proceso soviético resultó que ninguna fuerza puede monopolizar el *know how* de la Revolución, ni poseer una infalible capacidad valorativa sobre cada expresión revolucionaria. El nivel de desarrollo de Rusia, la práctica revolucionaria en sí misma y la propia necesidad mundial de la Revolución, invalidaron la pretensión de construir el socialismo en un solo país (al menos a la usanza estalinista).

La experiencia de la política exterior soviética en general derivó en que los intereses de la revolución internacional y los intereses nacionales de la Unión Soviética se fundieran, lo que produjo importantes costos al movimiento emancipador mundial y a la propia idea de la revolución socialista mundial, como único modo previsible de subvertir al capitalismo global.

En el plano teórico intentaron homologar lo más posible las revoluciones posteriores con lo sucedido en Rusia, forzando similitudes, aun en los detalles, en procesos que diferían sustancialmente, lo que sin dudas roía e inmovilizaba la teoría y la práctica de las revoluciones.

En cualquier caso, quedó demostrado que se puede comenzar la revolución socialista en un solo país, pero no concluirla en esas condiciones. Sin dudas, las experiencias particulares son el nutriente constante para el proyecto emancipador global a partir del objetivo de eliminar el dominio burgués en todas sus dimensiones.

Aunque se establecieron nuevas estructuras económicas, nuevas tendencias políticas y éticas, de manera relativamente programadas, no hubo una sustitución histórica real, lo que hizo posible que, al menor descuido de los “preservadores del régimen” las fuerzas del capitalismo subyacentes por décadas vieran la luz y se adueñaran del poder político para cambiarlo todo a su alrededor. En realidad, el modelo soviético no solo fue incapaz de revertir al sistema antagónico, sino también de resistir a su desafío económico, tecnológico.

El cambio de las formas institucionales, la simulación de valores nuevos en el discurso *patentizador*, y el recurso evocativo del porvenir como hecho, validaron el criterio de que *es infinitamente más peligroso confundir el presente con el futuro en política que en gramática*.⁴⁶

Al ubicar la experiencia soviética en el pretérito intento (desde la modernidad) por establecer una sociedad libertaria, se divisa la disyuntiva, como destacó Hal Draper, entre *socialismo desde arriba* y *el socialismo desde abajo*. Es aquí una de las claves explicativas del fracaso soviético que merece una mayor atención (no asumida en estas páginas más que como enunciado). En esa dirección, el propio Draper apuntó que *la historia del socialismo puede leerse como un continuo pero repetidamente fallido esfuerzo para liberarse de la vieja tradición, la tradición de la emancipación desde arriba*,⁴⁷ de lo cual dio cuenta la quiebra del potencial de los soviets frente al partido único de la burocracia.

Desde esta percepción, la lucha por el socialismo, que implica no la sustitución sino la superación del modo de producción capitalista, adquiere una demanda histórica inmanente: *el socialismo desde abajo contra el socialismo desde arriba*. Esta exigencia se hace más verificable a la luz del acontecer estalinista. En otros términos, los trabajadores rusos en particular y los ciudadanos soviéticos en general, dado el mecanismo sistémico erigido en su nombre, no fueron los creadores de su propia emancipación.⁴⁸

46 León Trotsky, Ob., Cit., p-49.

47 Hal Draper. “Las dos almas del socialismo”. Tomado de www.marxists.org

48 En el primer párrafo de los estatutos escritos por Marx para la Primera Internacional se lee: “La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos” y éste es el primer principio del conjunto de su obra. Citado por Hal Draper, ob cit.

A la vuelta de la historia, como resultado totalizador del sistema y concepción estalinistas, se reiteró la conducción política en nombre de los oprimidos sin la participación directa y creciente de estos. Marx develó este problema como un desafío esencialmente revolucionario: *Los trabajadores del mundo han esperado durante demasiado tiempo que algún Moisés les conduzca fuera de su cautiverio. Tal Moisés no ha llegado ni llegará. Yo no os sacaré de él, aunque pudiera; pues si pudierais ser sacados, también podríais ser llevados de nuevo a él* (como sucedió a partir de 1991 en la URSS). *Yo aspiro a convencerlos de que no hay nada que no podáis hacer por vosotros mismos.*⁴⁹

Subrayar

El socialismo soviético posterior a Lenin no fue una alternativa válida, articulada y viable al capitalismo, porque la burocracia usurpadora no era, ni podía serlo, portadora de una ideología superior, de un proyecto cultural, entendido como instrumental quirúrgico para realizar la nueva sociedad o crear las condiciones para lograrla. He aquí una de las claves históricas que explican el fracaso de la transición soviética al socialismo.

Los hombres que se hicieron del poder no eran los comunistas reflexivos y cultos que Lenin previó como materia prima imprescindible para afrontar y vencer el gran reto histórico que Rusia asumió en 1917. En realidad, su práctica política fue una ruptura con ese principio. Estos hombres, paulatinamente extendidos en la sociedad y convertidos en sector dominante, resultó un subproducto de la revolución y revelaron su incapacidad para timonear la historia rumbo a la creación del socialismo.

Los trabajadores rusos fueron despojados del poder que habían alcanzado desde sus luchas, su participación política no se hizo efectiva. Para la burocracia resultó necesario el proceso de restauración capitalista comenzado en 1991 como modo de mantener sus privilegios, en lugar de promover la articulación de mecanismos efectivos para el control de los trabajadores y la participación política de la población que atentaran contra sus intereses. Nunca se ha visto un proceso histórico en el que los sectores dominantes hagan una revolución contra ellos mismos.

En relación con la idea anterior, los trabajadores rusos sufrieron una enorme atrofia política por los años dictadura de la burocracia, caracterizada por la incapacidad para articular sus propios intereses mediante la organización consiente y poder realizar una revolución política desde abajo.

Lo cierto es que las condiciones que dieron origen a la Revolución de Octubre, si bien se han modificado en sus formas, no han desaparecido, y el capitalismo muestra su incapacidad para resolverlas. A pesar del resultado final y las encrucijadas del intento, la experiencia soviética no está concluida, pues la necesidad de cambio social radical desborda con creces los límites ruso-soviéticos.

Sigue en el orden del día la revolución anticapitalista, y más concretamente la revolución socialista. El fracaso de esta experiencia, originalmente emancipadora, no significa en modo alguno que, en otras condiciones históricas y con otros factores objetivos y subjetivos, el resultado del proyecto socialista será el mismo, y mucho menos da crédito a la falsa convicción del carácter inviable de cualquier intento de sustituir el capitalismo por el socialismo.⁵⁰

No obstante la posposición de la transición al socialismo que los acontecimientos de la URSS imponen para

49 Ibd

50 Adolfo Sánchez. “¿Vale la pena el socialismo?” En: Revista *El Viejo Topo*, Barcelona, noviembre 2002, no., 172.

Rusia y el resto del mundo, queda en pie el subversivo camino iniciado con el proyecto bolchevique y que subsiste bajo los escombros de la dictadura burocrática. En 1922 Lenin profetizó: *puede ser que nuestro aparato estatal sea defectuoso, pero dicen que la primera máquina de vapor también era defectuosa. Incluso no se sabe si llegó a funcionar, pero no es eso lo que importa; lo importante es que se inventó. No importa que la primera máquina de vapor haya sido inservible, el hecho es que hoy contamos con la locomotora. Aunque nuestro aparato estatal sea pésimo queda en pie el hecho de que se ha creado; se ha realizado la invención más grande de la historia; se ha creado un Estado de tipo proletario.*⁵¹

51 Vladimir I. Lenin. Ob.Ct., p-70

El momento más peligroso para una autocracia es precisamente cuando intenta aflojar las tuercas después de un largo periodo de represión

Alexis de Tocqueville

La reforma al sistema soviético desatada por Mijaíl Gorbachov, a mediados de la década de los años ochenta, levantó parcialmente la tapa de una olla humeante de corrupción y descontento en todas las repúblicas de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), que eran las señales del estancamiento que sufría el modelo socioeconómico y político soviético erigido en nombre del socialismo. La reforma al sistema encabezada por Gorbachov desató las amarras de las complejas y profundas contradicciones acumuladas por décadas en la sociedad soviética.

¿Por qué la perestroika?

Entre los años 70 y comienzo de los 80 el cuadro socio-político de la URSS estaba signado por una situación de estancamiento. La economía sufría las consecuencias del descenso de las actividades laborales y políticas de una buena parte de la población y la estructura productiva estaba atrasada respecto a Occidente. En el aspecto social, se extendió de manera antes no vista la corrupción, el alcoholismo, la indisciplina, la actividad delictiva, la caída de los niveles de sanidad e higiene públicas, las malas condiciones de los servicios hospitalarios, el hacinamiento en las viviendas. La mortalidad iban en ascenso y la esperanza de vida de los hombres disminuía. Todo esto sacó a la luz desencanto, hipocresía generalizada, un profundo individualismo oportunista y el resquebrajamiento de la ética cívica.

El tema del alcoholismo llegó a niveles alarmantes. En 1985, *Izvestia* informaba que había 27 millones de obreros con serios problemas con el alcohol, lo que se vinculaba con la indisciplina laboral. En este sentido, una investigación en 800 fábricas de Moscú develó que en la última hora de cada turno sólo un 10 por ciento de los obreros seguían en su puesto de trabajo⁵³.

Llegada la década de los ochenta, en la URSS se había acumulado una explosiva situación, derivada en lo económico por el cúmulo de errores en la creación (al menos en el intento) de un modelo de producción socialista. El paso de una forma extensiva de producción a una forma intensiva, logro de las potencias capitalistas principales, desbordó las posibilidades del entramado productivo soviético, con rasgos de país subdesarrollado. Para 1985, más del 50 por ciento de las exportaciones soviéticas eran solo de petróleo y gas. La URSS exhibía un evidente atraso en los procesos de automatización de la producción, en el que se los países desarrollados mostraban avances considerables. En 1987, la URSS contaba solo con 100.000 ordenadores personales. En ese propio año el país contaba con 3.6 veces más ingenieros que los Estados Unidos, pero con una productividad del trabajo comparativamente desfavorable⁵⁴.

52 Publicado en: *La izquierda latinoamericana a 20 años del derrumbe de la Unión Soviética*. Ocean Sur, 2012.

53 Ídem.

54 Para más detalles ver: Paul Kennedy: *Hacia el siglo XXI*. Plaza Janés Editores, S.A., Barcelona, 1993.

La credibilidad política del sistema no estaba en mejores condiciones. El *Soviet Weekly* (8/11/90) publicó una encuesta según la cual sólo el 14 por ciento de los jóvenes en la URSS confiaban en el PCUS. La misma encuesta llegaba a la conclusión que sólo del 15-20 por ciento de los jóvenes creía en el socialismo. El escepticismo generalizado entre la juventud se reflejaba en chistes políticos: “¿hemos llegado ya al comunismo, o lo peor está todavía por venir?”. Dada la falta de alternativas se imponía el escapismo.

Reformar las estructuras productivas y políticas de la sociedad soviética era una urgencia. Sin embargo, dentro de la historia soviética no era una exclusividad del gobierno de Gorbachov. Desde la muerte de Iosef Stalin, acontecida en marzo de 1953, se sucedió un movimiento pendular dentro de la URSS cuyos puntos extremos fueron el reformismo y el conservadurismo, dentro de la lógica del régimen burocrático erigido desde la década del 30. Fue precisamente este modelo, y las relaciones que lo sustentaba, lo que se intentó preservar o reformar en diversas etapas. El período de Gorbachov fue el último intento de reforma.

Los sucesores de Stalin pretendieron modificar el régimen sin alterar la esencia del mismo. La lógica indicaba que el método estalinista del sacrificio cotidiano, por coerción o por entusiasmo, no era sostenible de forma indefinida. El estilo cruento del Secretario del PCUS fue sustituido por otras fórmulas que permitieron a la dirigencia soviética librarse de esa pesada traba. El ejercicio del poder se vio modificado en la forma: las decisiones fueron mucho más colectivas dentro de la cúpula partidista.

Las reformas previas a la perestroika no se refirieron al centro de gravedad del régimen, que siguió siendo una dictadura burocrática con base en una ortodoxia ideológica fundamentada en una comprensión del “marxismo-leninismo”, salvaguardada por instituciones políticas y mecanismos de coerción bajo el control de la burocracia, las que no dejaban al descuido los “sagrados principios del socialismo”.

El período de reforma (1953-1964), conocido por el deshielo, implicó, políticamente, la personalización, en la figura de Stalin, de las deformaciones del régimen. Las reformas se concretaron en mejorar la eficiencia del sistema económico acompañado de una cierta descentralización de la economía. Al mismo tiempo se toleró la aparición de cierto pensamiento crítico dentro de la sociedad y las instancias del partido. Otro de los puntos de mira de la etapa fue la búsqueda de una distensión internacional.

El período 1964-1982 estuvo dominado por la visión conservadora. La muerte de Leónid Brezhnev (1982), figura principal durante estos años, cerró dos décadas de inmovilismo en todos los órdenes de la sociedad soviética. Una vez más se manifestaron las contradicciones entre reformistas y conservadores, esta vez en oposición frente al cargo de Secretario General del PCUS, máximo poder en la URSS. La victoria de Yuri Andropov, ex jefe del KGB, permitió encausar algunas medidas para salir del estancamiento, aunque fuera más de tipo moral que estructural. Con su temprana muerte, regresó a la cabeza política soviética la tendencia conservadora, tras la aparición de Chernenko, que representaba los intereses de quienes veían como solución a los problemas de la URSS no hacer nada y esperar, lo que mostraba en realidad el miedo al fracaso de las reformas, el temor a un caos económico y social ampliado, noción que mantuvo en una parálisis al país durante 20 años.

En 1985 se abrió un nuevo período de reformas en la URSS con el ascenso de Mijaíl Gorbachov. Varios y complejos eran los problemas que enfrentaba el nuevo gobierno. Uno de los más candentes se refería a la sustitución de la dirigencia soviética debido al estancamiento generacional que se produjo durante años, lo que obligó y permitió el ascenso de figuras jóvenes y desconocidas a puestos claves. La sustitución natural de los cuadros, con una combinación sopesada entre figuras veteranas y jóvenes en los principales cargos y responsabilidades no estuvo en la estrategia política de los dirigentes soviéticos con miras a la preservación del sistema, lo que produjo que ascendieran a cargos decisivos (muy centralmente controlado en el diseño político soviético) individuos sin el entrenamiento político debido para asumir el control del Estado y el Partido. Lo cual se convirtió en una cuestión crucial llegado el año 1985.

En el momento del funeral de Andropov, en febrero de 1984, las edades de los más importantes jefes eran: Chernenko de setenta y dos años, sucesor en puesto de secretario general del PCUS, Ponomarev de 79 años, responsable de la dirección soviética en lo que respecta a las relaciones con los Partidos Comunistas occidentales, el primer ministro Tijonov, de 79 años, con 84 años estaban Gromiko, durante mucho tiempo la pieza fundamental de la política exterior soviética. A la altura de 1980 sólo el 7 por ciento de los miembros permanentes del Politburó tenía 60 años o menos mientras que la mitad de ellos superaban los setenta; sólo el 17 por ciento de los ministros tenía sesenta años o menos. Como es lógico, esta característica gerontocrática explica la rápida sucesión de quienes reemplazaron a Brezhnev.

Con el ascenso de Gorbachov, llega al poder una nueva generación de dirigentes políticos caracterizada por una formación más amplia y cuidada, con una mezcla de adhesión a los principios en los que se basó el sistema soviético y cierta actitud de distanciamiento respecto al retraso y la ineficiencia que observaban en él. Ya no eran los hombres de la guerra (IIGM), cuyas percepciones y compromisos eran otros. Estos individuos no tenían una idea orgánica para encauzar las transformaciones que eran un imperativo dada la situación soviética. Como parte de la sustitución generacional se sucedieron procesos de juicios morales, políticos y legales contra determinadas figuras del poder soviético, lo que permitió a los nuevos potentados legitimarse de inicio y librarse de toda relación o responsabilidad respecto a la actuación de quienes los antecedieron en el ejercicio del poder. A todos los niveles hubo remoción de cargos y el fantasma acusador de actitudes “conservadoras” azotó con fuerza creciente contra cualquier resistencia a la “nueva época”.

En este contexto surge la perestroika (reestructuración), nombre que recibió la política de reforma asumida por la dirección de la URSS para solucionar los problemas acumulados dentro de la sociedad soviética en su conjunto (productivos, morales y políticos) La política de reforma ya estaba diseñada antes del acceso de Gorbachov a Secretario General, los problemas eran conocidos. Pero fue en abril de 1985 cuando se decidió ponerla en práctica.

Como única posibilidad en el diseño y práctica política dentro del régimen soviético, la política de reforma llegó desde arriba. No obstante, no llegaron por sí misma o por la espontaneidad de los dirigentes; surgieron de la necesidad de solucionar los problemas acumulados y de conseguir credibilidad política ante una población cansada del estancamiento causante de una profunda crisis en todos los niveles de la sociedad.

El intento de mover cualquier parte de la sociedad soviética acarrearía contrapunteos inevitables. Era previsible el enfrentamiento entre intereses sociales diferentes. La reforma, obviamente, atrajo la desconfianza de los grupos cuyos intereses coincidían con la conservación del *status quo*. Las fuerzas sociales opuestas no se encontraban solo en la elite dominante, ya que el sistema estableció beneficios para ciertos grupos pertenecientes a la clase trabajadora y a otros sectores de la sociedad. Tal oposición no se debía únicamente a la preservación de privilegios por determinados grupos sino a la defensa de una noción de socialismo asumida de modo acrítico.

Las fuerzas interesadas en las reformas también se encontraban diseminadas en todos los grupos sociales, entre ellos los pertenecientes a la elite dominante, al interior de la cual existieron grupos que propugnaron una aceleración del proceso de cambio. La *perestroika* reveló la existencia de tendencias dentro de la dirigencia política soviética: los reformadores moderados por un parte, por otra los “liberales” (posteriormente subversores del sistema) y los conservadores. La frontera entre detractores y defensores de la reforma pasaba por todos los grupos sociales.

Por contradictorio que parezca, los cuerpos militares y de seguridad estuvieron a favor de la reforma: el estado mayor del complejo militar-industrial, preocupado por mantener la capacidad competitiva del imperialismo URSS y la dirección del KGB, concedora de los riesgos del aumento del descontento entre la población.

Los sectores más resistentes ante la nueva política fueron aquellos que, a todos los niveles del partido, se aprovechaban del modelo estaliniano de control del Estado: los caciques locales del partido que se crearon su poder durante años; los responsables económicos y toda una serie de burócratas de cualquier escalón de la maquinaria política del partido y el Estado más preocupados por sus privilegios personales que por los intereses de la URSS.

Con los acelerados acontecimientos desatados por la *perestroika* la vida diaria del pueblo mejoró muy poco y de manera efímera. La falta de evidencias tangibles de la mejoría no permitió que el proceso atrajera a las grandes masas, aun cuando existió un entusiasmo inicial generalizado, que siguieron considerando que los debates tenían lugar exclusivamente “en la cúpula”, y que no afectaban su vida cotidiana. El hecho de que las reformas procedieran “desde arriba”, provocó la desconfianza de los trabajadores, de los ciudadanos soviéticos.

Las medidas económicas

El Buró Político del Comité Central del PCUS se propuso como programa general un enfrentamiento integral a los problemas a través de direcciones concretas, las que quedaron delineadas en el XXVII Congreso del Partido celebrado en febrero de 1986.

Como punto de partida, el Congreso estableció como tarea “superar con la mayor rapidez posible los fenómenos negativos en el desarrollo social y económico de la sociedad, imprimirle el necesario dinamismo y aceleración, extraer la máximas enseñanzas del pasado al objeto de que las decisiones para el porvenir sean lo más exactas y responsables, y las acciones concretas sean los más coherentes y eficaces posibles”⁵⁵. Para tal empeño “el Comité Central se guía consecuentemente por el marxismo-leninismo, teoría auténticamente científica del desarrollo social que expresa los intereses cardinales de los trabajadores y los ideales de justicia social”⁵⁶.

En el terreno económico el programa se concentraba en:

- Hacer más eficiente la dirección centralizada de la economía
- Extender resueltamente los límites de la autonomía de las agrupaciones y empresas
- Pasar a métodos económicos de dirección en todos los niveles de la economía nacional
- Imprimir a la administración estructuras orgánicas modernas
- Asegurar la combinación óptima de las administraciones sectorial y territorial de la economía
- Democratizar en todos los aspectos la administración, elevando el papel de las colectividades laborales en las mismas⁵⁷

Referente a los aspectos sociales se contemplaba:

- Elevar el nivel de vida del pueblo a un estadio cualitativamente nuevo
- Llenar el mercado de mercancías y servicios variados

55 Mijaíl Gorbachov. “Informe político del CC PCUS al XXVII Congreso del PCUS”. En: Mijail Gorbachov: discurso y artículos selectos. Editorial Progreso, Moscú, 1987, p-359

56 Ibid., p-362

57 Ibid., p- 399

- Aliviar el problema de la vivienda
- Transformar profundamente el contenido del trabajo
- Formar un sistema general de instrucción continua
- Reformar la enseñanza general y profesional
- Reestructurar la enseñanza superior y media especializada
- Protección y vigorización de la salud pública⁵⁸

En junio de 1987 se aprobó la ley sobre la Empresa Estatal, por la cual las unidades productivas se convertían en entidades autogobernadas, lo que implicaba la participación de la colectividad laboral en la toma de decisiones y en el control de su cumplimiento, así como la elección del jefe de la producción y una sola dirección. De esa manera el dirigente respondía no solo frente al Estado, sino frente al colectivo laboral, debido al carácter electivo. A partir de ese momento, las empresas gozarían de autogestión financiera (salarios, primas, reconstrucción) y el Estado no sería el controlador absoluto de los detalles mínimos del proceso, solo se reducía entonces a los “pedidos estatales”.

Un poco antes, en el otoño de 1986, se aprobó la Ley sobre Actividades Laborales Particulares, la cual podía ser efectuada en la industria, transporte, servicios a la población, agricultura, comercio al por menor, alimentación pública, sanidad pública, esfera sociocultural, enseñanza, etc. A través de la misma se estipuló la agrupación de trabajadores particulares en cooperativas u otras asociaciones voluntarias. Las ganancias de estas personas se controlaban, según establecía la disposición, mediante un impuesto progresivo. Se esperaba que, de esa manera, “ciertas partes de la población tuvieran ingresos adicionales y, como resultado, mejorará su bienestar”⁵⁹.

Estas medidas tenían como objetivo dinamizar la estancada economía soviética, elevando la producción a través del estímulo material de los productores, acompañado de exigencias en la calidad del producto. La medida del trabajo particular solo hizo legal lo que estaba sucediendo en la economía sumergida, para lograr orden, control y encauzar los ingresos en beneficio del Estado. A finales de los años setenta se calculaba que la población urbana gastaba unos veinte mil millones de rublos en artículos de consumo y servicios médicos y legales privados, y unos siete mil millones en propinas para asegurarse una mejor atención⁶⁰, lo que iba mellando sensiblemente la creencia de que el Estado era el garante universal de esos servicios.

En este proceso recibió una atención prioritaria el viraje en el desarrollo científico-técnico del país, al ser presentado como un imperativo para su progreso un fuerte plan de inversiones en la industria de ingenierías, primer rublo del plan (1986-1990).

De modo esencial. los basamentos económicos de inicio de la perestroika eran el paso a la empresa al cálculo económico completo, la reconstrucción radical de la dirección centralizada, la reforma de precios, modificaciones profundas de la planificación, cambios en los mecanismos financieros, nuevos conceptos de organización y dirección; basados en un necesario balance (o al menos en su búsqueda) entre las decisiones económicas y políticas, lo que apuntaba (en la letra) al carácter colectivo de la decisión de los trabajadores. También se pretendía lucha contra la corrupción, con la reducción del alcoholismo y el absentismo laboral.

58 Ibid., p- 415 a 422

59 “Trabajo particular, ventaja general”. En Revista *Sputnik*, mayo, 1987.

60 Eric Hobsbawn. *Historia del siglo XX. 1914-1991*. Serie Mayor, Barcelona, 1998, p-384

La ineficiencia de los cambios

El intento de aplicación ordenada de las reformas económicas no dio resultado. Los indicadores económicos no tuvieron la recuperación esperada y la escasez, tanto de materias primas para la industria como de bienes para el consumo agravaban la situación y elevaban el descontento de la población y las dudas sobre el destino de las reformas.

Varias eran las causas de que las reformas no se realizaran de la manera prevista. En opinión de Vitali Vorotninkov una de ellas fue que “las ideas y propuestas sobre problemas económicos surgían unas tras otras. Muchas decisiones, en principio, eran necesarias, pero se adoptaban apresuradamente, en momentos de apasionamiento, sin una suficiente preparación y pronóstico de sus resultados”⁶¹.

Respecto a la ineficiencia de las transformaciones en la esfera productiva, Gorbachov sostuvo como argumento que el conservadurismo político detenía los cambios. Entre 1988 y 1989 la economía se relegó a un segundo plano. No obstante, en el Congreso de los Diputados Populares, celebrados en 1989 se aprobó un programa integral y cardinalmente nuevo de transformaciones económicas previstos para el quinquenio 1990-1995 que, al decir de Vorotninkov, había sido elaborado analíticamente y con basamentos prácticos, con atención a la situación real; pero ya no era posible echarlo a andar.

Desde el propio año 1987, cuando comenzó a aplicarse la reforma al sector productivo, las medidas, promulgadas a golpe de decreto y pregonada, tuvieron poco efecto en la economía real. Fueron inaplicables. La autonomía financiera de las empresas, las nuevas empresas familiares privadas o las empresas mixtas con participación de capitales extranjeros, fue más campaña mediática que la transformación económica real. La reforma económica chocó contra la inercia burocrática que se pretendía combatir, la que paralizaba el funcionamiento de la producción y justificaba todos los despilfarros. La dinámica de poder en la URSS generaba que los responsables de la producción estuvieran más preocupados por los privilegios adjuntos a sus cargos que por la producción misma. Obtener la plaza de director de una fábrica no se debía a especiales capacidades o conocimientos sobre determinada rama sino a lealtades políticas hacia determinados sectores de poder y se consideraba el lugar desde el que se podían llenar los bolsillos.

Las propuestas económicas, que dieron algunos resultados lentos pero alentadores en los primeros años, fueron desatendidas sustituyéndose el centro de gravedad de los cambios en las reformas políticas, esgrimiéndose como sustento que “la perestroika no llegará al puesto de trabajo si antes no llega al hombre”⁶². El descontrol político devino en posterior derrumbe de las estructuras que de inicio se pretendían enmendar. Con la apertura del frente político de la reforma, al que nos referiremos más adelante, el control sobre el curso de las transformaciones económicas se distanció rápidamente del cauce “socialista” con el que se anunciaron las medidas iniciales.

El vacío de poder que caracterizó los últimos años de la URSS generó lo que se dio en llamar “guerra de los programas” para el tránsito de la economía planificada a la economía de mercado, ya como una intención declarada y marcadamente anti-socialista, que incluía como elementos comunes la introducción de la propiedad privada, la eliminación del poder estatal y reformas monetarias inmediatas. Por otro lado suponía la introducción de racionamiento y otras medidas tendientes a amortizar lo doloroso del proceso a los sectores más vulnerables y de menores ingresos, siendo esta combinación altamente contradictoria y por tanto inoperante. Se intentaba llevar adelante un modelo de “economía social de mercado” en un país con críticos parámetros económicos.

61 Vitali Vorotninkov. *Mi verdad*. Casa Editora Abril, La Habana, 1995, p- 153

62 Ibid. p- 153

Las reformas políticas

En estrecho vínculo con los cambios, e inserto en el descontrol, la *glasnots* (transparencia informativa) sirvió de instrumento para trasladar el eje de la reforma de la economía a la política y progresivamente se pasó de la revelación y la reflexión respecto al pasado a una arremetida contra el socialismo, y la negación absoluta de este, hecho que se manifestó en que el asalto al poder no empezó atacando sus centros detentadores de violencia, sino cuestionando sus normas y valores, rompiendo con la legitimidad de su existencia, lo que a la postre resultó determinante. Por su parte, el sector pro-capitalista de la burocracia, apoyado en concepciones de tecnicismo económico y el esquema democrático burgués, así como en el titubeante centrismo de Gorbachov determinaron el rumbo de los acontecimientos.

El detonante para la desaparición de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas fue el modo en que se concibieron y desarrollaron las reformas al sistema político, impulsadas en el marco de la perestroika. Gorbachov, al profundizar las reformas, estimuló el traslado progresivo del poder político desde la estructura del PCUS a las estructuras institucionales del Estado, tras lo cual aconteció un período de desajuste estructural y descontrol político, lo que caracterizó la agónica etapa final de la experiencia soviética.

Este proceso marcó una ruptura con los elementos iniciales que anunciaba la perestroika, tanto a nivel de proyecto como de apoyo social. El espacio ideológico fue ocupando por ideas como “nueva mentalidad”, apagándose progresivamente las consignas socialistas sobre las que las reformas basaron su legitimidad de inicio⁶³.

La perestroika se enmarcó, en su momento inicial, en una lógica habitual en el seno del régimen soviético. Se trataba de lograr un uso más apropiado de los medios económicos de los que se disponía, hacer más eficientes los mecanismos de producción, distribución y consumo. Además, se admitía por parte de la dirección la existencia de un abismo entre las características reales de la sociedad y el vetusto discurso oficial que no daba cuenta de esta.

Pero Gorbachov era, y siguió siéndolo, un pragmático y no un teórico, sus códigos intelectuales pertenecían a la ortodoxia del sistema, además de su personalidad indecisa, por lo que no estuvo apto para enfrentar, desde el marxismo revolucionario, los retos que la URSS le deparó como dirigente máximo en aquellas circunstancias, aun cuando en su discurso inicial lo invocaba como guía de las transformaciones.

La perestroika alcanzó un significado nuevo al derivar hacia una reforma política, sin acometer la solución al desorden indescifrable que resultaba de las transformaciones en las estructuras económicas. Este cambio devino en el debilitamiento absoluto del poder central. Frente a la inconclusa modificación de las estructuras productivas, donde hubiera sido factible concentrar todos los esfuerzos, se abrió el frente político. Las reformas políticas eran también necesarias, pero en el momento y las circunstancias en que se aplicaron fueron el error detonante para la desaparición del sistema.

Debilitar el control político del Estado y del partido impidió mantener la imprescindible centralización que posibilitaría la rectificación o adición de nuevos elementos a la reforma económica y cosechar resultados positivos para, entonces y de modo gradual, introducir los cambios políticos que las nuevas circunstancias y sujetos sociales demandaran. Pero la historia fue otra.

63 El período 1985-1990 fue prolífero en la aparición de nuevas frases y lemas que lejos de ser realmente conceptos buscaban la “modernización” del aparato ideológico. Entre ellas las más conocidas son: Perestroika, democratización, glasnost, pluralismo de opinión, más democracia, más socialismo, transformaciones revolucionarias, estado de derechos, sociedad civilizada, valores universales, casa europea, desideologización, etc., en las que cada vez menos se utilizó el término socialismo.

El PCUS desplegó funciones que no le eran inherentes, lo que derivó en serios problemas estructurales; pero hasta ese momento mantenía bajo control el curso y desarrollo de los acontecimientos económicos. Los hechos revelan que lejos de ser gradualmente sustituido por los soviets en esas funciones al final perdió todo el control y el corolario rotundo fue el caos.

Previo a que las medidas políticas se convirtieran en tendencias desintegradoras, las reformas políticas habían sido concebidas orgánicamente en el programa presentado por el Buró Político en 1986. En el mismo se planteaba que *la aceleración del desarrollo de la sociedad es inconcebible e imposible sin el continuo avance de la democracia socialista de todos sus aspectos y manifestaciones*⁶⁴. Los conceptos que enriquecían este planteamiento pueden sintetizarse en:

- La fuerza rectora y el principal garante del progreso de la autogestión socialista es el Partido
- Elevar la eficiencia del Soviet Supremo de la URSS
- Potenciar los soviets locales como eslabón más eficaz en la movilización de las masas
- Lograr que cada soviet sea responsable de la satisfacción de las necesidades de la gente
- Incorporar más activamente a las organizaciones sociales
- Aumentar el control de los trabajadores y una mayor defensa de sus intereses por los sindicatos
- Lograr el funcionamiento de la colectividad laboral en los aspectos económicos
- Conjugar el centralismo con la democracia, el mando personal con la elegibilidad en la gestión de la economía
- Ampliar la publicidad y el papel de los medios de comunicación
- Ampliación de los derechos sociales, políticos y personales, y libertades del soviético
- En la magna cita de los comunistas soviéticos se propuso que el partido, en ese entonces con más de 19 millones de militantes, debía:
- Desplegar la crítica y la autocrítica
- En el partido no deben haber organizaciones ni individuos sin control
- La palabra no puede estar divorciada de los hechos
- Combinar personal experimentado y joven en la dirección⁶⁵

Pero el programa, válido en su letra y necesario para alcanzar una sociedad mejor, fue implantado de mane-

64 Mijail Gorbachov. Ob. Ct., p-427

65 Ibid., p- 413 a 437 y de 457 a 482

ra incoherente, desorganizada, a bandazos, arremetiendo contra sus postulados iniciales. La realidad reveló que en varios sectores de la sociedad subyacían posiciones críticas frente al partido-estado.

Aunque de modo ilegal, existían algunas publicaciones que emitían juicios críticos. Esto ayuda a comprender por qué el llamado de Gorbachov a la transparencia informativa (*glasnost*) recibió amplia y súbita acogida en los sectores intelectuales, no así en las grandes masas de los pueblos soviéticos. Para estos el régimen era legítimo y no ameritaba ningún cuestionamiento.

El debate entre reformadores y conservadores se desarrolló en todos los medios de comunicación. Se publicaron cantidad de polémicas para polarizar la atención de los trabajadores e invitarles a participar en los debates, a las que se añadían confusas publicaciones que defienden cualquier cosa.

La palabra *glasnost*, desde muy pronto considerada un complemento del término *perestroika*, significó desde el punto de vista político algo así como una actitud de buena voluntad gubernamental para aceptar un debate crítico sobre determinadas materias siempre que fuera constructivo. *Glasnost* en ruso quiere decir apertura, genérico deseo de llegar a una apreciación más realista de las cosas.

Se comenzó a delinear la democratización desde el XXVII Congreso del PCUS, y en enero de 1987 pasó prácticamente a ser el centro en el pleno del partido. En ese mismo año, cerca de celebrarse el 70 aniversario de la Revolución de Octubre, se buscaban en el Buró Político, inducido por el Secretario General, una “formas más objetivas, precisas, abiertas y de principio para exponer el período trágico y contradictorio que siguió a la muerte de Lenin: la época de Stalin, las represiones, la actitud con los cuadros, la colectivización, la industrialización, la lucha contra los llamados “grupos” que sucedió en realidad. (...) Realizar una investigación seria y rehabilitar a los que sufrieron sin razón: Ello es necesario no solo para ellos, sus familias, para sus seres más cercanos, sino también para la historia, para el futuro”⁶⁶.

Se desataba así el debate de uno de los temas más sensibles de la historia de la URSS que atacaba de alguna manera las raíces mismas de su legitimidad.

A partir de 1988, de este propósito inicial se pasó a un descontrol político-estatal en los medios intelectuales y periodísticos que desbordaron los proyectos iniciales de los gobernantes, tomaron la iniciativa y acabaron influyendo en los acontecimientos de un modo decisivo. En realidad, Gorbachov no dio libertad de prensa, sino que las diferentes publicaciones se la fueron tomando.

La difusión de principios contrarios a la esencia misma del sistema contribuyó a destruirlo. No faltaron las polémicas en los medios de comunicación, dentro de las más agudas estuvo, durante la primavera de 1988, un amplio debate en torno a Stalin. Este debate significaba más que una búsqueda y relectura de las deformaciones originarias del modelo o un cuestionamiento de esa historia vedada y oculta durante décadas. Un proceso necesario; pero mal conducido. Progresivamente se pasó de la revelación y la reflexión a una arremetida ciega contra el socialismo, negándose absolutamente la historia, invalidando la posibilidad reformadora del sistema. Ese fue el error. En este hecho manifestó que el asalto al poder no empezó atacando sus centros detentadores de violencia, sino cuestionando sus normas y valores, rompiendo con la legitimidad de su existencia⁶⁷. Las fuerzas que atentaron contra el sistema ganaron el combate.

Al margen de las polémicas sobre el pasado soviético, la tensión fue especialmente grave en Moscú. Yeltsin, la máxima autoridad del partido, había hecho allí afirmaciones estridentes contra los anteriores responsables,

66 V. Vorotnikov. Ob. Ct., p-159

67 Jorge Luis Acanda. *Sociedad Civil y Hegemonía*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinillo, La Habana, 2002,p-249

como la de “cavamos y cavamos y no llegamos al fondo de la corrupción”. Otro motivo de confrontación interna fue la efervescencia entre las nacionalidades. La *glasnost* había trasladado el centro de gravedad en la tarea de Gorbachov desde la economía a la política.

La *glasnost* y el pluralismo de opiniones eran lemas mediante los cuales Gorbachov pensó movilizar a las masas al lado de los objetivos de la *perestroika*. Estos se fueron más allá de sus premisas básicas que suponía la necesidad de reestructurar la conciencia y la psicología de las personas y lograr un enfoque más profundo y creador respecto a los problemas sociales, en realidad se desarrolló la crítica agresiva del estilo y métodos de trabajo de los órganos locales del partido y los soviets. Determinadas fuerzas ascendieron al “cuarto poder” tomando en sus manos la iniciativa política, trabajando progresivamente con la opinión pública desde posiciones anti-socialistas.

Las campañas democratizadora no fue algo nuevo en la URSS. Jruschov en sus tiempos había tanteado esta posibilidad como instrumento de la legitimación del régimen. Lo que nuevo fue el calco que la burocracia soviética hizo de sus contrapartes occidentales. La campaña mediática fue intensa, las manipulaciones políticas cada vez más frecuentes para darle una nueva credibilidad democrática al Estado.

Ryszard Kapuscinski, en su análisis sobre este proceso destaca que “la gente por vez primera empieza a expresar sus opiniones, empieza a tener ideas propias, a criticar y a reivindicar (...) pero a la larga el incesante flujo de palabras se vuelve agotador, todos y por doquier no hacen más que hablar, hablar y hablar”⁶⁸. En consecuencia no significaba que hubiera un orden, una idea, un sentido estratégico de la discusión.

Ya para diciembre de 1988 el Gobierno encabezado por Gorbachov se dijo inspirado por “valores humanos universales”, lo que significaba un rompimiento esencial con los principios del marxismo-leninismo, que hasta el momento eran (en lo formal) la esencia del discurso mismo del régimen soviético.

Las reformas, como enunciamos antes, tomaron un nuevo matiz al removerse las principales estructuras del sistema político soviético. El expedito proceso de desarticulación y anulación del sistema político pudiera catalogarse como el inicio de la conformación de las bases de lo que constituye el actual sistema político ruso.

En las peleas que están sacudiendo a la Nomenklatura, cantidad de altos burócratas del aparato (los *aparatchiki*), rebosantes de ambición, que ya han olfateado los nuevos tiempos, se van a forjar una imagen de «oposición», de radicalismo, de anticorrupción, de populismo barato contra la mala leche burocrática de los vejestorios que no quieren ceder sus poltronas a otros traseros. Los intelectuales, humillados durante largo tiempo por Brezhnev van a formar la tropa electoral de la nueva «oposición» aportando su garantía «liberal» y «democrática» en la persona de Sajarov. La nueva «oposición» ha nacido. Las elecciones de esta primavera de 1989 va a darle su legitimidad.

Nunca una campaña ideológica de la burocracia rusa había tenido un apoyo semejante por parte de Occidente. la «intelectualidad» aplaude con frenesí las reformas “democráticas” y con su incesante agitación les da cierta apariencia de vida

Las instituciones políticas soviéticas vivenciaron la primera transformación a partir de la XIX Conferencia Nacional del PCUS, celebrada en junio de 1988. Se sucede el primer cambio del sistema político y del orden constitucional con la modificación del papel de los soviets, de las estructuras de los órganos máximos del poder estatal y del sistema electoral.

68 Kapuscinski, Ryszard. *El imperio*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1993; p-232

Es válido detenerse a recordar que para esta fecha más del 50 por ciento de los cuadros estatales y partidistas se habían renovado. En gran medida la sustitución era necesaria, recordemos la “gerontocracia” que dominaba todas las instancias solo años antes, además la promoción de nuevos cuadros era necesaria dada la envergadura de los programas y la necesidad de nuevos métodos de trabajo. Una nueva generación estaba rigiendo ya los destinos de la URSS. En un número significativo eran rostros poco o nada conocidos en el escenario político.

Retomando los cambios institucionales, la dirección a seguir en este primer momento fue marcada por la idea de “todo el poder para los soviets”. La transformación medular de ese primer paso consistió en la subordinación del ejecutivo a los soviets, a tono con lo cual se redujo el aparato estatal. De igual modo se estableció que los miembros del gobierno, los dirigentes ministeriales y los miembros del Comité Ejecutivo, no podían ser, al mismo tiempo, diputados a los soviets⁶⁹. Dichas modificaciones tuvieron una orientación hacia el sistema político de tipo parlamentario.

El objetivo de este giro del centro político hacia los soviets, manipulaba la aparente simetría con la idea expuesta por Lenin en las Tesis de Abril, pero en un contexto, realidad y pretensiones muy distintas, y eludía la falta de apoyo que tenía la *perestroika* en importantes sectores de la cúpula partidista, y de ese modo ganar el arraigo popular.

Como resultante de los cambios estructurales, al frente del aparato institucional de los soviets quedó formado un nuevo órgano: *El Congreso de Diputados Populares de la URSS* como máxima instancia del poder estatal con una composición de 2 250 diputados, los que provenían de dos direcciones; 1) de las organizaciones políticas y 2) de los tradicionales principios territoriales y nacional-territorial.

El Congreso de los Diputados Populares de la URSS elegía al *Soviet Supremo* de la URSS con una estructura bicameral y 542 diputados. En la primera cámara estarían representados los soviets de la Unión y en la segunda los soviets de las nacionalidades. Como *Presidente* del Soviet Supremo fue elegido Mijaíl Gorbachov, erigiéndose como máximo representante del Estado Soviético⁷⁰.

El sistema electoral soviético en esta etapa también sufrió modificaciones al promoverse más de un candidato por cada mandato de diputados de modo que existiera una posibilidad real de elegir. Como otro aspecto novedoso, se estimulan las campañas electorales de los candidatos y la presentación y defensa de sus programas electorales. También se validaba el acto de elección al garantizarse, de modo efectivo, el voto secreto.

Este primer grupo de transformaciones no afectó, constitucionalmente, el papel rector del PCUS en la sociedad; pero la propia lógica de la reforma sí lo ponía en duda. Evidentemente la transferencia del centro de gravedad del poder desde el partido hacia el Estado terminaría por remover postulados y fundamentos constitucionales del sistema político soviético.

Ante el estado de cosas que acontecían, aparece un segundo momento de las reformas que tuvo por esencia la eliminación del poder monopólico del PCUS sobre la vida política del país. El partido también estuvo sujeto a los cambios que la realidad le imponía, mediante los cuales se fue desmoronando la dualidad del PCUS: partido-Estado. Fue la propia dirección partidista quien renunció a ese papel histórico en el Pleno

69 Estas ideas se materializaron jurídicamente a finales de 1988 cuando el Soviet Supremo de la URSS aprobó la ley de Modificaciones y Enmiendas a la Constitución y la ley electoral.

70 Si bien se retoma la práctica establecida de que los Secretarios Generales del PCUS eran a la vez los Jefes de Estado, ahora se daba el marco para que este puesto dejara de tener carácter nominal y se convirtiera en una poderosa presidencia estatal.

del Comité Central, celebrado en febrero de 1990 y, ya como hecho culminante, en el III Congreso de Diputados Populares, celebrado en marzo del mismo año, se procedió a la derogación del artículo 6 de la Constitución donde se establecía que “la fuerza dirigente y orientadora de la sociedad soviética y el núcleo de su sistema político, de las organizaciones estatales y sociales es el Partido Comunista de la Unión Soviética”⁷¹, ratificándose legalmente la decisión política asumida por el PCUS meses antes.

El PCUS inició la senda de un cambio institucional. De un total de 1.500 puestos electivos, para unos 400 sólo hubo un candidato y en un millar apenas dos; otros 750 escaños fueron elegidos por las organizaciones sociales. Pero, a pesar de que casi el 90 por ciento de los electos era de afiliados al PCUS, una treintena de líderes importantes del partido no fue elegida. Más importante aún fue la presencia de una minoría de reformadores, unos trescientos. Entre ellos, Yeltsin, que logró el 90 por ciento de los votos en Moscú, sin que en ningún momento se pensara en evitar su elección, lo que resultaba más novedoso aún, pese a que resultara incómoda para el propio Gorbachov.

A pesar de las constantes modificaciones que venían sufriendo las instituciones políticas, para finales de 1990 la crisis existente en el país y la inoperancia de los órganos e instituciones establecidos determinan una nueva reforma tendiente a fortalecer el poder estatal, concentrándose en el ejecutivo los cambios más sobresalientes⁷².

Las sucesivas y radicales transformaciones del sistema político soviético introdujeron una peligrosa desproporción entre los ritmos de las reformas políticas y las económicas en detrimento de la última. Existían dos cabezas de la reforma, ambas imprecisas e inconexas, y para ese momento fuera de control. Evidentemente, el tránsito de un sistema estatal hipercentralizado, donde el principio del centralismo democrático (como criterio formal) del Partido Comunista había prevalecido, hacia otro descentralizado en el cual el partido no desempeñaría ni siquiera el papel de vanguardia, tenía que ser (y fue) necesariamente traumático.

El tema de las nacionalidades tuvo su influencia determinante en el curso de los acontecimientos. A pesar de lo establecido en la Constitución Soviética y otras regulaciones, las repúblicas que conformaban el Estado soviético no coordinaran sus actividades con el Centro sino que se subordinaban directamente a este (Moscú). Establecido desde la época de Stalin, se nombraba desde arriba a los responsables políticos, lo que, sumada otros factores, propició la asimetría en el desarrollo de la Unión.

Durante la perestroika no se ofreció absolutamente nada ordenado y pensado respecto a esta cuestión, que muy pronto se convirtió en la más explosiva de la política soviética. El primer conflicto nacionalista apareció en 1986, en Kazajstán, cuando elementos dirigentes comunistas locales se rebelaron ante la intromisión de las autoridades centrales.

La realidad era que el poder político iba cada vez más alejándose de Moscú en dirección a las repúblicas. El hipercentralismo del gobierno era dejado a un lado, pero no precisamente a favor de una armonía colectiva con miras a buscar mayor eficiencia del Estado soviético en su conjunto.

Como resultado final de este proceso, se desdibujó la por décadas, aparente homogeneidad del Estado soviético, sucediéndose un desgajamiento en 15 repúblicas, dentro de muchas de las cuales seguían reprodu-

71 “Nueva Constitución de la URSS”. Editorial Progreso, Moscú, 1980. p- 274

72 A partir de ese instante, el Presidente pasa a ser el jefe del ejecutivo, el Consejo Presidencial se disuelve y se crea el Consejo de Seguridad subordinado al Presidente, el Consejo de Ministros se transforma en gabinete con un Primer Ministro al frente. Con los nuevos cambios se comenzó a percibir un deslizamiento hacia la asimilación de los diseños occidentales de la división de poderes entre las distintas ramas del gobierno, más conocido como tripartición de poderes (legislativo, ejecutivo y judicial)

ciendo de manera micro iguales conflictos de tipos nacionales, étnicos y políticos.

El nacionalismo no representaba separatismo inicialmente, solo una relectura de las condiciones desfavorables en que se relacionaban las repúblicas con Moscú. Nacionalismo y separatismo se unieron en una misma consigna a partir de la emergencia de elementos con marcada radicalidad política contraria a la unión, cuyo caso más clarificante fue Rusia, donde figuras demagógicas como Yeltsin fundieron en un mismo discurso la independencia, la economía de mercado y el multipartidismo⁷³.

El intento golpista de agosto de 1991 fue la última tentativa de mantener la integridad territorial de la URSS. Pero el resultado fue todo lo contrario. El golpe de Estado contra el entonces presidente de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov, que fue propiciado por militares y miembros del Partido Comunista que querían mantener la URSS, defensores del *status quo*, que no tuvo más opciones, agotó en ese acto su existencia histórica. Los golpistas se oponían a las reformas iniciadas por Gorbachov pero no lograron el apoyo de la población, ni el de políticos relevantes. El levantamiento militar fracasó sobreviniendo un vacío de poder que arrojó un escenario en el que el Presidente de la URSS perdió el poder real que le quedaba y poniendo en evidencia que la fractura del coloso soviético era ya inevitable.

En los meses siguientes, varias repúblicas soviéticas abandonaron la unión y el efecto dominó de estas sediciones derrumbó definitivamente a la URSS en diciembre de 1991. El tiro de gracia contra la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas lo constituyó el acuerdo logrado el 8 de diciembre en Minsk por parte de los presidentes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia, para convertirse en una suerte de Unión Eslava. Los esfuerzos de Gorbachov por lograr una unión política en forma de Estado llegaron a su fin. El resultado más drástico de las reformas políticas fueron la desaparición del sistema político soviético y la destrucción de la URSS.

Otro de los elementos esenciales en la derivación de la perestroika estuvo el contexto internacional y el relacionamiento de la URSS con este. Sin indagar a profundidad en las aristas de este particular, se pueden señalar tres cuestiones esenciales.

Por un lado, los resultados económicos que acarrió para la Unión Soviética la llamada guerra de las Galaxias, con los Estados Unidos, implicó un fuerte cuestionamiento a la capacidad persuasiva de su industria militar. De hecho se derivaron “ingenuas” decisiones de Gorbachov referente al sector militar como reducir la producción de armamentos y comenzar la reconversión de industrias militares a civiles.

Así mismo, y también vinculado a la situación anterior, la política de “Nueva Mentalidad” en política exterior que implicó varias concesiones a Occidente y Estados Unidos en detrimento de su otrora relacionamiento con los países del Tercer Mundo y con el resto de los países socialistas.

Por otro lado, se combinó en el terreno ideológico la quiebra del Estado de Bienestar General, establecidas en Europa después de la Segunda Guerra Mundial, sobre la que se basó el discurso de la socialdemocracia, la que parecía ser un referente sólido para el modelo mixto de “socialismo de mercado” que se intentaba implantar en la URSS. En estrecho vínculo con este aspecto se sucedió el auge del neoliberalismo que se iba imponiendo como referente para el relacionamiento de la Unión Soviética con los centros de poder y con las instituciones financieras desde las que se imponían sus intereses.

Desafío histórico de la perestroika

Aunque no de modo explícito, emergió de manera determinante el dilema de la restauración capitalista *versus* repensar el socialismo soviético, quizá ni estaba definido con claridad en las cabezas de quienes des-

73 Para mayor detalle sobre este proceso ver: Bárbara Sarabia. “Reflexiones en torno al desmonte de la URSS” En: *La Perestroika en tres dimensiones: expediente de un fracaso*. Ob.,. Cit.

ataron los cambios cuando se alegaban demagógicamente consignas socialistas y se evocaban los nombres de los clásicos del marxismo como guía infalible para la efectividad del proyecto presentado, “criterios” que se fueron trasmutando progresivamente hasta convertirse en pluripartidismo, democracia y economía de mercado.

Este dilema se concretó en el rango de opciones siguientes: *a)* cambios formales para que todo siga igual; *b)* aprovechar la democratización para corregir el rumbo socialista y *c)* estructurar los basamentos de un sistema capitalista con economía de mercado y multipartidismo. Esta emergencia refería que el Estado burocrático-totalitario se agotó históricamente en los ochenta, o al menos, su modelo de dominación.

Es cierto que los miembros de la burocracia (sector dominante en la sociedad soviética desde la década del 30) no poseían capital privado; pero sin ningún control por el resto de los sectores sociales, dirigieron la economía, extendieron o restringieron todas las ramas de la producción, fijaron los precios, articularon el reparto, controlaron el excedente, dominaron el conocimiento y su divulgación y controlaron los medios de producción de ideas. De este modo mantuvieron el partido, el ejército, la policía y la propaganda que los sustentaba, lo que permitió su reproducción por décadas.

Fue precisamente en la década de los años ochenta cuando se extendió el término *nomenclatura* para calificar a la burocracia del partido, convertida en incompetentes y corruptos funcionarios, preocupados por mantener sus ámbitos de poder y los privilegios que de ello se derivaban, sin procurar cambios que encaminaran al país por derroteros de mayores perspectivas de desarrollo y mejoras culturales.

El grupo *gorbachioviano*, que mostró desaprobación al estado de cosas existentes, era sin lugar a dudas un resultado de las estructuras y grupos de poder que la produjeron. Por tanto, como los acontecimientos demostraron, si de algo estaban en realidad distantes, como legítimos herederos de la dirigencia soviética, era precisamente de las masas que fueron una figura decorativa y/o auxiliar desde la década de los años treinta.

El proceso en cuestión se sintetiza de la siguiente manera: cuando la burocracia dirigente vio que sus privilegios no estaban garantizados por la economía planificada un sector importante decidió que el camino para preservarlos era la restauración capitalista, mediando la conversión de poder político en poder económico y la sustitución de las formas de la dominación por las típicamente burguesas.

El programa de Gorbachov fue una mezcolanza de buenas intenciones e ideas contradictorias. Para conseguir que la economía soviética se pusiera en marcha de nuevo, para eliminar la corrupción y motivar a los trabajadores, habría que haberles dado libertad de organización, discusión y crítica. Pero esto era imposible. El primer punto que hubieran planteado los trabajadores hubiera sido el de los privilegios de millones de funcionarios y de todos los que dependían de ellos. Desde el punto de vista objetivo, este cuestionamiento era correcto, pero Gorbachov no podía dejar que se hiciese esta pregunta, porque él representaba los intereses materiales de esa casta dirigente.

Para Ted Grant, el talón de Aquiles de Gorbachov fue potenciar una mayor iniciativa por parte de los obreros, defendiendo simultáneamente los privilegios y prebendas de la burocracia: era como tratar de cuadrar el círculo.

Queda claro que aun sin el control de los trabajadores la burocracia tenía formas de escapar de la *perestroika* sin sus desastrosos resultados. Entre otras razones porque los trabajadores, además de estar agotados, no tenían posibilidades reales de organizarse para hacer valer sus reivindicaciones.

Aparejado a ello los jóvenes no habían tenido acceso a las auténticas ideas del socialismo y el marxismo, solo a una caricatura inerte y entumecedora, por lo que proponer esta posibilidad en ese contexto era una manera de no tener razón. Además, la paciencia de las masas estaba llegando al punto de ruptura, y cualquier incidente podía provocar una explosión. Pero ante la ausencia de una alternativa seria, una organización y un programa revolucionarios, el descontento de las masas no encontró una expresión efectiva.

Ante la ausencia de un movimiento independiente de los trabajadores y de mecanismos autónomos de los diversos sectores sociales las difíciles condiciones de supervivencia diaria que domina sus mentes, toda la lucha se dio entre alas rivales de la burocracia. El conflicto solo se podía resolver mediante la confrontación abierta. Así, el callejón sin salida de la burocracia llevó directamente al intento de golpe de agosto de 1991 y posteriormente al golpe de Estado de 1993.

Para salvar el socialismo, reformándolo (que era el objetivo confeso de la Perestroika), era indispensable disponer de una fuerza social que pudiera romper el tremendo bloque monolítico del miedo y de la desmotivación acumulado por décadas de funcionamiento totalitario, y esa fuerza sólo podía provenir de una democratización consecuente, que convenciera al hombre soviético común que sus esfuerzos harían sentido y surtirían efecto.

Ser radical es atacar el problema por la raíz.

Pero para el hombre la raíz es el hombre mismo.

Carlos Marx

I

Rosa Luxemburgo colocó tempranamente las discusiones sobre la Revolución rusa en el ámbito de la democracia como centralidad determinante. La intelectual polaca abrió con su agudeza crítica un eje de discusión que, evadido o vedado por fuerzas políticas diversas durante mucho tiempo, es una constante en la elaboración de paradigmas que superen los órdenes sociales opresivos. “La misión histórica de los trabajadores, una vez llegado al poder, es crear, en lugar de una democracia burguesa, una democracia socialista y no abolir toda democracia”. Este es el gran principio olvidado de las revoluciones socialistas. Toda la praxis radicalmente emancipadora lo es, como meta y método, si parte de ese principio.

Desde su análisis marxista, Rosa contextualizó su crítica al curso de la Revolución en Rusia pues, en condiciones tan fatales como las que padecía el país, hasta el idealismo más gigantesco y la energía revolucionaria más inquebrantable, no habría estado en condiciones de realizar la democracia ni el socialismo, sino tan solo los primeros rudimentos impotentes y deformados de ambos.

El levantamiento de los obreros, campesinos y soldados rusos constituyó un avance sin precedentes de los mecanismos organizativos para la democracia. Los órganos de lucha dieron paso, en los albores de la Revolución, a un Estado que de inmediato se vio abocado a su autodefensa, acto en el cual la democracia fue la víctima principal.

Para Rosa el remedio inventado por Lenin y Trotski, la supresión de la democracia en general, resultaba peor que el mal que se quería evitar: el desorden de las fuerzas revolucionarias y el avance de la contrarrevolución. Si bien la espina dorsal del poder revolucionario en Rusia estaba en los soviets, también lo eran, como un instrumento serio de la dictadura del proletariado, la Constituyente y el sufragio universal. La integralidad de la democracia requerida por el socialismo, como las garantías democráticas más importantes para una vida pública sana y para la actividad política de las masas trabajadoras no pueden desatender la libertad de prensa, de agitación y de reunión. “Sin una ilimitada libertad de prensa, sin una vida libre de asociación y de reunión, es totalmente imposible concebir el dominio de las grandes masas populares.”

La libertad reservada solo a los partidarios del gobierno, solo a los miembros del partido no es libertad. “La libertad es siempre y únicamente libertad para quien piensa de modo distinto”. Todo lo que puede haber de instructivo, saludable y purificador de la libertad política depende de ella, y pierde toda eficacia cuando la “libertad” se vuelve un privilegio.

74 Publicado en: *Revista cubana de pensamiento socio teológico Caminos*, No. 75-75, 2014-2015

Las condiciones históricas rusas ponían límites a la democracia, pero no le podían variar sus basamentos. Se es o no democrático. Para el socialismo es condición impostergable. El socialismo es democrático o no es socialismo.

En su análisis crítico, la luchadora revolucionaria valoró justamente que los bolcheviques mostraron capacidad para hacer lo que un partido verdaderamente revolucionario está en condiciones de hacer en los límites de las posibilidades históricas. Tales límites también fueron desafiados desde la comprensión de que las medidas antidemocráticas fueron asumidas como necesidad y no como principio. Es por eso que los años comprendidos entre 1921 y 1923 fueron para Lenin de lucha frontal y agónica contra las “severas deformaciones burocráticas” del régimen soviético. Sus propuestas de entonces intentaron detener ese proceso. Su estrategia fundamental en esa, su última lucha, fue impulsar el control social, político y económico de los trabajadores.

Para armar a los trabajadores frente al desafío de “la opresión”, “la arbitrariedad” y “la corrupción” burocráticas, Lenin propugnó cuatro medidas; a saber: las elecciones libres con revocabilidad de todos los funcionarios; que ningún funcionario pudiera recibir un salario más alto que un obrero cualificado; ningún ejército sería permanente, sino el pueblo armado; y gradualmente, todas las tareas de administración del Estado se harían por todo el mundo de manera rotativa, para que todos fueran burócratas por un tiempo y nadie fuera un burócrata.

Tales medidas atendían al punto neurálgico del socialismo que pretendió el poder bolchevique: un fuerte basamento democrático, entendido como control popular en la administración productiva y en el gobierno público. Este tipo de gobierno de los trabajadores fue la conclusión más destacable que hizo Marx de la Comuna de París y estaba presente en la más importante reflexión de Lenin sobre la democracia, su texto *El Estado y la Revolución*, en el que recreó la tradición del socialismo democrático.

Tras la muerte del líder bolchevique se sucedió una lucha de poder que, en esencia, se libraba entre dos concepciones, métodos y tácticas diferentes para la creación de la sociedad socialista en las condiciones soviéticas. Una tendía a dotar a Rusia de un Estado que defendiera el interés de los trabajadores, bajo el control de estos, al menos de su vanguardia. La otra tendía a un Estado como fin en sí mismo, independiente del control directo de la clase trabajadora, desde el cual se realizara la revolución *para* los trabajadores, no *con* los trabajadores. La tendencia de Lenin, esgrimida después de su muerte por la Oposición de Izquierda, se inscribe en la primera opción. Por el contrario, la praxis encabezada por Stalin, supuestamente derivada del leninismo, impuso en la escena la segunda, lo que a fin de cuentas condensó la renuncia a los objetivos primeros de la Revolución: la revolución internacional y la auto-emancipación de los trabajadores.

El desenlace de esta lucha por el poder fue el advenimiento de un régimen burocrático fuertemente centralizado con severos límites al control democrático de la sociedad por parte de los trabajadores, cuyo sustento estructural fue un modelo administrativo desde arriba, marcado por la totalidad absolutista de las directrices. Los límites democráticos con que se encauzó el proceso soviético pasaron de ser una necesidad dictada por las circunstancias a una virtud en la configuración de las razones estructurales del régimen. En las prácticas históricas las fronteras entre la necesidad y la virtud son difusas y contradictorias. La experiencia soviética es ejemplo claro de esto.

Al analizar ese punto definitorio en la historia soviética en particular, y del socialismo en general, Georg Lukacs develó el dilema de la Revolución rusa después de la guerra civil, donde las exigencias del contexto imponían como alternativa los términos siguientes: adelantar en el período de creación material de las condiciones socialistas los procedimientos de la democracia socialista, o en su defecto, en nombre del mero progreso económico, relegar a un segundo plano dichos procedimientos, e incluso que fueran completamente descuidados.

Destacar este asunto lanza, de inicio, un problema esencial para la creación de la sociedad emancipadora: ¿los mecanismos democráticos liberadores deben ser el punto de partida para alcanzar las condiciones materiales requeridas por la nueva sociedad o deben ser pospuestos en espera de aquellas condiciones? Este asunto será eje de análisis a lo largo del texto.

Desde su proceso de configuración, el régimen consagrado por la burocracia soviética suscitó oposición y resistencia de carácter socialista democrático. Como una constante en las propuestas alternativas al régimen burocrático estaban los avances de la Revolución de Octubre en materia democrática, los que fueron velados por los usurpadores. El estallido revolucionario de 1917 mostró en sus albores, como práctica histórica concreta, que era posible intentar un tipo de ordenamiento político donde de manera cotidiana las masas, los trabajadores, los oprimidos, se dieran un órgano de gobierno propio de abajo hacia arriba.

Aun cuando las condiciones de la guerra civil pusieron límites a esas prácticas, para la reconfiguración del gobierno revolucionario se intentó retomar los principios de participación de los trabajadores en la gestión económica, política y social, como afirmaban las propuestas de Lenin.

Varios de los viejos bolcheviques denunciaban la regresión sufrida por el gobierno revolucionario a manos de la burocracia, su distancia de las ideas y alcances de los primeros años del poder de los trabajadores. Entre ellos se destacó León Trotski, quien realizó una exhaustiva sistematización de las condiciones y resultados del “bonapartismo” soviético.

El dilema que se presentaba ante la URSS, es decir, los grandes ámbitos históricos que se le abrían como tendencias, fueron vistos por Trotski en 1936 del siguiente modo: “La caída de la dictadura burocrática actual, sin que fuera reemplazada por un nuevo poder socialista, anunciaría, también, el regreso al sistema capitalista con una baja catastrófica de la economía y de la cultura”. Se abre así un ámbito de discusión teórico política fundamental: ¿desde qué horizonte corregir los regímenes políticos nominalmente socialistas, el capitalista o el socialista de contenido democratizador?

El poder de la burocracia, sobre las simientes de la Revolución, no era para ese tiempo un proceso calmo ni concluso. Si bien es cierto que en proyecciones históricas generales la disputa seguía siendo entre el capitalismo y el socialismo, Trotski concretaba el dilema político en el país de los soviets en los términos siguientes: “¿el funcionario concluirá por devorar a la clase obrera o la clase obrera lo hará impotente para perjudicar?”

Esta lucha se dirimía en varios ámbitos de la sociedad, destacándose entre ellos el productivo. La democratización de los mecanismos de relacionamiento para la producción de bienes y servicios es consustancial al socialismo, este empieza a realizarse en la gestión colectiva y libre para la generación de riquezas (producción, distribución y consumo). En la experiencia soviética se verificaba, entre la economía nacionalizada y el problema de la calidad, el mandato burocrático. La “calidad” escapa a la burocracia “como una sombra”, por lo que un entorno de libre discusión de los problemas económicos disminuiría los gastos generales impuestos por la burocracia.

Trotski vuelve a tomar la democracia como brújula al ver que en la economía nacionalizada, la calidad supone la democracia de los productores y de los consumidores, la libertad de crítica y de iniciativa, contrario a la coerción burocrática. Idea congruente con la proyección leninista de que “el hábito de observar las reglas de la comunidad es susceptible de alejar toda necesidad de coerción”.

El hecho de que la burocracia erigió su poder sobre los resultados revolucionarios de 1917 imponía condiciones diferentes a la lucha política de los trabajadores en la preparación de su conflicto con los dirigentes, tanto en el ámbito de la economía como en el de la gestión pública.

Para Trotski, sea como sea, la burocracia solo podría ser suprimida revolucionariamente. Pero aclaraba que la revolución no sería social como la de octubre de 1917, pues no trataría de cambiar las bases sociales de la sociedad ni reemplazar una forma de propiedad por otra. Sería una “revolución política” que, sin tocar los fundamentos económicos de la sociedad derribaría las viejas formas dirigentes. La subversión de los trabajadores contra la casta burocrática tendría naturalmente profundas consecuencias sociales, pero no saldría de los ámbitos de una transformación política. La democracia socialista se transformó en la centralidad del programa político de tal revolución.

La manera en que se sucedió la lucha política por restaurar el carácter democrático iniciado en 1917 tuvo, en su comienzo, dos etapas. Durante los diez primeros años la oposición de izquierda trató de conquistar ideológicamente al partido sin lanzarse contra él a la conquista del poder. La palabra de orden era reforma y no revolución. Cuando en 1927 el conflicto alcanzó ribetes de guerra civil, el camino de la reforma se transformó, visto por Trotski, en el de la revolución.

En el sentido de la reactualización de la condición revolucionaria, no se trata de reemplazar un grupo dirigente por otro sino de cambiar los métodos mismos de la dirección económica y cultural. La arbitrariedad burocrática debería ceder el lugar a la democracia: restablecimiento del derecho a la crítica y a una libertad electoral auténtica, restablecimiento de la libertad de los partidos soviéticos y el renacimiento de los sindicatos, la revisión radical de los planes en beneficio de los trabajadores.

En una postura más radical, defendida y divulgada por Trotski el propio año de su muerte, parecía necesario, en las condiciones de la lucha por restablecer el carácter democrático popular de la revolución, una organización revolucionaria que agrupara a todos los trabajadores en torno a las banderas de Marx y Lenin, es decir, una organización basada en la tradición democrática del socialismo.

La revolución política presentada por Trotski como programa reveló sus formas embrionarias –visto así por Daniel Bensaid– a través de los levantamientos de Berlín Este en 1953, de Polonia y Hungría en 1956, de Checoslovaquia en 1968, y Polonia en 1969 y 1975. En cada una de esas experiencias de movilización de los trabajadores contra un aumento de precios o contra la arbitrariedad burocrática, se puso a la orden del día las mismas exigencias: supresión de la policía política, libertad de reunión y de asociación, separación de los sindicatos y del Estado, libertad sindical y pluripartidismo, restablecimiento de los consejos. Por el contrario, nunca se pidió la restauración de la propiedad privada de los medios de producción como una reivindicación de masas.

Las causas de la derrota de la alternativa democrática al régimen estalinista son conocidas. No obstante, el cuestionamiento al orden totalitario y antidemocrático continuó en la mira del análisis crítico del marxismo revolucionario. El principio político y doctrinal que sustentaba tal crítica era el rescate de la democracia para la clase trabajadora. Este planteo fue evolucionando, enriqueciéndose en su alcance específico y en los conceptos y métodos para su práctica política, de lo que se intenta dar cuenta a lo largo del presente texto.

II

Uno de los exponentes más sólidos de esta crítica en su contenido teórico fue Georg Lukacs, quien en 1968 escribía un ensayo sobre la democracia burguesa, el cual fue ampliado a la democracia socialista como una exigencia ética tras los sucesos de Checoslovaquia, acontecidos en agosto de ese año, los que desataron una crisis de legitimidad del mundo socialista en general y de su epicentro en particular, la URSS, cuyo proceso se inició con el XX Congreso del PCUS y tuvo un repunte con la invasión de las tropas soviéticas a Hungría en 1956.

El grueso de los debates en torno a las condiciones y soluciones del socialismo se colocaba en dos extremos, a saber, la implementación de la democracia occidental (burguesa), es decir, la restauración del capitalismo, de un lado, y del otro, la posibilidad de hacer eficiente la dirección política y económica consagrada por el *estatus quo* burocrático. Lukacs desestima la democracia burguesa como alternativa al socialismo existente, lo hace por consideraciones político-prácticas ampliamente argüidas, al tiempo que está convencido de que es imposible presentar al socialismo existente, sin ningún reparo, como el otro término de la alternativa.

En este punto converge con la posición representada por Trotski y reitera como problema histórico la pregunta ¿la superación de los términos opresivos de la sociedad solo tiene ante sí como alternativa contraria el capitalismo y el socialismo existente? Para Lukacs esta constituía una “falsa alternativa” y colocó entonces, desde la explicación de la democracia como asunto que atraviesa su argumentación, la alternativa en el ámbito de lo que llamó “la democratización del socialismo”, es decir, su renovación.

El intelectual húngaro asume el esfuerzo por comprender en términos históricos sociales el modo real de ser del socialismo existente, “su actual ser-en-sí-mismo” para, a partir de ahí, formular los problemas de la democratización. Ese ser en sí mismo develaba en su esencia que la actividad práctica de las masas desapareció casi por completo no solo de la considerada gran política, sino también de la regulación en su vida cotidiana.

En las razones contenidas en la visión de Lukacs, subyacen tres coincidencias con Trotski. Primero, la alternativa al régimen existente es socialismo democrático. Segundo, el proceso implica una recuperación actualizada de los valores perdidos de una historia de creación política de los movimientos de masas que sustentan la posibilidad de otro ordenamiento, es decir, la recuperación del papel activamente participativo de las masas. Tercero, se clarifica el dilema ante la crisis en los términos de que solo se sale o por el camino de la renovación o por el camino de la restauración.

Lukacs le otorgó contenido histórico y de transición a la democracia, pues apuntaba que con frecuencia se habla de la democracia como de un estado y se olvida examinar las direcciones del desarrollo real de tal estado, cuando solo por esta vía será posible tener un cuadro adecuado de sus características. Para subrayar esto es que prefirió el término “democratización” al de “democracia”. La alternativa socialista al régimen autoritario burocrático no es un estado que se otorga o decreta sino un acumulado, un proceso de imprescindible matriz democratizadora. Aprender y aprehender culturalmente, desde la práctica, la democracia.

La democratización socialista, entendida como el programa histórico a largo plazo, es el camino de la práctica social para la realización del ser humano político. Democratización no es un medio para evitar las crisis, es un proceso de socialización en el que es posible terminar con la herencia de la sociedad burguesa, es decir, la división de la vida humana en las esferas públicas y privadas.

Desde la reflexión ofrecida por Lukacs, la democratización se relaciona con la tarea histórica fundamental del socialismo, tiene validez como medio social y político, como práctica de la liberación contra la enajenación. Para que esta democratización se constituya en proceso histórico es necesario rescatar las formas esenciales que se han dado en su movimiento espontáneo las experiencias de revoluciones socialistas (Comuna de París, 1871; Revolución Rusa, 1905; Revolución Rusa, 1917; Revolución Húngara, 1919) cuyas formas organizativas fueron la Comuna y el Consejo: la unión política, directa de las masas, la eliminación revolucionaria de la mediación escalonada, la alternativa socializadora del poder.

La espontaneidad de las masas que generaron esos procesos se explica en el hecho de que los hombres y mujeres asumen la transformación en su vida cotidiana, en sus puestos de trabajo, en sus viviendas, etc. El estallido de masas los organiza para la actividad inmediata, para de allí elevarlos a la práctica revolucionaria en todas las cuestiones decisivas de la sociedad.

Y es que la democratización, como proceso en la totalidad social, alcanza el conjunto de la vida: la vida cotidiana y la actividad económica, las instituciones y el mecanismo político para las decisiones. El énfasis no está puesto en “mejorar” la esfera política o el sistema de instituciones, debe democratizarse el conjunto de la vida. Se trata de democratizar la cotidianidad, es crear un sentido común democrático. Democratización como práctica social que se realiza en todas partes. Es esta la condición socialista para la democracia.

Es sabido que en los períodos de crisis del socialismo real se ejerce una presión sobre los gobernantes para el ajuste socioeconómico del diseño del sistema. En tales períodos entra a escena la pugna de alternativa que, por lo general, han tendido, de un lado, a retoques muy parciales, conservando el control burocrático, de otro, a la introducción de las nociones liberal burguesa sobre la democracia y la libertad.

El marxista húngaro alcanzó a analizar algunos de estos procesos sucedidos en los países del llamado campo socialista, de lo que concluyó que en cualquier caso se parte de que, como condición objetiva, “la burocracia que planifica centralmente no desea renunciar a su rol de dirigente absoluta”, por lo que no es de asombrar que las modernizaciones formales dejen intactas las viejas esencias de control político. Los cambios tecnológicos y la informatización pretenden optimizar los cálculos y la ejecutoria de los planes, pero dejan intacto el viejo método de administración absoluta de la sociedad desde arriba, administración *para* y no administración *con*.

Los cambios impelidos por las crisis del modelo se presentan en un primer momento como una reforma económica con el objetivo de acrecentar cuantitativamente, y de mejorar cualitativamente, el aparato productivo y distributivo.

Lukacs, al igual que Trotski, aborda el asunto de la economía como el terreno en el que, de manera práctica, se sucede la discusión entre el socialismo existente y el capitalismo y donde, con más claridad, se presentan como la alternativa. Desde esta perspectiva destaca que la economía socialista, si bien su relación elástica con el consumo se convierte para ella en un problema vital, no está en condiciones de resolverse con una simple introducción del modelo capitalista. Lo que en el capitalismo el mercado era capaz de realizar espontáneamente, aquí debe ser integrado por una multidimensional y variada democratización del proceso productivo; desde el plan hasta la realización práctica. Es decir, reencontrar la economía y la política como pares vinculantes en la práctica social.

A este nivel de análisis se presenta la gran urgencia de actualizar la discusión sobre los sindicatos acontecida en los primeros años de la Revolución rusa, cuya alternativa se discutió en los términos siguientes: a) los sindicatos con una posición independiente, como instrumento contractual de los trabajadores, para negociar colectivamente con la administración de la industria socializada; b) los sindicatos insertados en la maquinaria estatal debido al carácter de defensor de los derechos de los trabajadores que adquiriría el Estado, lo que suponía la ausencia de contradicciones esenciales.

Uno de los límites de la experiencia socialista del siglo XX estuvo en separar la economía de la política, o en otros términos, estuvo en no comprender que la superación de la economía capitalista solo será posible con la democratización de las relaciones productivas.

El problema del socialismo no es económico en primera instancia sino político. Entonces, ¿cómo lograr la renovación política del socialismo? A este problema le dio respuesta Lukacs en términos diferentes a los planteados por Trotski. Tal diferencia se debe a que el primero analizó un cúmulo mayor de práctica histórica, que incluye la maduración del régimen burocrático y sus resultados en la subjetividad de las masas. El segundo basó su análisis en una etapa muy reciente, históricamente hablando, de la experiencia revolucionaria rusa donde las generaciones activas habían sido protagonistas del proceso y la evocación de las condiciones revolucionarias de Octubre se relacionaba a experiencias de vida. Por otra parte, es presumible

que Lukacs sustentara sus criterios desde la política real, es decir, desde las condiciones de posibilidad que brindaba el régimen existente, y no en una comprensión teórico general de las vías para lograr la democracia como fundamento de la renovación socialista.

Desde esos términos, Lukacs veía como parte del proceso de democratización socialista la creación de nuevas formas de relación entre el “abajo” y el “arriba”, lo que a su vez implica la condición de desarrollar la democracia interna partidista, habida cuenta de que para él el partido debía dirigir el multifacético proceso de democratización. En cambio, Trotski, después de haber defendido la función central del partido en el proceso soviético durante varios años, como había hecho con la relación de subordinación de los sindicatos al Estado que después reconsideró, llegó a la conclusión de que el mismo se había convertido en un instrumento de control de la sociedad en manos de la burocracia, es decir, se había convertido en el partido de la burocracia, de lo que derivaba la necesidad de la formación de una organización obrera fuera del Partido.

Lukacs colocaba como base de su argumento que las masas deben concebir la realidad del cambio como ruptura práctica con las tradiciones estalinistas, día tras día, mediante su propia experiencia. Si no se promueven las coaliciones entre los trabajadores no será posible una movilización de estos para mejorar activamente su vida cotidiana. Sin embargo, acotaba que “un movimiento para la democratización en sentido socialista no puede introducirse en la conciencia espontánea sino solo guiado desde fuera”. Para Lukacs, dado el tamaño de esta tarea, no podía ser conducida por otra fuerza que no fuera el Partido Comunista, cuya exigencia primera es la democratización del partido mismo.

Si bien las condiciones esbozadas por Trotski no fructificaron históricamente, la historia se encargó de demostrar que los procesos desatados por los partidos comunistas del campo socialista no atendieron al proceso de democratización como asunto determinante en la renovación socialista. ¿Cómo podría el partido, siendo el instrumento político de control de una burocracia que “no desea renunciar a su rol de dirigente absoluta”, conducir un proceso de democratización que comenzaría por cuestionar sus privilegios y la centralización del poder en sus manos?

De cualquier manera, queda esbozado el problema de cómo estimular el activismo políticamente creador de las masas dentro del entramado tejido por la dominación burocrática. Llevaba razón Lukacs al decir que la cuestión no se reduce a revivir toda la experiencia práctica y teórica del movimiento de los trabajadores pues esta no es una garantía de su efectividad para la acción de las masas en el retorno al camino truncado por el stalinismo. En primer lugar, porque “el largo período del sistema estalinista provocó necesariamente profundos efectos en la calidad de las personas, sobre todo en su relación con su actitud hacia las posibilidades de una propia práctica social. Este hecho desborda el componente represivo y se sitúa en complejo ámbito del hábito. La gente se habituó. Las personas que están afectadas como objeto pasivo terminan por habituarse a esta forma en su propia manera de vivir”.

III

En el largo camino acumulado de praxis emancipadora encontramos, en la vida de Paulo Freire, una aguda comprensión sobre las condiciones de la opresión que se afianza en los hábitos de las personas que viven como objetos pasivos. Esta visión exploya la lucha por la democracia en su terreno más complejo y determinante: la subjetividad.

Este punto de partida no es nuevo. En el pensamiento marxista revolucionario la subjetividad se asume como ineludible condición de toda acción transformadora de la sociedad; idea retomada por Lukacs y reforzada por Marcuse, para quienes el desarrollo de la conciencia es de hecho una de las tareas capitales del materialismo revolucionario.

Desde su indagación, Freire cuestiona las prácticas revolucionarias que en su prédica y realización no desatan las amarras para una educación liberadora y que mantienen al pueblo, en nombre de la libertad, alejado de la posibilidad de constituirse en sujeto pensante crítico y creador de su propio saber político y de su propia realidad para transformarla revolucionariamente.

No es entonces casual que la auto-emancipación y el autogobierno del sujeto popular, como condición para su libertad, sean principios retomados y asumidos por Freire como centralidad de su propuesta pedagógica liberadora. Centralidad, también otorgada por Marx, que ha sido resguardada del alcance de algunas ideologías revolucionarias. En su obra despliega ampliamente los contenidos humanos, políticos, críticos, dialógicos y liberadores de la democracia.

“La deshumanización (...) es distorsión posible de la historia pero no es vocación histórica”. Esta certeza alienta la búsqueda de relaciones sociales justas, solidarias, cooperativas y libres que es la sociedad humanizadora. Tal certeza es la condición de posibilidad histórica de la que parte Paulo Freire para optar, desde una propuesta pedagógica, política y revolucionaria, por la auto-liberación del sujeto popular. Un sujeto libre y crítico que se humaniza.

El contenido analítico y propositivo de Freire tributa a la concientización del individuo para, desde la apropiación crítica de la historia y de las condiciones que en ella generan la opresión, forjarse en sujeto histórico de su propia libertad. De ahí que la exigencia radical sea la transformación de la situación concreta que genera la opresión desde una comprensión subjetiva/consciente de esta.

Esta visión hace parte del sentido de la crítica asumida por Marx como un medio para el cambio. “La crítica –dice este– no arranca de las cadenas las flores imaginarias para que el hombre soporte las cadenas sin fantasías, ni consuelo, sino para que se despoje de ellas y pueda recoger las flores vivas”. Es la crítica que desengaña al ser humano para que piense y moldee su realidad como ser humano desengañado, para que “gire en torno a sí mismo”.

En la superación de las contradicciones opresores/oprimidos, que solo puede ser intentada y realizada por los oprimidos, está implícita la desaparición de los primeros. Freire es enfático al destacar que la superación auténtica de tal contradicción no está en el mero cambio de lugares, no radica en el hecho de que los oprimidos de hoy, en nombre de la liberación, pasen a ser los nuevos opresores.

No es cambiar un grupo de dirigente por otro grupo de dirigente, no es cambiar los hombres por las mujeres, una raza por otra, una religión por otra, un saber científico por un saber común, no es poner a las personas por encima de la naturaleza. Es cambiar la cultura política excluyente y opresiva que divide artificialmente a los seres humanos en todos los espacios de la vida social y que separa a la sociedad de la naturaleza. Es generar una cultura política incluyente, desde la diversidad, cuya centralidad sea la condición humana, en relación armónica con la naturaleza, creadora y libre. Cultura política liberadora es subversión de la cultura política de la opresión en cualquiera de las formas que esta se manifieste.

Con Freire se reencausa la relación del revolucionario y del liderazgo en la visión ética de reconocer al primero más por su creencia en el pueblo que lo compromete que por mil acciones llevadas a cabo sin él. Creer en el pueblo y hacer con él: un hilo del pensamiento revolucionario atado con fragilidad a la práctica histórica.

“Decirse comprometido con la liberación y no ser capaz de comulgar con el pueblo (...) es un doloroso equívoco.” La acción política junto a los oprimidos debe ser una acción cultural *para* la libertad, y por ello mismo, una acción *con* ellos.

Esta concepción es una alerta a los verdaderos humanistas respecto al hecho de que no es coherente, en la búsqueda de la liberación, utilizar la concepción “bancaria” de los opresores, lo que implica que las masas son tratadas como objetos, como un recipiente vacío al que se debe llenar con informaciones, datos, conocimientos, programas, un receptor pasivo al que se le trasmite decisiones y saberes. “La sociedad revolucionaria que mantenga la práctica “bancaria”, se equivocó o se dejó tocar por la desconfianza y por la falta de fe en las personas. La historia ha dado cuenta de que la sociedad revolucionaria que cometa este equívoco, “estará amenazada por el espectro de la reacción”.

El desafío emancipador es esencialmente cultural. Superar la cultura de la dominación, tanto en los dominados como en los dominadores, es el cauce que la práctica socialista exige. Para Rosa Luxemburgo, una completa transformación espiritual en las masas degradadas por siglos de dominación burguesa implica favorecer instintos sociales en lugar de instintos egoístas, iniciativa de las masas en lugar de inercias, idealismo capaz de pasar por encima de cualquier sufrimiento.

Ser revolucionario es creer en el pueblo, en su capacidad creadora. Esta es la base ética y conceptual que actualiza Freire para analizar la relación del liderazgo con las masas. El contenido ético está en que sus ideas cuestionan la esencia excluyente, opresora, elitista, desconfiada en relación con el poder creador del pueblo, que pervivieron en la experiencia socialista del siglo XX. En la comprensión de este asunto se encamina un análisis más completo de los límites democráticos, es decir, liberadores, de aquel socialismo.

Para el proceso de liberación es imprescindible el diálogo, el diálogo que parte de la confianza, de las palabras diversa con sentidos comunes. Pero solo será diálogo verdadero cuando exista un sujeto de pensar crítico que accione desde este. Desatender en la práctica revolucionaria esta necesidad le pone límites a su contenido revolucionario. Freire destaca que “si las masas son adscritas al proceso como seres ambiguos tendrán, simplemente, la impresión de que accedieron al poder”. Entonces la acción revolucionaria aspiraría a ser un simple medio de dominación y no un camino de liberación. “El diálogo con las masas populares es una exigencia radical de toda revolución auténtica. Ella es revolución por esto”.

El liderazgo revolucionario tendrá dificultades al intentar llevar a cabo una revolución para las masas oprimidas, por más bien intencionada que ésta fuera, si es una revolución en la cual el *con* las masas es sustituido por el *sin ellas* ya que son incorporadas al proceso a través de los mismos métodos y procedimientos utilizados para oprimirlas. Tal práctica conduce fácilmente a la constitución de burocracias que corrompen la revolución.

Como antípoda de esta tendencia, entonces, la lucha democrática se convierte en la lucha por la democratización de las funciones de coordinación. Es decir, en la superación de términos (relaciones) como dirección y liderazgo (individual).

Un sujeto popular que piensa críticamente la realidad opresora para transformarla en realidad liberadora, donde el diálogo de saberes es la concepción que describe el camino de su auto-liberación, hace que el liderazgo adquiera otra condición en un proceso de transmutación de su rol, que va de *para* el pueblo, a *con* el pueblo hasta llegar a *desde* el pueblo. Esta evolución es un reto para cualquier liderazgo revolucionario pues, de negarle a las masas el diálogo desde el pensamiento crítico, se restringe a sí mismo en su pensamiento. “Así, el liderazgo no puede pensar sin las masas, ni para ellas, sino con ellas”. No es una cuestión de preposiciones, de ajustes del lenguaje, sino de asumir en la conducta, que es la voz verdadera de la visión del mundo que se porta, una acción emancipadora.

A lo largo del texto hemos develado que un problema básico (y postergado) de la praxis revolucionaria está en si los mecanismos democráticos liberadores deben ser el punto de partida para alcanzar las condiciones materiales requeridas por la nueva sociedad, o deben ser pospuestos en espera de aquellas condiciones.

También Freire hace parte de este debate cuando asevera que evitar el diálogo con el pueblo en nombre de la necesidad de “organizarlo”, de fortalecer el poder revolucionario, de asegurar un frente cohesionado es, en el fondo, temer a la libertad, temer al propio pueblo o no confiar en él.

De lo que se trata es de concientizar sobre la sociedad emancipadora con métodos emancipadores. No se puede esperar a que las condiciones sean material o políticamente “óptimas” para desarrollar una praxis liberadora, esta tiene que ser la condición de la lucha, desde la que se crea y demuestra la viabilidad del proyecto que supera la sociedad opresiva.

La idea anterior guarda estrecha relación con el lugar del individuo en el proceso de creación de relaciones sociales no opresivas. La sociedad emancipadora no se reduce a un proyecto social, sino que demanda ser un proyecto que parta, obligatoriamente, de lo individual y llegue a lo social como única posibilidad plena de realizar aquel. Generar la individualidad emancipadora nos coloca en un nivel superior al individualismo burgués y no ahoga la riqueza de la individualidad humana, por el contrario, le permite explayar todas sus potencialidades.

Las interpretaciones sesgadas desde el individuo han sido fuente de distorsión en las prácticas revolucionarias. No serían pocos los ejemplos de programas de naturaleza política que fallaron porque sus realizadores partieron de su visión personal de la realidad. Porque no tomaron en cuenta, en ningún instante, a los hombres y mujeres a quienes dirigían su programa, a no ser como meras incidencias de su acción y no como partícipes del mismo. En estas prácticas perviven rasgos de la dominación pues “quien actúa sobre los hombres (y las mujeres) para, adoctrinándolos, adaptarlos cada vez más a la realidad que debe permanecer intocada, son los dominadores”.

Sobre este asunto Freire se apoya en Mao Tse Tung y coloca el tema de la necesidad de las masas como insumo imprescindible para alcanzar un programa revolucionario. “En ese sentido —decía Mao— tenemos dos principios: primero, lo que las masas necesitan en realidad, y no lo que nosotros imaginamos que necesitan; y segundo, lo que las masas están dispuestas y decididas a hacer, y no lo que nosotros estamos dispuestos a hacer en beneficio de ellas”.

No es dable esperar resultados positivos de un programa de acción política que no respete la visión particular del mundo que tenga o esté teniendo el pueblo. “Sin ésta el programa se constituye en una especie de invasión cultural, realizada quizá con la mejor de las intenciones, pero invasión cultural al fin”.

Este presupuesto hace parte de la dialéctica que demanda la praxis (teoría y acción) revolucionaria, prevista por Marx en la hipótesis de que “la teoría (programa) solo se realiza en un pueblo en la medida en que es la realización de las necesidades de ese pueblo” (...) Solo una revolución de necesidades radicales puede ser una revolución radical”.

La respuesta metodológica de Freire radica en plantear al pueblo, a través de ciertas contradicciones básicas, su situación existencial, concreta, presente, como problema que, a su vez, lo desafía, y haciéndolo, le exige una respuesta, no a nivel intelectual, sino al nivel de la acción. De lo que se trata, entonces, es de dialogar desde la visión del liderazgo con la visión del pueblo. No se trata de que el liderazgo asuma de manera inalterable la visión del pueblo, sino que dialogue con ella, que se cree con ella, que se crea en ella, como principio, sí entonces, inalterable de la democracia.

La cuestión es que el contenido programático para la acción política no puede ser de exclusiva elección del liderazgo, sino de éste con el pueblo. Es aquí una determinación para la democratización como política que pretenda actualizar la creación de la sociedad emancipadora, socialista.

IV

La primera condición de la revolución es su carácter permanente. Al tiempo que su contenido esencial es eliminar las relaciones opresivas sobre las que se afirma la sociedad de hombres y mujeres deshumanizada. La meta de la revolución es, entonces, crear un orden social de relaciones humanas en constante proceso de liberación.

Existen principios esenciales que tejen la contundencia del pensamiento revolucionario emancipador y que han sido, en el mejor de los casos, dispersados en prácticas políticas diferentes, restándoles fuerza y alcance. En el peor de los casos, han sido celosamente guardados en los anaqueles inaccesibles del dogma.

Auto-emancipación, autogobierno, libertad, pensamiento crítico, liderazgo *con* el pueblo no *para* él, conciencia como fragua de la necesidad, creencia en la capacidad creadora del sujeto popular, democratizar democráticamente, humanización, armonía con la naturaleza (más reciente)...son principios actualizados y colocados de modo orgánico en la praxis como enfrentamiento a la totalidad opresiva y a sus contenidos vivos y actuantes dentro de las revoluciones.

Es un hecho no muy asumido que las deformaciones en los proyectos revolucionarios no nacen después, nacen antes de la toma del poder, en los métodos para alcanzar su realización. Para lograr una sociedad democrática hay que organizar la lucha democráticamente. El problema del poder que entraña este asunto no puede quedarse para después. El horizonte utópico implícito en la superación de la opresión social será alcanzable en la medida en que el proyecto de organización social no deje para el futuro la realización de los aspectos solidarios, cooperativos, no jerárquicos, donde se distribuyan los recursos del poder, donde la conducta democratizadora sea un sentido común en cada individuo. Tal postura dinamita la idea de que el fin justifica los medios. Si el fin es democrático y humanista, los medios para alcanzarlos tienen que ser democráticos y humanistas.

Ahora bien, la participación social, la administración colectiva de la libertad que entraña la democracia socialista, no se decreta, se aprende a participar participando en la definición de sentidos comunes, valores, proyecciones, necesidades. La herencia cultural en el ámbito de la participación política del sujeto popular tiene, esencialmente, rasgos pasivos y reproductivos. De lo que se trata, como modificación activa de la participación para la autogestión y el autogobierno, es de implicar a las personas, en cada ámbito de la vida, a que asuman responsabilidad social mediante la actividad colectiva y creadora, a que incidan en el curso de los acontecimientos privados y públicos, en los ámbitos de la economía y la política.

Para la transformación humana han existido dos visiones. De un lado están quienes apuestan a transformar primero a las personas para que estas, transformadas, cambien la sociedad. De otro están quienes precisan de cambiar primero el mundo para que las personas no actúen desde el mal. En realidad las personas cambian en la medida en que transforman el mundo. Betto plantea como aforismo de esta visión que cuanto más justa es una sociedad, más seres humanos inclinados al bien produce, al tiempo que las personas de bien se empeñan en construir mejor convivencia social.

La revolución liberadora no vive fuera de las personas, de la subjetividad. Es un aprendizaje social. Su contenido humanista, anti opresivo, incluyente y colectivo, en tanto sentimientos y actitudes, deben emanar de las conductas individuales y sociales. Tales sentimientos no florecerán de declaraciones, sino de prácticas concretas que den testimonio de que se puede vivir de otra manera. Superior. Humana.

Desde el testimonio como validación, la revolución implica tejer un tipo de relacionamiento cotidiano; en la casa, en la comunidad, en el trabajo, con los amigos y amigas, en los espacios públicos y en el Estado con base en la comunicación de quien acepta que el otro y la otra tienen algo que decir, tienen un saber que

compartir; comunicación horizontal como base de la creación colectiva de sueños y las concreciones cotidianas de estos. Revolución es producir y apropiarse socialmente de la libertad colectiva desde las libertades individuales. Esto solo será realizable desde una subjetividad que se funda en prácticas democratizadoras de la cotidianidad.

La democracia es un proyecto político sustentado en la práctica participativa del sujeto popular en todos los ámbitos; lo que implica que democratizar una parte no tiene sentido de no democratizarse la totalidad. Democratizar el Estado y democratizar la sociedad como procesos concomitantes concreta el entendido de que el socialismo, como “continente de la libertad”, es democracia sin límites.

En el capitalismo, partir de la libertad individual es su propio límite pues esta niega la libertad colectiva o la reduce a un contrato o pacto entre libertades claramente excluyentes. Dicho en su práctica más radical, la libertad se asocia al derecho de unos pocos de apropiarse de la libertad de muchos. Es la libertad de oponerse a otras libertades, establecido como contrato del derecho civil individualistas. Sin embargo, en las sociedades anticapitalistas surgidas en el siglo XX, en compromiso con la libertad colectiva de los individuos, se desatendió la función de la libertad individual como creadora, desde la conciencia y la crítica, de la libertad colectiva.

Subvertir las sociedades de contenido opresor lleva como condición liberar a los individuos de los límites individuales de su libertad, sin negarla. Al tiempo que se potencie una conciencia de la libertad que implique al otro y la otra donde, por ejemplo, como destaca Boanventura de Sousa, la disminución de la ansiedad y la inseguridad de unos (los incluidos) sea imposible sin la reducción de la ansiedad e inseguridad de los otros (los excluidos). O dicho a la manera freiriana, nadie es si prohíbe que los otros sean. Esta diferencia implica apuntar hacia un contrato social como agregación colectiva de intereses sociales diferentes. Dicho de otro modo, ser libres individualmente está condicionado por la libertad de los otros y las otras, al tiempo que es condición para ser, además y esencialmente, humano y colectivo.

Para Rosa Luxemburgo, aferrarse a la libertad como inmanencia democratizadora no viene de ningún concepto fanático de la “justicia”, sino de que todo lo que es instructivo, totalizador y purificante en la libertad política depende de su carácter democrático. Al postergarse la democracia, se cierran las fuentes vivas de toda riqueza y progreso espirituales.

El carácter político de la emancipación está en que todo el pueblo participe en una completa transformación espiritual de sí mismo, degradado por siglos de opresión; transformación que de paso a los instintos sociales en lugar de los egoístas, a la iniciativa popular en lugar de la inercia, a la cooperación en lugar de la competencia. Transformaciones contenidas en la revolución humana que parte de comprender, como invita Marx, que el ser humano es la esencia suprema de sí mismo, y por consiguiente, resulta un imperativo categórico que eche por tierra todas las relaciones en la que sea una “esencia humillada, esclavizada, abandonada y despreciable”, para que sea humano en su relación con el mundo y solo pueda “cambiar amor por amor y confianza por confianza”.

La democracia liberadora, incluyente y humana, es una trinchera inexpugnable que la opresión no está preparada para vencer, sobre todo porque la opresión es, por su esencia, antidemocrática. La democracia liberadora es el camino de la revolución humana.

Para este trabajo fueron utilizados los textos siguientes:

Bounaventura de Sousa Santos. *Reinventar la democracia. Reinventar el Estado*. Editorial José Martí, La Habana, 2005.

Carlos Marx. *Crítica el derecho político hegeliano*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1976.

Carlos Marx. *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. Empresa Editorial Austral LTDA, Santiago de Chile, 1960.

Daniel Bensaid. Prefacio a la edición francesa del libro *La última lucha de Lenin*, de Moshé Lewin. Boletín solidario de información, colectivo militante-agenda radical, Montevideo–Uruguay, 22 de setiembre 2010.

Frei Betto. *La mosca azul. Reflexiones sobre el poder en Brasil*. Ocean Sur, 2011.

Georg Lukacs. *El hombre y la democracia*. Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1989.

Georg Lukacs. *Historia y consciencia de clase*. Sarpe, Madrid, 1984.

Herbert Marcuse. *Ensayos sobre política y cultura*. Editorial Planeta-Agustini.

Isaac Deutscher. *La era de la Revolución Permanente. Antología de escritos de León Trotski*. Ediciones Saeta, México, 1967.

Paulo Freire. *Pedagogía del oprimido*. Editorial Caminos, La Habana, 2009.

Rosa Luxemburgo. “La Revolución Rusa”. En: *Paradigmas y utopías. Revista de reflexión teórica y política del Partido de los Trabajadores*. Revista trimestral, diciembre 2002/febrero 2003, México.

Rosa Luxemburgo. *Reforma o Revolución*. Fundación Federico Engels, Madrid, 2002.

Trotsky, León: **¿Qué es y a dónde se dirige la Unión Soviética? La revolución traicionada**. Pathfinder. Nueva York. 1992.

El incorruptible Eduardo Galeano, el de las preguntas insurgentes, el de la memoria indignada, preguntó: “¿La estabilidad laboral y los demás derechos de los trabajadores serán de aquí a poco un tema para arqueólogos? (...) ¿Se podrá internacionalizar la lucha por la dignidad del trabajo? (...) ¿Para qué sirven las máquinas si no es para reducir el tiempo de trabajo y ampliar nuestros espacios de libertad?”

El rebelde social, Subcomandante zapatista Marcos, nos cuenta que “acumuladas inmensas riquezas en un puñado de traidores a la patria, democratizada la pobreza entre millones de trabajadores en el campo y la ciudad, los indígenas ni siquiera alcanzábamos la categoría de ciudadanos”. Para él “la libertad es como la mañana. Hay quienes esperan dormidos a que llegue, pero hay quienes desvelan y caminan la noche para alcanzarla”.

El espíritu que cobra rostro en las preguntas de Galeano y en las certezas de Marcos me acompañará en todos los lugares de este ensayo.

I

La Revolución francesa quedó entre los capítulos de la historia humana donde, de manera más radical, se enfrentaron la opresión y la libertad. Aquel desafío adquirió varias formas, entre ellas, la de una “economía política popular” opuesta a una “economía política tiránica”. La primera, base del programa de la república democrática y social de los derechos del hombre y del ciudadano. La segunda, organizadora de la sociedad “para la desdicha común y la felicidad solo de un grupo” que urgía la Ley Marcial frente a las rebeliones populares contrarias a las manifestaciones de ese orden.

En aquella contienda el derecho social puso límites al derecho privado. La propiedad social sobre los artículos de primera necesidad, democráticamente controlados, evitaba el abandono de las necesidades al interés privado y negaba el comercio sin límites que consagra tal abandono. La soberanía popular efectiva plantó cara al inquietante “peligro democrático” alegado por la “aristocracia de la riqueza”. La noción de pueblo en tanto los excluidos de la política fue interpelada por la noción de pueblo en su sentido constitutivo de esta.

La Francia que contendió entre 1789 y 1795 fundó el antagonismo, aún permanente, entre los derechos humanos y la barbarie. Dicho en otros términos, la lucha entre las formas sociales, económicas y políticas de la opresión y de la libertad se erigió de manera esencial.

Asumida desde la perspectiva de esa disputa histórica, la economía se traduce en preguntas claves: ¿para qué y para quiénes funciona?; y ¿quiénes y cómo se resuelven los problemas económicos? Mientras estas últimas atienden la dimensión técnica de la economía (en términos de un conjunto de herramientas), las primeras develan el carácter ético que tiene toda actividad económica. La política económica real da respuesta, permanentemente, a estas preguntas.

75 Publicado en: *Construyendo socialismo desde abajo: la contribución de la economía popular y solidaria* / comp. Rafael Betancourt. -- La Habana : Editorial Caminos, 2017.

Visto en profundidad, la creencia de que la economía es autónoma respecto a la sociedad y la política es falsa. Tal idea es cuestionada desde visiones que sustentan su historicidad, su relación directa con la sociedad, las estructuras clasistas, la política y su vínculo inequívoco con valores y concepciones del mundo en general, y del ser humano en particular. Estos presupuestos cuestionan igualmente una manifestación de la misma creencia en la que ideologías y poderes lo reducen todo a la economía. Contrario a esta reducción, Marx entendió que “la economía, pese a su mundana y placentera apariencia, es una verdadera ciencia moral, la más moral de las ciencias.”

La economía, como develó la Revolución francesa, es también un territorio de disputa de la soberanía. Asumida esta como un derecho que se concreta en el uso del poder para el control político y opone la noción de legitimidad al uso arbitrario de este. La soberanía es, al tiempo que condición externa, como defensa del territorio vulnerado desde afuera, condición interna mediante la potenciación de la capacidad para tomar decisiones en nombre de la colectividad gobernada. Economía y soberanía develan su organicidad en la pregunta ¿quiénes deciden qué y cómo se produce?

La modernidad, ya superada la comprensión y práctica del poder soberano en el reino teológico y del derecho divino, quebró la relación de gobierno del soberano (Rey) exclusivamente vinculado a un plano moral, por encima de las obligaciones jurídicas y políticas.

La soberanía bifurcó así su camino. De un lado, el soberano es la colectividad o pueblo (soberanía popular); de otro, la soberanía reside en un parlamento de voto censitario (la soberanía nacional). La primera salida ha adquirido formas de democracia directa, mientras la segunda ha consagrado formas representativas. No obstante, es dado encontrar un uso indistinto de ambos términos en declaraciones, leyes y constituciones, por lo que la práctica histórica concreta es la que nos lleva permanente a preguntar ¿qué soberanía prevalece?

Como respuesta visible, en su devenir histórico, la soberanía popular encontró, entre otros, dos obstáculos: su degeneración en soberanía del mercado y del capital (Hinkelammert, 2013), y el criterio de la vanguardia revolucionaria como fuerza dirigente de la sociedad (Guanche, 2014). Visto así, la soberanía no es un estado dado, es una expresión de las disputas históricas entre libertad y opresión concretada en los modos de organizar la vida pública para el control y equilibrio en el ejercicio del poder. Por tanto, la soberanía, como contenido de lucha, implica promover el acceso efectivo de la sociedad a la verdadera política ciudadana, libre, equitativa y solidaria.

Ahora bien, es cierto que la soberanía nacional tiene más posibilidades de ser defendida en la medida en que sean más soberanos sus ciudadanos (Guanche, 2014). Pero la ciudadanía, como concepto político que condiciona la potencialidad integradora de la soberanía, tiene que resolver la incompatibilidad que implica para la libertad la relación entre la “ciudadanía asalariada”, que solo posee su fuerza de trabajo, y “la ciudadanía propietaria”, que posee los medios de producción. Relación económica en la que el derecho de propiedad es reprobable en su hábito de apropiación privada de las riquezas socialmente producidas y en los límites que impone al axioma de que “solo es libre quien no depende de otro para vivir.”

Con este y otros límites, el principio de los derechos ciudadanos se constituyó, como práctica histórica y no por condición natural, en una “superficie igual” que facilitó el ejercicio asimétrico del poder por un sinfín de privilegios y de poderes privados (Brown, 2009).

La Revolución francesa planteó este asunto en términos antagónicos. La primera ley social es la que garantiza los derechos “imprescindibles” o “naturales” del ser humano: la existencia y la libertad. En subordinación a aquel, la propiedad es un derecho de convención social que, en la certeza de Robespierre “no puede

perjudicar ni la seguridad, ni la libertad, ni la existencia, ni la propiedad de nuestros semejantes. Toda posesión, todo comercio que viole ese principio es ilícito e inmoral”. Este imperativo, desde entonces, pende como espada de Damocles sobre los poderes fácticos de la injusticia.

II

En la actualización del estado de aquella disputa exaltada por la Revolución francesa, las oligarquías mundiales, beneficiaras de la economía realmente existente, basan su poder en la dictadura del mercado y en la desigualdad, a través de la explotación del trabajo asalariado. La propiedad privada de los medios de producción es determinante en esta esencialidad cuando otorga a los dueños “derecho” de apropiación de los frutos del trabajo ajeno.

Dicho a la manera de Marx, la lucha incesante entre el capital y el trabajo está dada por la voluntad del capitalista de embolsarse lo más que pueda del trabajo no retribuido al ejército de asalariados, es decir, la parte de la que se apropia el capital (ganancia) aumenta en la misma proporción en que disminuye la parte que le toca al trabajo (salario).

Los mecanismos de explotación, entiéndase la apropiación del plus-trabajo por personas que no han participado de su producción, explican el contrasentido del capitalismo que alcanza la capacidad de producción de bienes suficiente para satisfacer las necesidades básicas de toda la humanidad, al tiempo que se incrementan los niveles de hambre y exclusión.

Aquella República que pretendió inaugurar la Revolución francesa, cuya “virtud” era “la igualdad”, es un asunto pendiente más de doscientos años después. Aquel contenido de lucha, enunciado por Robespierre en el principio moral de que “ningún hombre tiene derecho a acaparar montones de trigo al lado de un semejante que muere de hambre”, sigue en pie.

La existencia de una minoría enriquecida que oprime a una mayoría empobrecida es el resultado histórico del proceso de expropiación a los trabajadores/as. Las clases sociales no son fenómenos naturales, sino históricamente instituidos donde la expropiación del trabajo conduce a la acumulación de excedente en manos de los esclavistas y no de los esclavos, de los señores feudales y no de los siervos, de la burguesía y no de los obreros.

Ergo, la forma de acumulación de riqueza en los siglos pre-capitalistas, como de acumulación de capital desde la modernidad, hacen parte de la misma historia de relaciones sociales de producción explotadora, acaso más perfeccionada en el capitalismo.

El método básico para ese decurso en la hora actual está en la privatización que se sirve del desmantelamiento de los servicios públicos, en menos impuestos para los ricos, y la depauperación de las condiciones de vida de quienes producen y cuentan cada vez con menos recursos, al tiempo que los poderosos acaparan porcentos de la riqueza global cada vez más elevados.

El método incluye, en la subordinación de la democracia a la propiedad privada, agredir sindicatos, recortar el gasto social, promover el desempleo, así como todas las justificaciones requeridas para liquidar empresas públicas, destruir convenios laborales y deshabilitar los sistemas de protección social, garantizando la transferencia de los fondos de pensiones de los trabajadores al capital financiero.

Este modo de estructurar los procesos de producción, distribución y consumo consagra la soberanía del capital que, en su atentado contra la existencia misma, desdeña a la soberanía del trabajo, y con esta a la

soberanía popular. Dicho en otros términos, es el modo en el que el capital consagra sus intereses sobre la justicia social; modo en el que vierte más lodo y sangre sobre la ética condensada en la Revolución francesa.

En este estado de cosas, el lugar de la dignidad humana lo ha ocupado la consideración de las personas como “capital humano” y su total subordinación al cálculo de utilidades. Se trata de organizar la vida desde una visión del mundo donde las relaciones mercantiles (mercantilización de la vida) “no dejan zonas libres ni en el interior ni en el exterior de las personas” (Hinkelammert, 2013).

Como otra de sus salidas, este orden parte de considerar a las personas como bienes de consumo y, más allá de explotarlas, las convierte en excluibles y desechables. En términos de soberanía y derecho, a la “democracia” del mercado le es válido un único sentido funcional de la ciudadanía, el “ciudadano consumidor”.

No debe descuidarse en la historicidad de estos asuntos que las relaciones monetarias mercantiles y el mercado existían antes que el capitalismo. Con el desarrollo de estas relaciones dejan de ser fenómenos sociales secundarios y adquieren un carácter constituyente para la estructura social, manifiesta en la mercantilización del trabajo, la educación, la salud, la vivienda, la alimentación, las artes, la protección social, todo lo que condujo a la “venta de los derechos económicos y sociales”.

A esta esencialidad mercantil del capitalismo no escapan los bienes naturales (tierra, agua, subsuelo, aire, flora y fauna). La propiedad privada sobre un territorio o un espacio delimitado de tierra se rastrea en el nacimiento mismo del capitalismo, proceso que convirtió en mercancía esos bienes. Como abrevia Stédile (2015), “nacía la cerca para delimitar la soberanía del capital, del propietario privado sobre un bien de la naturaleza”.

Florence Gauthier recuerda que el movimiento popular – y en particular campesino — que impulsó el estallido de 1789, cuestionó la institución del señorío no sólo reapropiándose de los bienes comunales usurpados, sino oponiéndose a la concentración de la explotación agrícola realizada por los grandes agricultores capitalistas. Tal empuje popular es fácilmente rastreable hasta el presente siguiendo la bandera de la reforma agraria: tierras comunales frente a los latifundios, pequeños productores frente a las grandes empresas agrícolas.

La lógica burguesa de la propiedad implicó convertirla en un derecho natural, jerarquizado y exonerado de toda contestación referente al derecho a la existencia, la libertad y a la “justicia distributiva”. Naturalizar el derecho a la propiedad en general y de los bienes naturales en particular, atentó *de facto* contra el derecho a la existencia misma de los semejantes no propietarios.

En la crítica de esta lógica, pártase de la comprensión de que, así como la naturaleza ofrece al trabajo medios de vida, en el sentido de que el trabajo no puede vivir sin objetos sobre los que ejercerse, así, de otro lado, ofrece víveres en sentido estricto, es decir, alimentos para la subsistencia del trabajador mismo.

El asunto no se reduce al ámbito de la “justicia distributiva”, sino que atiende esencialmente la garantía a la existencia misma, es decir, la vida de la gente. La contraposición que inaugura la Revolución francesa y que llega hasta nuestros días, devela que la libertad ilimitada de comercio considera los productos más necesarios para la vida como una “mercancía ordinaria”. En la comprensión contraria, esos productos debían ser considerados “propiedad social” y no privada, por tanto sometidos a control ciudadano con precios máximos.

La disputa entre esas comprensiones tienen su cenit hoy en, de una parte, los tratados de libre comercio, y de otra en la propuesta de tratado de comercio de los pueblos. En el primer caso, los derechos humanos, más

profusamente los derechos del trabajo, así como la protección de la naturaleza, quedan “flexibilizados” en la medida en que garanticen la prioridad del libre comercio y del flujo de capital transnacional (Hinkelammert, 2014)

En el segundo caso se asume el comercio como medio que garantice el desarrollo en beneficio de los pequeños productores, microempresarios, cooperativas locales y empresas comunitarias; busca equidad y complementariedad entre los países. Un desarrollo sostenible, equitativo, igualitario y democrático, que permita la participación consciente de los ciudadanos en la toma de decisiones. Por tanto, pretende resolver el problema de la distribución de la riqueza a favor del derecho a la existencia de la mayoría. (Dacal, 2006)

El capitalismo, en tanto sistema múltiple de dominación erigido como modelo de sociedad “trascendente”, se acompaña de un aparataje ideológico que refuerza creencias necesarias para que la clase dominante perpetúe sus privilegios. Entre ellas: la competencia como fuente de eficiencia y desarrollo, el endiosamiento de la ganancia, el egoísmo y el individualismo legitimados en el consumismo acrítico y el hedonismo enajenante. Añádase a tales creencias la naturalización de la desigualdad y la pobreza, la inviabilidad de la utopía, el fin de la historia y el capitalismo como forma última de organización social.

Todas esas creencias “naturalizadas” como condición del ser humano, como ética de partida, incluso como derecho inalienable, concentran la hegemonía del capital que, sustentada en el secuestro de la democracia, produce inhibición en una parte de la población y lleva a que los pobres voten por los partidos de los ricos como sus representantes.

Como ciclo histórico, el “proceso de la revolución burguesa” fue el modo en el que las élites imperiales de occidente rompieron mayoritariamente con las dinastías políticas tradicionales, pero no eliminaron las dinastías de la renta y de la acumulación de riquezas. La herencia política fue abolida por el proceso democrático, pero la herencia económica es sagrada e intocable. “La lucha democrática de occidente se detuvo a medio camino: eliminó las ondas superficiales del juego político, pero dejó intacta las corrientes subterráneas de las fuerzas económicas” (Alfredo Gonzalves, 2015).

III

En el decurso de esta historia, la degeneración de la experiencia socialista del siglo XX garantizó a la vanguardia revolucionaria como detentadora del poder, en lugar de las oligarquías empresariales y financieras beneficiarias del capitalismo. Esta vanguardia relegó nuevamente al trabajador a producir y recibir lo que determinaba un poder ajeno a él.

La Revolución rusa enfrentó una encrucijada histórica en la que irrumpió la idea según la cual la mayor parte del proletariado sería muy poco consciente para gobernar. Como estructuración histórica de esta, en lugar de la clase obrera gobernó el partido de vanguardia. El aparato partidario, incluso su “jefe infalible”, derivaron en los instrumentos decisivos para regentar la sociedad.

Tal praxis alimentó una concepción del poder estatista, vertical y autoritaria que, en similar proceso al ocurrido en 1789, relegó el impresionante movimiento popular protagonizado por los obreros, campesinos y soldados rusos en 1917, gestor de nuevas formas políticas para su emancipación, hacia estructuras sociales, políticas y económicas que impedían al ciudadano/productor definir y controlar la política.

Como nos dice Lebowitz (2015) es característico de las relaciones de vanguardia que la dominación sobre los trabajadores impida el desarrollo de sus capacidades y asegure su enajenación del proceso productivo. Dada esta relación, la vanguardia tiene que depender de empresarios que actúen en su nombre a fin de

garantizar sus objetivos. Sin embargo, los empresarios se toman cada vez más conscientes de sus propios intereses, es decir, surgen como una clase en sí.

Sin espacio para una organización autónoma, o incluso para una comunicación efectiva entre ellos, los trabajadores están desarmados en la lucha ideológica. Con esta condición, interpretado así por Lebowitz, el socialismo real es el territorio de disputa histórica entre dos sistemas mutuamente hostiles. Lucha entre la lógica de vanguardia y la lógica del capital, que en última instancia lo es por la propiedad de los medios de producción. Los empresarios quieren ser “libres” de todo control, libres de la tutela de la vanguardia, libres de las restricciones del contrato social que sustentaba los derechos de los trabajadores y trabajadoras.

La paradoja esencial de este socialismo está en que el paquete de los derechos de los trabajadores incluye seguridad de empleo, un ritmo de trabajo relativamente cómodo y la disponibilidad de puestos de trabajo alternativos debido al pleno empleo. Derechos crecientes, necesidades subsidiadas y relativo igualitarismo. Pero tales derechos no son una conquista de la clase trabajadora ni de sus organizaciones, las que no son lo suficientemente fuertes para garantizarlos y protegerlos. En este contrato social los trabajadores aceptaban el poder del Estado y del Partido y las restricciones a cualquier poder desde abajo.

En ese escenario, los empresarios contienen en sí mismos la lógica del capital. Si bien las restricciones que impone la vanguardia no permiten clasificarlos como capitalistas, la tendencia, el impulso, la lógica de esos directores sí. La lucha de estos por eliminar las restricciones impuestas a su desarrollo independiente “¿qué es sino la lógica del capital?”, pregunta Lebowitz.

La alternativa histórica que se ventila de cara a ese conflicto es entre hacer más eficiente ese ordenamiento social o la restauración capitalista. Pero esta es una falsa disyuntiva al no considerar el enfrentamiento a la arbitrariedad de la vanguardia con la democracia: restablecimiento del derecho a la crítica y a una libertad electoral auténtica, restablecimiento de la libertad de las organizaciones revolucionarias y el renacimiento de los sindicatos, la revisión radical de los planes económicos en beneficio de los trabajadores y las trabajadoras.

El modelo estadocéntrico que caracteriza a esa experiencia nominalmente socialista no estructuró una combinación adecuada entre participación, eficiencia, autonomía y equidad, cuatro componentes esenciales de cualquier proyecto social revolucionario. La relación asalariada, sustentada en una persona que vende su fuerza de trabajo y otra que la compra, no fue superada, más bien se perpetuó.

La soberanía del trabajo en tanto práctica democrática en el proceso productivo se redujo a la justificación teórica del Estado propietario que tergiversó el ideal socializador de la producción, el poder y la propiedad planteado por Marx, Engels y Lenin.

En ese diseño los sindicatos oficiales defienden los derechos de los trabajadores individuales, sus líderes son nombrados desde arriba y su principal función es servir como mediación para movilizar a los trabajadores en apoyo a las metas estatales. Ningún poder dentro del centro de trabajo para dirigir el proceso de producción, al tiempo que protección de los derechos del puesto de trabajo individual, formuló como modelo “una fuerza laboral atomizada, pero segura”.

Si bien, a diferencia del régimen capitalista, en el régimen generado en el socialismo del siglo XX la plusvalía no se acumula en forma de capital privado, ni puede ser convertida en medio privado para explotar el trabajo asalariado, no es menos cierto que se consume en formas de privilegio de diversas índoles por parte de la vanguardia: tiendas especiales, uso de automóviles con chofer incluido, acceso a espacios de recreación de mejor calidad así como a servicios de salud y hospitales, la posibilidad de adquirir una mejor

vivienda, mecanismos expeditos para resolver problemas disímiles de la vida cotidiana, sin los entuertos burocráticos ni las colas prolongadas que padecen trabajadores y ciudadanos en general.

Esta manera de perpetuar la desigualdad, aunque no alcanzara los niveles típicos del capitalismo, potencia la impunidad y la corrupción administrativa, al tiempo que la burocracia acomodada y corrompida con el sistema de privilegios no atentaría contra sí misma, es decir, contra su poder político.

De ahí que, como práctica histórica, la vanguardia que planifica centralmente no desea renunciar a su rol de dirigente absoluta. Más bien tiende a aumentar su poder y privilegios, por lo que las reformas a la que se ve abocada dejan intactas las esencias de control político y el método de administración absoluta de la sociedad desde arriba (el Estado). En su práctica, la vanguardia obvia la tesis de que la superación de la economía capitalista solo será posible con la democratización de las relaciones productivas.

Como resultado de esta historia en la URSS y en Europa de Este, los empresarios tuvieron éxito en acabar con los poderes del Estado para dirigirlos y con ello ganaron derecho de propiedad sobre los medios de producción. Tomaron posesión de la producción y utilizaron al Estado para garantizar la destrucción tanto del poder de vanguardia como el de los trabajadores y trabajadoras. Reinstauraron los mecanismos de explotación que son consustanciales al capitalismo y retornó así el antagonismo capital/trabajo sumando una fuerza mayor: el deterioro de la conciencia sobre este asunto y su devaluación en los programas de lucha política.

IV

La tergiversación histórica de los principios de justicia, igualdad y libertad, ha sido una constante en la perpetuación de la opresión, la que se ha valido del recurso de la relativización de esos principios para inhabilitarlos y negarlos.

El espíritu de la narración orwelliana en su *Rebelión en la Granja*, es una sagaz traducción de la tensión, paradoja, saltos y retrocesos en la historia de la libertad.

Aquel ideal que consagraba que todo lo que camina sobre dos pies es un enemigo; que ningún animal dormirá en una cama; que ningún animal beberá alcohol, que ningún animal matará a otro animal, que todos los animales son iguales; quedó castrado en su relatividad al replantearse: *cuatro patas sí*, dos patas mejor; ningún animal dormirá en una cama *con sábanas*, ningún animal beberá alcohol *en exceso*, ningún animal matará a otro animal *sin motivo*, todos los animales son iguales, pero *algunos son más iguales que otros*.

Bajo el principio constituyente de que todos son iguales, pero algunos son más iguales que otros, las prácticas “revolucionarias” que distorsionaron las formas liberadoras del movimiento popular (inclusive a sangre y fuego) han mantenido al pueblo, en nombre de la libertad, alejado de la posibilidad de constituirse en sujeto pensante crítico y creador de su propio saber político y de su propia realidad para superar, desde la autogestión y el autogobierno, integración de la economía y la soberanía liberadoras, las condiciones de la opresión.

Por ello, un programa político liberador debe resarcir el sentido de la economía como actividad destinada a garantizar la base material de la vida personal, social, espiritual y de toda la existencia. Al tiempo que resarcir el sentido de la soberanía en tanto democracia comunal creadora de las formas políticas y sociales de la libertad.

Soberanía que resarza los derechos humanos a condición de ser universales, es decir, recíprocos, no pudiendo transformarse en su contrario, es decir, en privilegios. Este principio creado por la Revolución francesa

sostiene la posibilidad de una sociedad fundada no en la fuerza, sino en el derecho. Soberanía concretada en la creación ciudadana de la ley, “discutiendo en sus asambleas, lanzando peticiones y manifestándose” (Gautier, 2014).

Tal pretensión hace parte de los acumulados de experiencias en lucha, los que prueban permanentemente que Marx llevaba razón al decir que el sistema actual, aun con todas las miserias que vuelca sobre la clase trabajadora, engendra las condiciones materiales y las formas sociales necesarias para la reconstrucción económica de la sociedad.

En consecuencia, un imperativo para los procesos liberadores en curso es la recuperación de comprensiones revolucionarias caídas en “desuso” con la oleada del mercado total. Entre ellas: que la propiedad privada de los medios de producción pone límites estrictos a cualquier decisión popular que afecte los intereses de las grandes empresas y que el control del proceso de trabajo es vital para asegurar la continuidad de la acumulación capitalista. En consecuencia, es contenido revolucionario buscar las formas de retornar a la sociedad lo que ella misma produce para sostener la vida.

Claudio Katz alerta sobre las tendencias críticas al mercado total que recaen en la ilusión de que la ciudadanía decide libremente el rumbo de los procesos económicos, a través del voto y olvidan que la opinión de las grandes corporaciones determina en los hechos el curso de la producción y las finanzas.

La profundidad de esa crítica tiene que alcanzar la reforma de los currículos de economía en las universidades, lo que implica asumir la economía en su historicidad, en su relación con la política, con el derecho. Contrario a eso, hoy predomina la enseñanza de la econometría (la aplicación de técnicas estadísticas sofisticadas para grandes bases de datos). Sin negar las formulaciones matemáticas que dan salida a las preocupaciones económicas, no puede desatenderse que la enseñanza de la economía es, al final, un problema para todos/as porque lo que los economistas aprenden afecta, en forma de decisiones políticas, nuestras vidas cotidianas.

Pedro Monreal es certero al decir que “la economía es un asunto demasiado importante como para dejarlo solo en manos de los economistas”. En realidad estos no están por encima de las tensiones sociales, es decir, no están fuera del antagonismo histórico entre oprimidos y opresores. La influencia que tienen las distintas cosmovisiones ideológicas y puntos de vista de clase en las miradas que adopta cada grupo de economistas es una constante. Por tanto, descártese la postura de observador neutral que en ocasiones se auto confieren.

El arraigado dogma que afirma la existencia de una esfera económica autónoma oculta que la fundación de esta resultó de una acción política. La noción de “economistas” que triunfó con el liberalismo es, precisamente, una corriente política que defiende la economía como forma de gobierno. Con ella, “una vez expulsada la religión universal cristiana por la puerta, entró por la ventana la economía para servir de principio inspirador universal y natural.” (Brown, 2014)

En su crítica a los currículos de economía en las universidades, Ha-Joon Chang y Jonathan Aldred (2014) comentan que no es casual que la reforma encuentre fuerte resistencia en los economistas convencionales, eslabón imprescindible en la reproducción del sistema. Esperar lo contrario “es como pedirle al clero católico del medievo que enseñara a sus nuevos estudiantes diferentes interpretaciones de la Cristiandad, que dejaran de enseñar exclusivamente en latín para hacerlo en lenguas vernáculas y que animaran a desafiar la autoridad intelectual y moral de la Santa Sede”.

En la experiencia del socialismo real no se supera esa noción de la esfera económica autónoma. Obsérvese que la respuesta de los economistas al mando jerárquico de la vanguardia, como tendencia, no constituye un

desafío al dominio sobre los trabajadores en los centros laborales y en la sociedad.

Si bien esos economistas no son necesariamente aspirantes a capitalistas ni representantes conscientes del capital, tampoco priorizan la tesis de la ineficiencia como efecto de la restricción a las capacidades de los trabajadores y trabajadoras. Por el contrario, enfatizan en las ineficiencias que confrontan los empresarios como resultado del dominio sobre ellos desde arriba. “Denle libertad a la empresa, era (es) su solución. Los economistas representaban (representan) *de facto* la lógica del capital en toda su pureza” (Lebowitz, 2015). Al mismo tiempo, reproducen la creencia en una esfera económica autónoma al afirmar como salida ocurrirse ahora de la economía y de la democracia y la política después.

Un territorio de crítica a las relaciones económicas realmente existentes está en asumir la soberanía de la nación a través, también y esencialmente, de la soberanía del trabajo, donde es más virulento el capital. Esto se concreta en prácticas diversas de control social directo e indirecto sobre los procesos productivos. Implica una redefinición de la política, el poder y la ley.

Tómese en cuenta que ni los capitalistas, ni los burócratas resultantes de las vanguardias revolucionarias han sido capaces de colocar, de manera prioritaria, los intereses específicos de los trabajadores/as en la disputa de sentidos que implica la elaboración y control de la política económica.

La toma de conciencia ciudadana, de la que dan cuenta los “indignados” españoles al colocar entre sus demandas “recorte para los mercados, soberanía para el pueblo”, es un territorio fundamental de disputa. La práctica democrática del trabajo frente al capital y frente a la vanguardia, es decir, el establecimiento de estructuras más justas donde el trabajador/a participe en el diseño, administración y control de los procesos de producción, distribución y consumo, debe ser resultado de aquella conciencia. Las relaciones para la producción sustentada en estos prepuestos hará de la economía el terreno de concurrencia del ciudadano/productor libre.

V

Tras 225 años de aquel estallido francés, el derecho “natural” o “imprescindible” a la existencia y la libertad de todos los seres humanos late en la agenda pendiente de la historia. Al hacer una traducción a los términos en boga, de lo que se trata es de asumir la defensa del derecho a la vida y a los medios para conservarla. Es condición estricta para esta agenda, asumir los derechos de la naturaleza como propios, armónicos e integrados a los derechos humanos.

De cualquier manera, para realizar la soberanía popular plena es necesaria una ciudadanía económica donde el trabajo no se someta ni al capital ni a la vanguardia.

Una “economía política popular” y un “sentido común de justicia” que garantice que la sociedad no pueda conducir sus asuntos fuera de las normas morales y la verdad ética/política que le son concomitantes a la afirmación de la vida; condición de posibilidad para superar el estado esquizofrénico en el que “el trabajo produce maravillas para los ricos y privaciones para el trabajador. Produce palacios, pero para el trabajador chozas. Produce belleza, pero deformidades para el trabajador (...) Produce espíritu, pero origina estupidez y cretinismo para el trabajador” (Marx).

Solo así se tenderá, en un largo período de transición (acumulación, retrocesos, contradicción, creación y revolución), a desmercantilizar la vida, lo que implica no hablar de inmobiliarias sino de hábitat, no hablar de recursos naturales y humanos sino de armonía con los bienes de la naturaleza, no hablar de clientes sino de personas con necesidades; donde la salud, la educación y la alimentación no sean negocios rentables para

privilegiados sino derechos universales que condicionan a la economía, donde la fuerza de trabajo no sea una mercancía sino la capacidad de los productores/as libres y asociados para reproducir la vida.

Una economía en la que el consumo garantice la reproducción material y espiritual de los seres humanos, y no sea una meta que depreda, excluye y deshumaniza. Donde la austeridad no sea una imposición de los poderosos sino una actitud consciente como opción de libertad. Economía que no hable de salario ni ganancia, sino de socialización de la riqueza social y de los medios para producirla. Donde los bienes naturales no sean aniquilados como valor de cambio y para el lucro, sino usados en función de preservar toda la existencia. Una economía donde el comercio sirva a la vida y no que se sirva de ella.

Una economía donde los/as economistas sean servidores públicos del mandato soberano y no técnicos que subordinen ese mandato a la “ciencia”. Donde sea hegemónica no la república del capital sino la república del trabajo, constitutiva de un modo de producción democrático que socialice, que incluya, que haga más plena la creatividad colectiva para encauzar un desarrollo que, al liberar, humaniza. Una economía donde nadie sepa “ser feliz a costa del despojo” y donde se asuma “la vida como un único extremismo”.

Textos visitados

Acanda, Jorge Luis. “Transición”. En: *Auto críticas. Un diálogo al interior de la tradición socialista*. Editorial ciencias Sociales y Ruth casa editorial. La Habana, 2009.

Alfonso Georgina. “De cada cuál ¿qué?, a cada cual ¿cómo?” En: *Auto críticas. Un diálogo al interior de la tradición socialista*. Editorial ciencias Sociales y Ruth casa editorial. La Habana, 2009.

Betto, Frei. “Desafíos pedagógicos de los derechos humanos”. En: *Agenda Latinoamericana, 2015. Derechos humanos*. Editorial Caminos. La Habana, 2015.

Boff, Leonardo. “Causa de la erosión actual de los derechos humanos”. En: *Agenda Latinoamericana, 2015. Derechos humanos*. Editorial Caminos. La Habana, 2015.

Brown, John. “El socialismo en el laberinto liberal”. En: *Auto críticas. Un diálogo al interior de la tradición socialista*. Editorial ciencias Sociales y Ruth casa editorial. La Habana, 2009.

----- *La dominación liberal como. Ensayo sobre el liberalismo como dispositivo de poder*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2014.

Busqueta, Josep Manel. “Consideraciones sobre la propiedad”. *La otra Economía. Agenda Latinoamericana, mundial, 2013*. Editorial Camino, La Habana, 2013.

Chang, Ha-Joon y Jonathan Aldred: “Después del crack, necesitamos una revolución en el modo de enseñar la economía” <http://www.theguardian.com/business/2014/may/11/after-crash-need-revolution-in-economics-teaching-chang-aldred>

Chaves, Jorge Arturo. “Refundar la economía. ¡Lo exige la economía!” *La otra Economía. Agenda Latinoamericana, mundial, 2013*. Editorial Camino, La Habana, 2013.

Colectivo de autores. *Robespierre, Maximilien. Por la felicidad y por la libertad. Discursos*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2014.

Cortina, Adela. “Democracia auténtica: economía ética”. *La otra Economía. Agenda Latinoamericana,*

mundial, 2013. Editorial Camino, La Habana, 2013.

Dacal, Ariel. “ALBA y TCP de la esperanza a la emancipación” www.ecaminos.cu/index. 23-6-06.

Enciso P., Rafael. “Enseñanzas del modelo productivo soviético para el socialismo del siglo XXI en Venezuela”. En: *Nuevo Modelo Productivo bajo control obrero y comunitario*. Comuna. Pensamiento Crítico en la revolución, No. 3, año 2, septiembre/octubre y noviembre, 2010. Caracas, República Bolivariana de Venezuela.

Escribano, Diego. ¿Quiénes son los mercados? *La otra Economía. Agenda Latinoamericana, mundial*, 2013. Editorial Camino, La Habana, 2013.

Fernández, Julio Antonio. “La cultura de los derechos humanos en Cuba”. En: *Agenda Latinoamericana, 2015. Derechos humanos*. Editorial Caminos. La Habana, 2015.

Gauthier, Florence. “Prólogo”. En: *Robespierre, Maximilien. Por la felicidad y por la libertad. Discursos*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2014.

Gauthier, Florence. *La importancia de saber por qué la Revolución francesa no fue una “revolución burguesa”*. www.sinpermiso.inf, 19 julio, 2014.

Gonzalves, Alfredo. “El fundamento del derecho”. En: *Agenda Latinoamericana, 2015. Derechos humanos*. Editorial Caminos. La Habana, 2015.

Guanche, Julio César. “La política nuestra de cada día. (Primera parte).” *Entrevista*. <http://oncubamagazine.com/sociedad/la-politica-nuestra-de-cada-dia-primera-parte/>

----- *La soberanía de los ciudadanos es también la soberanía nacional*. www.sinpermiso.inf, 8 de marzo 2013

Hinkelammert, Franz y Henry Mora Jiménez. *Hacia una economía para la vida*. Editorial Filosofía.cu, Editorial Caminos, La Habana, 2014.

----- “Coyuntura económica-política”. *La otra Economía. Agenda Latinoamericana, mundial*, 2013. Editorial Camino, La Habana, 2013.

Katz, Claudio. *La economía marxista, hoy*. MAIA ediciones, Madrid, 2009.

Lebowitz, Michael A. *Las contradicciones del socialismo real. El dirigente y los dirigidos*. Ruth Casa Editorial e Instituto cubano de investigación cultural Juan Marinello, La Habana, 2015.

Lizárraga Fernando. “Por un diálogo entre el marxismo y el igualitarismo popular.” En: *Auto críticas. Un diálogo al interior de la tradición socialista*. Editorial ciencias Sociales y Ruth casa editorial. La Habana, 2009.

Marx, Carlos. *Salario, precio y ganancia/Trabajo asalariado y Capital*. Fundación Federico Engels, Madrid, octubre 2003.

----- “Manuscritos Económicos y filosóficos de 1844”. <https://www.marxists.org>

Monreal, Pedro. *Cuba: poniendo nuevas preguntas sobre la mesa*. www.sinpermiso.info, 4 de mayo de 2014

Moruno, Jorge. *¿Es justo un derecho universal?* <http://blogs.publico.es/jorge-moruno/2015/03/03/es-injusto-un-derecho-universal/>

Nadal, Alejandro. “Comercio, dinero y violencia”. <http://www.jornada.unam.mx/2015/03/04>

Piñeiro Camila. “La otra economía que necesitamos”. *La otra Economía. Agenda Latinoamericana, mundial, 2013*. Editorial Camino, La Habana, 2013.

Plana, Marc. “Trabajar para vivir”. *La otra Economía. Agenda Latinoamericana, mundial, 2013*. Editorial Camino, La Habana, 2013.

San Vicente, Iñaki Gil. “Gracias a un error de Engels.” En: *Auto críticas. Un diálogo al interior de la tradición socialista*. Editorial ciencias Sociales y Ruth casa editorial. La Habana, 2009.

Stédile, Joao Pedro. Todos tenemos el mismo derecho a la tierra. En: *Agenda Latinoamericana, 2015. Derechos humanos*. Editorial Caminos. La Habana, 2015.

I

Muchas aristas permiten entrar a la realidad cubana, a sus complejidades, alcances y desafíos. Para compartir mi comprensión sobre la actualidad de Cuba en general y la del socialismo en particular, parto de esgrimir dos aseveraciones:

- a) La comprensión socialista que encarnó, después de 1959, el proyecto revolucionario de independencia y justicia social de la nación, está en crisis.
- b) Es necesaria una revolución dentro de la revolución. Es decir, una corrección a sus contenidos y formas socialistas.

El socialismo, declarado en 1961, nominalizó los cambios radicales que vivió Cuba a partir del triunfo de 1959. Cambios que implicaron una revolución social que detonó estructuras de todo tipo y erigió una realidad totalmente otra.

El término socialismo marcó el carácter de ese proceso en medio de la percepción de que los cambios en curso se adecuaban a las aspiraciones históricas de la nación cubana, asumidas en los intereses sectoriales del momento. Para ese tiempo, el socialismo fue definido por sus premisas concretas y reales, por sus logros, por lo que había obrado y lo que prometía. Hubo cambios reales en las condiciones de vida, así como en la subjetividad individual y colectiva.

La dura experiencia cubana de forjar una república auténticamente soberana, sobre principios de justicia social y equidad como coordenadas de un proceso de desarrollo centrado en el bien común, demostró que únicamente sería alcanzable desde el componente socialista que enriquecía el nacionalismo radical con sus metas de socialización, autogestión y autogobierno.

En su devenir, en el imaginario socialista, después de 1961, se hicieron visibles dos líneas gruesas: el socialismo «marxista-leninista» de inspiración soviética y el socialismo marxista de vocación crítica, de miras latinoamericanas y tercermundistas. Esta segunda quedaría limitada en su expresión.

Por su parte, la herencia ideológica soviética, base estructurante del diseño sociopolítico asumido por el proyecto revolucionario en Cuba, tras un heroico intento de consolidar un socialismo cubano (1959-1975), desatendió la especificidad y complejidad de los conflictos y acumulados históricos de la nación cubana. Reforzó la comprensión economicista del socialismo y el determinismo histórico que le es consustancial. El socialismo se asumió como meta de llegada y no como tránsito a una sociedad que desmontara todas las formas de dominación social de un grupo o clase sobre otros.

Este modelo tendió a la administración de la Revolución por decreto, a la monopolización de la verdad y a la limitada posibilidad de crítica social y articulación de disensos sobre las políticas públicas.

76 Publicado en el sitio *La Tizza* <https://medium.com/la-tizza/qu%C3%A9-socialismos-para-el-presente-b5a563b2a647>

Como resultado, se gobernó en nombre del pueblo y de los trabajadores/as, no desde ellos, lo que pone límites a la política en tanto acto social y cotidiano. Los trabajadores/as se constituyeron en objeto de los beneficios sociales, pero no en sujetos para la conformación y control de estos.

El sector burocrático (político, económico, militar), derivado de la comprensión de vanguardia, devino en intermediario entre los sectores populares y el proyecto de la revolución. En consecuencia, el burocratismo del aparato estatal ha crecido de manera desproporcionada en sus funciones y prerrogativas. También crece la corrupción, amparada en la falta de transparencia y en la inexistencia de una apropiada cultura de rendición de cuentas y control social sobre el funcionariado.

En este diseño político es dado encontrar participación social para la movilización, el apoyo y la ejecución, mientras que para la toma de decisiones, es bastante limitada.

Es comprensible que hoy las nuevas generaciones asocien la idea de socialismo no con los logros primeros sino con las deficiencias acumuladas en la esfera económica, la insuficiente socialización del poder, las restricciones democráticas, la burocratización de las instituciones, las diferencias generacionales y el avance del individualismo frente a las opciones colectivas. Incluso el término socialista se esgrime como descalificación.

Todo esto ha erosionado el proyecto socialista al punto de reclamar su refundación. En este escenario, la noción de socialismo ha perdido terreno en el imaginario nacional frente al liberalismo y al republicanismo. Varias fuentes de pensamiento matizan este nuevo escenario: socialdemócratas, social liberal, comunistas, libertarios, anarcosindicalistas, cristianos de base... Y esto, más que un dato, es una complejísima exigencia para las definiciones de Cuba.

II

Podemos coincidir en que es necesaria una revolución dentro de la revolución. Pero, ¿por dónde empezar? A los efectos de esta presentación y del tema que invita al debate, intento actualizar el estado de aquellas dos líneas gruesas que sobre el socialismo han vivido en Cuba y que hoy se manifiestan de manera más clara.

El socialismo de matriz soviética concreta la comprensión del desafío cubano en los términos siguientes:

- 1) Desarrollar la economía nacional constituye el principal desafío, sin que las decisiones que se tomen signifiquen una ruptura con los ideales de igualdad y justicia de la Revolución. Dentro de este desarrollo se reafirma el predominio de la propiedad de todo el pueblo sobre los fundamentales medios de producción
- 2) Estimular por parte del Partido único, representante y garante de la unidad de la nación cubana, el intercambio de opiniones, dentro de la organización partidista como en su vínculo en la base con los trabajadores y la población. Al tiempo que potenciar y perfeccionar permanentemente nuestra democracia, garantizar la participación cada vez mayor de la ciudadanía en las decisiones fundamentales de la sociedad
- 3) Afianzar la cultura anticapitalista y antiimperialista, combatiendo con argumentos los patrones de la ideología pequeño burguesa: el individualismo, el egoísmo, el afán de lucro, la banalidad y la exacerbación del consumismo;
- 4) Asegurar el compromiso y ética de quienes sean promovidos a responsabilidades vinculadas al control y disposición de recursos materiales y financieros;

Referente a estos asuntos, desde el socialismo crítico se plantea que el desafío mayor para el orden social en Cuba no es económico sino político. Respecto a esta aseveración aparecen los puntos de atención siguientes:

- a) Desestatizar y descentralizar el socialismo cubano en función de más autogobierno y más autogestión;
- b) Enfocar el desarrollo democrático, lo que implica llegar a procedimientos democráticos para establecer y controlar las regulaciones;
- c) Encausar la politización del ámbito público en general y del ámbito laboral en particular, entendida como prácticas sociales en la definición, decisión y control de la política; lo que atañe la elegibilidad de todos los cargos públicos,
- d) Potenciar relaciones de producción democráticas como la cogestión, autogestión y cogestión de la propiedad estatal como parte de la definición de las formas de propiedad y de posesión que se acuerden

De cualquier manera, preondere una u otra comprensión, lo cierto es que ser socialista no es una condición que vive fuera de las personas, de la subjetividad. Es un aprendizaje social, una práctica histórica, una acumulación cultural. Su contenido humanista, liberador, anti opresivo, incluyente y colectivo no florece por decreto o declaraciones, sino por las prácticas concretas que den testimonio de que se puede vivir de otra manera.

Para ello es condición el desarrollo de políticas socialistas que apunten a formas sociales de producción material y espiritual potenciadoras de actitudes y sentimientos socializadores de la libertad.

Comparto el principio, martiano por cierto, de que para superar la crisis y encausar el desarrollo no puede prescindirse de nadie que esté honestamente dispuesto a contribuir a ello, algo que sería difícil sin diálogo, sin el necesario contraste de criterios y sin la búsqueda de consensos.

Pero a los efectos de este análisis me concentro en los discursos socialistas y no en otros cuerpos ideológicos que desde la honestidad buscan la redefinición del proyecto nación, y no necesariamente se involucran en la redefinición que, para aquel, ha de acometer el proyecto socialista.

De cualquier manera, como nos dice Valdés Paz, no sólo tenemos que producir una buena idea de sociedad sino que tenemos que acompañar cualquier propuesta de ella con un nivel de consenso que garantice el apoyo de las grandes mayorías del país.

Debemos, sí, mirar el asunto en su integralidad. Nación, revolución y socialismo no son la misma cosa, pero cada una condiciona el alcance y plenitud de la otra. No son lo mismo, pero tienen una relación acumulada cuyo conector es la política práctica y creadora desde la que se busca aportar, sostener y reinventar un orden social que garantice los contenidos y concreciones del proyecto revolucionario de la nación cubana: independencia nacional y justicia social; política que, al mismo tiempo, implica enfrentar a la política que niega, posterga o tergiversa la posibilidad del orden social que realice tal proyecto.

Visto así, el socialismo, en tanto cualidad del proyecto revolucionario de nación, ha de pretender, en el camino de la plena soberanía, la democracia popular, el desarrollo socio económico y la mayor equidad, crear un orden social de relaciones humanas en constante proceso de liberación.

El socialismo ha de ser una totalidad compuesta de muchos pocos esenciales y constituyentes, un proceso de acumulaciones. Y dado que nadie tiene la última palabra sobre lo que debe ser, aprovecho este espacio

para compartir la comprensión que he convertido en mi apuesta socialista, desde la que dialogo con la cruda realidad y el ensordecedor pragmatismo que nos convida a mutilar los sueños.

Socialismo porque implica relaciones socializadoras del poder, la producción y la política que entrañan equidad, dignidad y felicidad. **Participativo** porque la gente lo hace suyo y se siente en él. **Popular** porque los sectores sometidos económica y culturalmente son el sujeto que confronta la hegemonía que excluye, niega y mutila. **Democrático** porque la libertad espiritual y material de todos y todas se administra por todos y todas. **Liberador** porque potencia relaciones sociales humanizadoras. **Comunitario** porque se realiza en lo común, en lo colectivo, en lo público como espacio de crecimiento humano. **Creador** porque explora la creatividad humana, individual y colectiva, a su condición de infinito. **Inclusivo** porque contiene las muchas diferencias que nos enriquecen. **Ecológico** porque somos en armonía con toda la existencia. **Ético** porque el amor por las y los demás es consciente y militante. **Sentipensante** porque unir el sentir y el pensar es la posibilidad de que el lenguaje alcance su plenitud para decir la verdad. **Amoroso** porque *el socialismo es el nombre político del amor*.

AUTOR

Ariel Dacal Díaz (Camagüey, 1974). Educador Popular. Doctor en Ciencias Históricas, Universidad de la Habana (2007). Miembro del equipo de formación en Educación Popular del Centro Martín Luther King. Principales publicaciones: Rusia: del socialismo real al capitalismo real. Educar en y para la libertad. El desafío de la educación popular (Editorial Caminos, 2011). Movimientos sociales. Sujetos, articulaciones y resistencias (Ciencias Sociales. Ruth Casa Editorial, 2010). Crisis alimentaria. La agresión del capital (Cuadernos de solidaridad 2. Editorial Caminos, 2009). Apuntes para un socialismo vigente. En: Valores, utopías y socialismo, Ocean Sur, 2012). Revolución y democracia. Experiencia, acumulado y olvidos (revista cubana de pensamiento socio-teológico Caminos, No. 75-76, 2014-2015).

“Todo acto de escribir es una opción ética y política. Cuando se narra la realidad siempre se asume una posición ante ella, siempre se parte de un lugar social, cultural y doctrinal, por más que se pretenda desdibujarlo, o encerrarlo en neutralidades nunca ciertas. Asumo lo que escribo en compromiso con la decencia en la vida pública”.

Ariel Dacal

www.cubaposible.com